

EXPLORADOR

AFRICA

5

**LE MONDE
diplomatique**

Conflictos y esperanzas



5

AFRICA
EXPLORADOR

LE MONDE
diplomatique

Conflictos y esperanzas

STAFF**5 EXPLORADOR****Edición**

Pablo Stancanelli

Diseño de colección

Javier Vera Ocampo

Diagramación

Ariana Jenik

Edición fotográfica

Pablo Stancanelli

Investigación estadística

Juan Martín Bustos

Corrección

Alfredo Cortés

LE MONDE**DIPLOMATIQUE****Director**

José Natanson

Redacción

Carlos Alfieri (editor)

Pablo Stancanelli (editor)

Creusa Muñoz

Luciana Rabinovich

Luciana Garbarino

Secretaría

Patricia Orfila

secretaria@eldiplo.org

Producción y circulación

Norberto Natale

Publicidad

Maia Sona

publicidad@eldiplo.org

www.eldiplo.org**Redacción, administración, publicidad y suscripciones:**

Paraguay 1535 (C1061ABC)

Tel.: 4872-1440 / 4872-1330

Le Monde diplomatique / Explorador es una publicación

de Capital Intelectual S.A. Queda

prohibida la reproducción de

todos los artículos, en cual-

quier formato o soporte, salvo

acuerdo previo con Capital

Intelectual S.A.

© Le Monde diplomatique

Impresión:

Forma Color Impresores S.R.L.,

Camarones 1768, C.P. 1416ECH

Ciudad de Buenos Aires

Distribución en Cap. Fed.**y Gran Buenos Aires:**

Vaccaro, Sánchez y Cia S.A.

Moreno 794, piso 9

Tel.: 4342-4031 Argentina

Distribución interior y exterior:

D.I.S.A. Distribuidora Interplazas

S.A. Pte. Luis Sáenz Peña 1836

Tel.: 4305-3160 Argentina

Le Monde diplomatique (París)

Fundador: Hubert Beuve-Mery

Presidente del directorio y Director de la Redacción:

Serge Halimi

Director Adjunto: Alain Gresh**Jefe de Redacción:**

Pierre Rimbert

1-3 rue Stephen-Pichon,

75013 Paris

Tel.: (33) 53949621

Fax: (33) 53949626

secretariat@monde-diplomatique.fr

www.monde-diplomatique.fr**INTRODUCCIÓN**

En el centro del Sur

por Pablo Stancanelli

África sufre de guerras, miseria y epidemias. Pero África no se reduce a sus males. Es un continente diverso, dinámico, joven. Hoy, vive un ciclo de crecimiento inédito, y sus recursos, abundantes, lo posicionan en el centro de las relaciones de fuerza globales.

En el África subsahariana están los albores y el futuro del capitalismo (1). Las potencias coloniales forjaron sus economías con la savia de sus bosques, las entrañas de sus tierras, el dolor y sudor de sus pueblos. “El capital viene al mundo chorreando sangre y lodo por todos los poros”, señalaba Karl Marx, para quien la trata de esclavos era “el método de acumulación originaria” que exigía “la esclavitud encubierta de los obreros asalariados en Europa” (2).

La barbarie civilizatoria occidental alcanzó en el continente negro su máxima expresión. Usurpó a los africanos su futuro, diezmado y dispersando a sus poblaciones, desgarrando civilizaciones, negándoles por siglos todo atisbo de desarrollo propio. No se trata de un pasado remoto: el Estado Libre del Congo, ese campo de explotación atroz en el que el chicote era ley, dominio privado del rey Leopoldo II de Bélgica, recién dejó de existir en 1908, cuando fue cedido a... Bélgica. Sus fronteras coincidían con la actual República Democrática del Congo (RDC), hoy el país más rezagado en el Índice de Desarrollo Humano de las Naciones Unidas. En Sudáfrica, el régimen racista del apartheid fue abolido hace apenas dos décadas.

El ejemplo de la RDC es paradigmático del eterno saqueo de los recursos africanos y de la compleja construcción de entidades nacionales sobre tierra arrasada que siguió a la Segunda Guerra Mundial. El proceso de descolonización fue víctima a su vez de injerencias neocoloniales, cuando África, como el resto del Tercer Mundo, se convertía en tablero de la Guerra Fría. Pero las clases dirigentes africanas, a menudo formadas en Occidente, no fueron sólo víctimas; partícipes necesarias, en muchos casos aceptaron el rol periférico del continente en la división internacional del trabajo destruyendo producción y trabajo local, engendraron regímenes corruptos y asesinos, y atizaron conflictos mortíferos por riquezas y poder tras la máscara de luchas interétnicas. Fue justamente el caso del dictador Joseph-Désiré Mobutu en RDC –denominada Zaire en su megalomanía–, uno de los países más ricos en recursos minerales del continente, que redujo a la miseria mientras amasaba multimili-

llonarias cuentas bancarias en Suiza. Los sueños de emancipación y de unidad panafricana sufrieron entonces la suerte de sus líderes: asesinato de Patrice Lumumba en 1961, golpe de Estado a Kwame Nkrumah en 1966, asesinato de Thomas Sankara en 1987...

A partir de la década del 70, la crisis de la deuda, la expansión en el continente de los planes de ajuste estructural promovidos por los organismos financieros internacionales y las ayudas que se cobran con creces acabaron con el entusiasmo de las independencias. Las promesas de desarrollo se desvanecieron, los índices sociales y económicos empeoraron y las desigualdades crecieron, deslegitimando a las élites políticas de la región. Pero lo que fracasó en África no fue la democratización –afirma Mwayila Tshiyembe, director del Instituto Panafricano de Geopolítica de Nancy– sino “la imposición del modelo occidental de Estado-Nación, cuyo postulado de unificación étnica, cultural e identitaria constituye en sí mismo una fuente de conflicto” (3) en un continente donde las fronteras representan más un lugar de encuentro que de demarcación.

Fuerzas en pugna

“En el fondo –señala la periodista Anne-Cécile Robert–, África es la entropía de nuestro mundo, la unidad de medida del caos social y humano que lo caracteriza” (4). Y en este sentido, el futuro del capitalismo y del desarrollo global se encuentra en el continente negro. Los antropólogos sudafricanos Jean y John L. Comaroff sostienen que las “exclusiones [de la modernidad capitalista] resultan indispensables para su funcionamiento interno”, y plantean una tesis provocativa: los países centrales están evolucionando hacia África (5).

Esto puede entenderse de distintas maneras. Por una parte, la crisis del Estado de Bienestar en Occidente, que no por casualidad se produce al tiempo que los países del Sur generan nuevas formas de resistencia y reafirman su soberanía, lleva a los países desarrollados al camino inexorable de la marginalidad. De no mediar cambios, a largo plazo sus sociedades terminarán pareciéndose a las sociedades africanas empobrecidas. Por otra, el proceso en curso en las relaciones internacio-

nales está “reubicando en el Sur –y, desde luego, también en Oriente– algunos de los modos más innovadores y dinámicos de producción de valor” (6). Lo que hoy es centro, será algún día periferia.

Desde comienzos del siglo XXI, el África subsahariana vive un ciclo de crecimiento inédito, que coincide, a pesar de los múltiples conflictos aún en curso, con un avance en la pacificación y democratización de la región. El aumento en los precios de las materias primas, el descubrimiento de enormes reservas petroleras y la demanda de los países emergentes explican en parte esta evolución. El continente vive asimismo un crecimiento demográfico acelerado. En 2009, su población superó los 1.000 millones de habitantes –el 15% del total mundial frente al 7% en 1950– y se estima que alcanzará los 2.000 millones para el año 2050, con un aumento sostenido de la clase media. Al sur del Sahara, un 60% de la población tiene menos de 20 años.

Sin embargo, los retos siguen siendo gigantescos. Las mejoras económicas se concentran en los países “útiles” y aún no se reflejan en las condiciones de vida. Los jóvenes, precarizados, desesperanzados, viven tentados de volcarse a la violencia identitaria, confesional o sencillamente criminal. El crecimiento urbano es desenfrenado y caótico, y la falta de agua, endémica en algunas zonas, podría agravarse en razón del cambio climático. Pero sobre todo, la región carece de un modelo de explotación sustentable de sus valiosos recursos. Las multinacionales cosechan allí ganancias extraordinarias. El informe 2013 del Panel para el Progreso de África que preside el ex secretario general de la ONU, Kofi Annan, señala que entre 2008 y 2010 la falsificación de declaraciones de ganancias de empresas con negocios en África le hizo perder al continente unos 38.000 millones de dólares anuales (7).

Como en la época de la trata de esclavos, el África subsahariana es hoy el eje de la globalización. Allí se dirime la pulseada entre las potencias emergentes y decadentes. Brasil, Corea del Sur, India, Turquía y, principalmente, China desembarcan con fuerza en el continente, desplazando a las antiguas metrópolis. Proponen relaciones comerciales y de cooperación innovadoras, aun cuando buscan asegurarse mercados y recursos. La historia dirá si se repiten las mismas formas de explotación y dependencia con otros actores, o si éstos pretenden realmente ayudar al continente negro a encontrar la senda de un desarrollo autónomo.

El nuevo orden mundial se juega en África. ■

1. Por razones históricas, culturales y geopolíticas, esta edición de Explorador se ocupa del África situada al sur del Sahara.
2. Karl Marx, *El Capital*, tomo I, cap. XXIV, FCE, México, 1972, pág. 646.
3. Véase “¿Conflictos étnicos o luchas por el poder?”, *El Atlas de Le Monde diplomatique III*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2009.
4. Anne-Cécile Robert, “Un enjeu mondial”, *Marière de voir*, N° 108, “Indispensable Afrique”, París, diciembre de 2009-enero de 2010.
5. Jeany John L. Comaroff, *Teoría desde el sur*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2013.
6. *Idem*.
7. www.africaprogresspanel.org

AFRICA

Conflictos y esperanzas

INTRODUCCIÓN

2| En el centro del Sur

por Pablo Stancanelli

1. LO PASADO

El futuro robado

7| Memoria de la esclavitud

por Louise Marie Diop-Maes

11| Una descolonización bajo injerencia

por Claude Wauthier

14| La gestación de la Unión Africana

por Mwayila Tshiyembe

17| Los caminos inesperados de Mandela

por Achille Mbembe

18| El apartheid en el museo

por Philippe Rivière

2. AFRICA HACIA ADENTRO

Un territorio en mutación

25| Fronteras difusas

por Anne-Cécile Robert

28| La “democrazy” nigeriana

por Alain Vicky

31| Violencia social en Sudáfrica

por Sabine Cessou

37| El Sahel, un polvorín

por Philippe Leymarie

41| El puerto que puede salvar a Kenia

por Tristan Coloma

46| Una geopolítica en permanente evolución

por Philippe Rekacewicz

3. AFRICA HACIA AFUERA

Eje de todas las codicias

51| Los “amigos” chinos del Congo

por Colette Braeckman

54| Washington busca instalar su ejército

por Constance Desloire

57| Carrera por las tierras cultivables

por Joan Baxter

60| Refugiados del hambre

por Jean Ziegler

63| Construyendo puentes sobre el Atlántico

por Gladys Lechini

68| Sudáfrica se expande

por Augusta Conchiglia y Philippe Rekacewicz

4. LO VIVIDO, LO PENSADO, LO IMAGINADO

La cultura, refugio de la dignidad

73| Mientras escriba, África vivirá

por Tirthankar Chanda

78| Visiones del porvenir

por Alain Vicky

UN PRESENTE DE ESPERANZA

Recuperar el pasado, soñar el futuro

82| África para los africanos

por Diego Buffa y María José Becerra



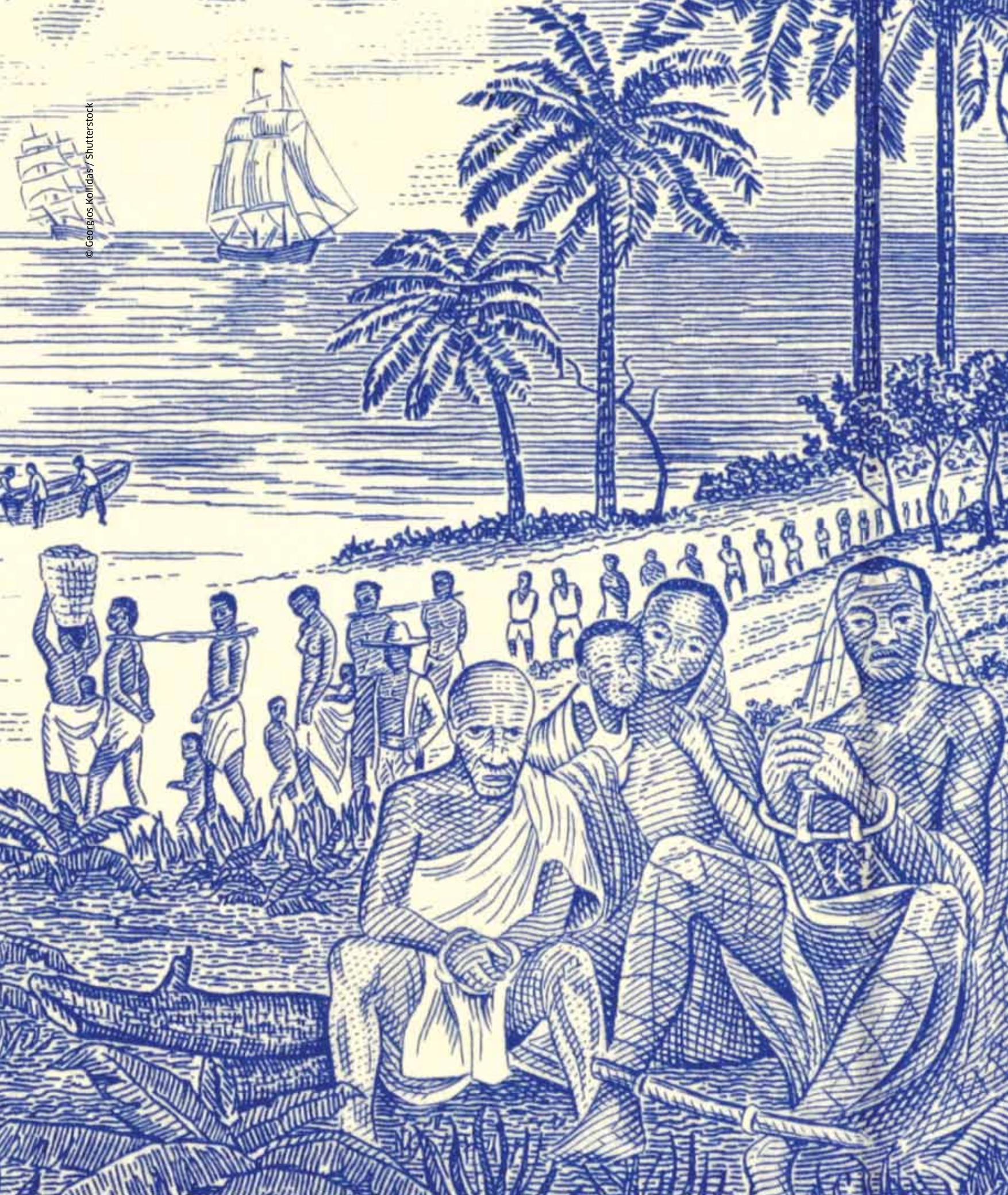
© Alejandro Chaskielberg

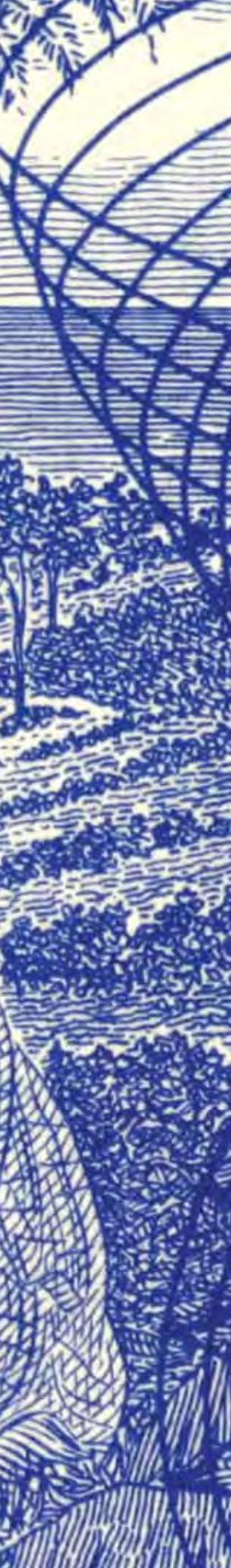
1

El futuro robado

LO PASADO

La historia moderna del África subsahariana es una historia de opresión y padecimientos, mezcla de explotación capitalista y racismo, marcada con hierro en el presente de la región. De la trata de esclavos al apartheid, del dominio colonial a las independencias controladas por las antiguas metrópolis, los africanos han sido despojados de su humanidad. Sus luchas de emancipación, personificadas en el ejemplo de Nelson Mandela en Sudáfrica, siempre tuvieron por tanto un significado universal.





Las consecuencias de la trata de negros

Memoria de la esclavitud

por Louise Marie Diop-Maes*

Durante siglos, millones de africanos (hombres y mujeres) fueron reducidos a la esclavitud y deportados al continente americano por las potencias europeas. La trata de esclavos tuvo consecuencias ruinosas sobre el continente negro, tanto en sus aspectos demográficos como en sus estructuras y desarrollo económico. El presente del África subsahariana está marcado por esas huellas.

En el siglo XVI, en la mayoría de las regiones del África subsahariana existían ciudades considerables para la época (de 60.000 a 140.000 habitantes o más), pueblos grandes (de 1.000 a 10.000 habitantes), muchas veces en el marco de reinos e imperios notablemente organizados, y también territorios de hábitat disperso denso. Es lo que revelan los vestigios y las excavaciones arqueológicas, así como las fuentes escritas, tanto externas (árabes y europeas, antes de mediados del siglo XVII) como internas (crónicas autóctonas redactadas en árabe, que era la lengua de la religión como el latín en Europa). La agricultura, la ganadería, la caza, la pesca, un artesanado muy diversificado (metalurgia, textil, cerámica, etc.), la navegación fluvial y lacustre, el comercio cercano y lejano, con monedas específicas, estaban muy desarrollados y activos.

El nivel espiritual e intelectual era análogo al de África del Norte en la misma época. El gran viajero árabe del siglo XIV, Ibn Battuta, alaba la seguridad y la justicia que había en el Imperio de Malí. Antes del uso de las armas de fuego, la trata árabe era marginal con respecto a la actividad económica y al volumen de la población. León el Africano (a comienzos del siglo XVI) menciona que el rey de Bornu (región del Chad) sólo organizaba una vez al año una expedición para capturar esclavos (1).

Regresión enorme

A partir del siglo XVI la situación se agravó singularmente. Los portugueses penetraron en el Congo, al sur de la desembocadura, conquistaron Angola,

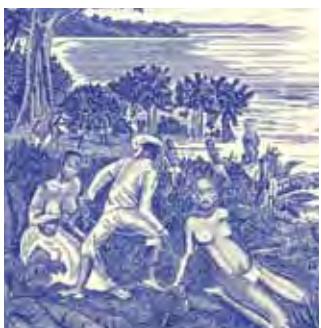
atacaron los principales puertos de la costa oriental y los arruinaron. También penetraron en el actual Mozambique. Los marroquíes atacaron el Imperio Songhai, que resistió durante nueve años. Los agresores disponían de armas de fuego, mientras que los subsaharianos no tenían. Miles de habitantes fueron muertos o capturados y reducidos a la esclavitud. Los vencedores se adueñaron de todo: seres humanos, animales, provisiones, objetos preciosos...

Reinos e imperios fueron deslocados, desmigajados en principados que se vieron inducidos a hacerse la guerra cada vez con más frecuencia, con el fin de tener prisioneros que pudieran ser intercambiados, especialmente a cambio de fusiles, indispensables para defenderse y atacar. De todo ello resultaron desplazamientos de población que provocaron nuevos choques, reagrupamientos en sitios de refugio, la propagación de un estado de guerra latente hasta en el corazón del continente. Se multiplicaron las razzias, al punto de alcanzar la cifra de ochenta por año, a comienzos del siglo XIX, en el noreste del África Central, según el letrado tunecino Mohammed el Tounsy, que viajaba en esa época a Darfur y a Uadai (actual Chad) (2). El porcentaje de cautivos con relación al conjunto de la población se incrementó así continuamente entre el siglo XVII y el final del siglo XIX y “distritos antes densamente poblados fueron reconquistados por la maleza” o la selva (3).

Todo el tejido socioeconómico y político-administrativo constituido fue progresivamente pervertido y luego arruinado. Las personas fueron muchas veces →



Patrimonio de la humanidad. Los mercados y casas de esclavos, desde donde eran enviados al continente americano, han sido convertidos en monumentos y destinos turísticos.



Billetes. El recuerdo de la trata está presente en la vida cotidiana.

“Resarcimiento”

En septiembre de 2013, la Comunidad del Caribe (CARICOM) presentó ante la ONU un reclamo de reparaciones económicas a Europa por el comercio de esclavos en la época colonial. Este tema había sido uno de los motivos del fracaso de la Conferencia de la ONU contra el Racismo que se llevó a cabo en Durban en 2001.

→ reducidas a la autosubsistencia en sitios de defensa, difíciles de cultivar y de irrigar. Se produjo una regresión enorme en todos los ámbitos. La suerte de los cautivos empeoró. Y apareció una nueva clase o categoría social de malhechores: la de los intermediarios, brutales vigilantes de las caravanas, intérpretes... los “colaboracionistas” de la época. Algunos príncipes intentaron en vano oponerse a ese comercio creciente de seres humanos. Pero el rey de Portugal respondió negativamente a las cartas de protesta del rey Alfonso del Congo, que se había convertido, sin embargo, al cristianismo. Uno de sus sucesores fue reducido a silencio por las armas. Lo mismo ocurrió en Angola. La delegación francesa en Senegal suministró armas a los moros para que atacaran al Damel (4), que negaba el paso a las caravanas de esclavos. Así, fue efectivamente la demanda externa la que provocó la gran extensión y proliferación de la esclavitud en el África negra.

Al principio, los reyes entregaban sólo a los condenados a muerte. Pero los portugueses querían cantidades importantes, que tomaron ellos mismos atacando sin otro motivo. Desde 1575-1580, Dias Novais, primer gobernador de Angola, despachaba cautivos a razón de un promedio de 12.000 por año (5), es decir, dos veces más, sólo desde Angola, que toda la trata de la zona del Sahara en la misma época, de acuerdo, por ejemplo, con las cifras citadas por el historiador estadounidense Ralph Austen.

En el siglo XVII y sobre todo en el XVIII, la mayoría de los armadores europeos se dedicaba a este tráfico marítimo que daba grandes ganancias, principalmente los holandeses, los ingleses y los franceses.

En la segunda mitad del siglo XVIII se alcanzaron cifras enormes: salvo en los años de guerras franco-británicas, cientos y cientos de navíos embarcaban entre 150.000 y 190.000 cautivos anuales, según los años (6). La inseguridad creciente y generalizada en la mayoría de las regiones multiplicó la escasez, las hambrunas, las enfermedades locales y más aun las enfermedades importadas, particularmente la viruela. Las endemias se instalaron y las epidemias florecieron.

Disminución demográfica

Resulta por lo tanto pertinente sumar a todos aquellos que murieron durante los ataques, durante los traslados del interior hacia los puntos de partida y en los galpones; los que se suicidaban y los rebeldes muertos en el momento del embarque; así como también las muertes imputables a la multiplicación de las razzias y a las guerras intestinas engendradas por la dislocación de las entidades políticas a causa de la huida de las poblaciones; las muertes por hambre (ya que las cosechas y las reservas habían sido saqueadas) y por enfermedades de toda clase; las muertes debidas a la introducción de las armas de fuego y de alcohol adulterados, a la regresión de la higiene y de los conocimientos adquiridos... y hay que agregar a todas esas muertes las de los cautivos y cautivas arrancados del subcontinente. Puede verse que este déficit demográfico supera ampliamente la cantidad de nacimientos viables, a su vez forzosamente en disminución. Y también habría que tener en cuenta los “no nacidos”. Tal como ocurrió durante la Guerra de los Cien Años, que le hizo perder a Francia la mitad de su población, la disminución se produjo de manera irregular y diferente según las regiones. Hacia fines del siglo XVII se acentuó fuertemente, y desde mediados del siglo XVIII la disminución global fue masiva y rápida.

¿Es posible evaluar esa disminución? Para medir los efectos demográficos de la Guerra de los Cien Años en Francia, se comparó la cantidad de “luces encendidas” (es decir, de casas habitadas) existentes antes de esa guerra, con la cantidad contabilizada después. Ciertamente, al igual que en India, en África no se dispone de registros de bautismos, pero por los viajeros y exploradores del siglo XIX se sabe que en África Occidental las aglomeraciones más grandes no tenían más de 30.000 o 40.000 habitantes. Eran, entonces, alrededor de cuatro veces menos importantes que las ciudades africanas más grandes del siglo XVI.

Según los mismos testimonios, la diferencia era todavía más grande en la población rural, o en la cantidad de combatientes que un príncipe o un jefe guerrero podía alistar. La relación aproximada de 4 a 1, observada en África Occidental, ¿será representativa de la disminución del conjunto de la población del África negra entre el siglo XVI y el XIX? Del Cabo Palmas (7) al sur de Angola, las pérdidas fueron más elevadas aun. Gwato, el puerto del Reino de Benín

(actual Nigeria), contaba con 2.000 “luces” a la llegada de los portugueses y sólo quedaban 20 o 30 cuando llegaron los exploradores del siglo XIX (8). El historiador estadounidense William G. Randles muestra que la población de Angola también había sido reducida en grandes proporciones (9). En cambio, las regiones de Chad permanecieron bastante pobladas hasta 1890 (con pueblos de 3.000 habitantes en 1878).

En el actual Sudán, el despoblamiento comenzó con la dominación esclavista del pachá de Egipto Mehemet Ali, en 1820. En África Oriental, las altas mesetas, como las de Ruanda y Burundi, siguieron densamente pobladas, con alrededor de 100 habitantes por kilómetro cuadrado, contrariamente a lo que ocurría en la región del Lago Malawi (ex Lago Nyassa). En África Austral, a partir de la primera mitad del siglo XIX, las acciones de los ingleses se sumaron a las de los boers (10) para diezmar a los pueblos autóctonos. En conjunto, parece razonable pensar que en el siglo XIX la población del África negra era de 3 a 4 veces menor de lo que había sido en el siglo XVI.

Pero, ¿es posible conocer la importancia de la población del África negra hacia la mitad del siglo XIX? La conquista colonial (con artillería contra fusiles antiguos); el trabajo forzado multiforme y generalizado; la represión de las numerosas revueltas; la subalimentación; las diversas enfermedades locales y, una vez más, las enfermedades importadas y la continuación de la trata oriental siguieron reduciendo hasta 1930 la población que quedaba en alrededor de un tercio. A partir de esa fecha, medidas administrativas y sanitarias iniciaron la recuperación demográfica, que progresó de manera muy gradual.

Esta evaluación fue posible porque, con la presencia europea en el interior de los territorios, algunos indicadores estadísticos se agregaron a las fuentes narrativas (11). En 1948-1949 se efectuó en toda el África subsahariana un censo general y coordinado. Después de hacer correcciones por las declaraciones faltantes, la población fue evaluada en aproximadamente 140 a 145 millones de personas. Teniendo en cuenta el crecimiento registrado entre 1930 y 1948-1949, se puede estimar que en 1930 la población era de entre 130 y 135 millones de individuos, que representaban pues dos tercios de la población aproximada de los años 1870-1890, que era de alrededor de 200 millones. De lo que puede concluirse que la población en el siglo XVI era al menos del orden de los 600 millones (o sea un promedio de 30 habitantes por kilómetro cuadrado), según el resultado de mis investigaciones. Las cifras antiguas de 30 a 100 millones eran totalmente imaginarias, como lo mostró Daniel Noin, ex presidente de la Comisión de Población de la Unión Geográfica Internacional (12).

Efectos destructores

Entre mediados del siglo XVI y mediados del siglo XIX, la población subsahariana se redujo entonces en unos 400 millones. Sobre ese total, es imposible

precisar el porcentaje de los que fueron deportados, a partir de las costas y del Sahel, debido a la importancia de los fraudes y de la muy elevada cantidad de clandestinos, antes y después de que se prohibiera la trata. Diversas fuentes e investigaciones conducen a duplicar las cifras oficiales en lo que se refiere a la trata europea (13). Las evaluaciones de la trata árabe también son aleatorias. Para dar un orden de magnitud, digamos que sumadas las dos tratas la cifra debe situarse entre 25 y 40 millones. Una cifra todavía muy discutida, pero es cierto que las evaluaciones menores no tienen en cuenta la enormidad de los simulacros. Al menos nueve décimas partes de las pérdidas totales se produjeron en la propia África, lo que se explica por la extraordinaria duración de la grave inseguridad permanente y creciente en el conjunto del territorio, a causa de la acumulación de efectos destructores, directos e indirectos, de las dos tratas simultáneas, cada vez más intensivas.

Una Guerra de Cien Años que duró trescientos, con las armas de la Guerra de los Treinta Años y de los siglos siguientes. La conquista y la ocupación colonial, así facilitadas, incrustaron la extraversion, tanto cultural como económica, e hicieron particularmente problemática la reestructuración del conjunto subsahariano y de cada una de sus regiones. Sólo hace una decena de años que el África negra recuperó el nivel de población que tenía en el siglo XVI, pero de manera muy desequilibrada debido a la congestión de las capitales.

Las consecuencias de la trata son pesadas y perniciosas, pero no se suele tomar conciencia de su importancia cuando se analizan los problemas actuales del África negra. ■

LA BARBARIE CIVILIZATORIA

1482

“Descubrimiento”

El navegante portugués Diogo Cão llega a la desembocadura del Río Congo.

1750

Tráfico masivo

En la segunda mitad del siglo XVIII, el comercio negrero europeo alcanzó cifras enormes, generando ingentes ganancias.

1884-85

Reparto colonial

Conferencia de Berlín: las potencias europeas acuerdan la repartición de África, el respeto del libre comercio y de la navegación.

1908

Terror

El Estado Libre del Congo, coto privado del rey Leopoldo II, es anexado a Bélgica tras las denuncias sobre el régimen que regía en sus explotaciones.

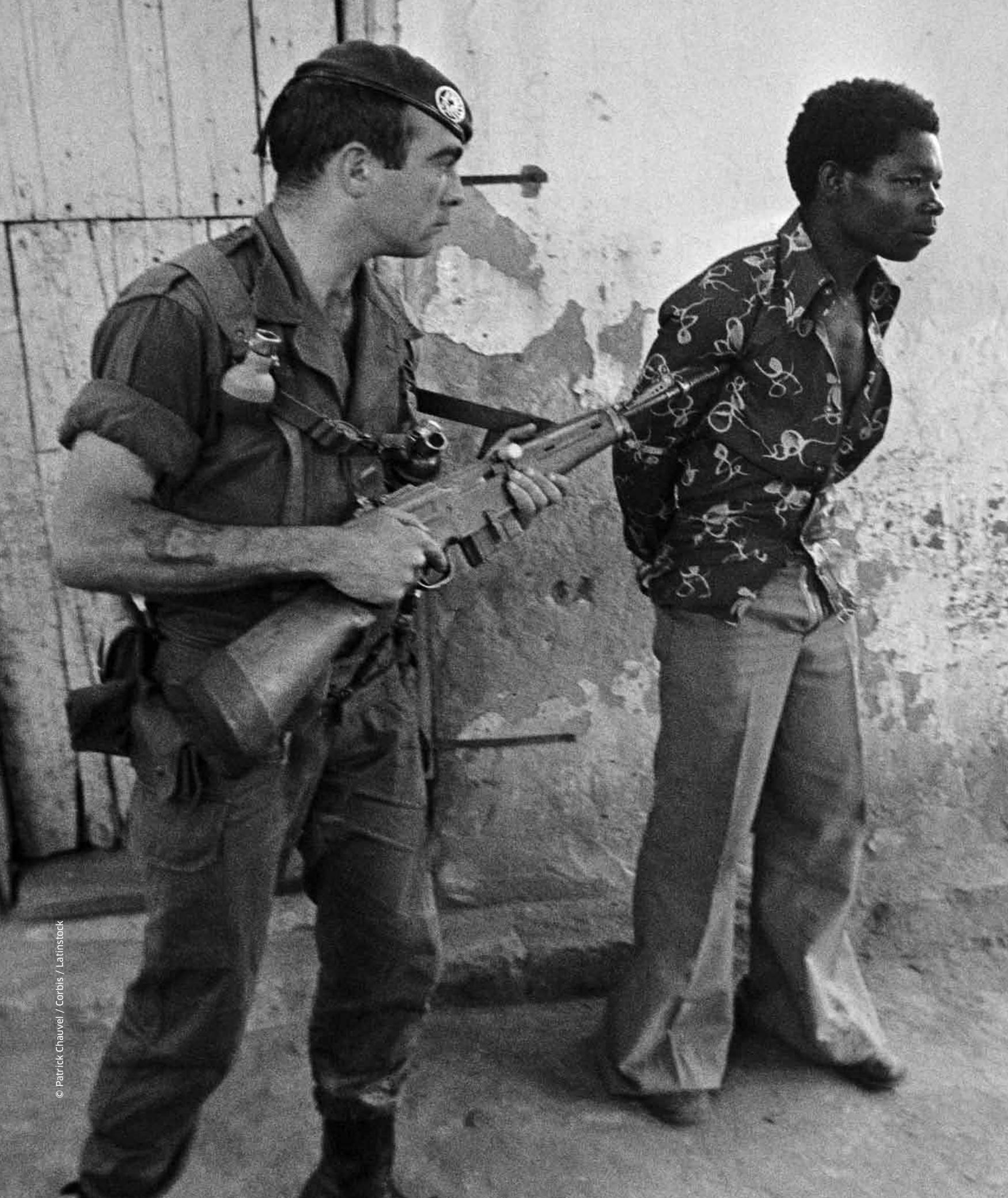
1926

Abolición

25 de septiembre: la Sociedad de las Naciones firma la Convención sobre la Esclavitud. Los Estados se obligan a prevenir y reprimir la trata.

1. Léon l’Africain, *Description de l’Afrique*, J. Maisonneuve, París, 1956.
2. Pierre Kalck, *Histoire de la République centrafricaine*, Berger-Levrault, París, 1995.
3. Charles Becker, “Les effets démographiques de la traite des esclaves en Sénégambie”, *De la traite à l’esclavage, actes du Colloque de Nantes*, tomo II, Centre de Recherche sur l’Histoire du Monde Atlantique (CRHMA) y Société Française d’Histoire d’Outre-Mer (SFHOM), Nantes-París, 1988.
4. Título que se daba a los soberanos tradicionales del Reino de Cayor (Senegal).
5. William G. Randles, “De la traite à la colonisation. Les Portugais en Angola”, *Annales Economie Société Civilisation (ESC)*, 1969.
6. *Idem*.
7. Sobre la actual frontera entre Costa de Marfil y Liberia.
8. Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo de situs orbis*, Centro de Estudios de Guinea Portuguesa, Memoria N° 19, Bissau, 1956.
9. William G. Randles, *op. cit.*
10. Colonizadores holandeses.
11. Daniel Noin, *La population de l’Afrique subsaharienne*, Ediciones Unesco, 1999.
12. *Idem*.
13. Charles Becker, *op. cit.*

*Doctora en Geografía Humana, autora de *Afrique noire, démographie, sol et histoire*, Présence africaine-Khepera, Dakar-París, 1996.



1960-1990: treinta años de “independencia controlada”

Una descolonización bajo injerencia

por Claude Wauthier*

Los Estados y las sociedades del África subsahariana no terminan aún de pagar el precio de una descolonización operada en beneficio de las antiguas metrópolis, que minaron el desarrollo de las nuevas naciones. En 1990, el amargo balance de treinta años de independencia daba nuevo impulso a las aspiraciones democráticas, que hoy se expresan con fuerza.

El año 1960 fue el “año de las independencias africanas”: diecisiete antiguas colonias del África negra –catorce de ellas francesas– se convirtieron entonces en Estados soberanos (1). Sin embargo, la descolonización completa del continente finalizó recién treinta años más tarde, en 1990, con el fin de la tutela sudafricana sobre Namibia, al tiempo que el gran sueño panafricanista de la unidad del continente, acariciado entre otros por el ghanés Kwame Nkrumah, se disipaba rápidamente. Más aun, durante esas tres décadas, el continente africano siguió siendo un objetivo que se disputaron las grandes y medianas potencias –entre ellas, Francia– a golpe de intervenciones militares, presiones diplomáticas y económicas.

La frecuencia y el peso de esas injerencias –a veces, a pedido de los propios países africanos– redujeron considerablemente el ejercicio de su soberanía. Desde luego, puede decirse algo similar de América Central y el Sudeste Asiático, pero la “dependencia” persistente del continente africano, y sobre todo del África negra, sigue siendo sorprendente. Entre otras cosas, porque se vio afectada duramente por la caída de los precios de las materias primas, y agobiada por el peso de su deuda.

Fue Gran Bretaña la que dio, en 1957, el puntapié inicial de la independencia del África negra, concediéndola a Ghana y a su primer ministro, Kwame Nkrumah. También había sido la primera potencia en tomar la iniciativa de la descolonización en Asia, en 1947, renunciando a su imperio en India.

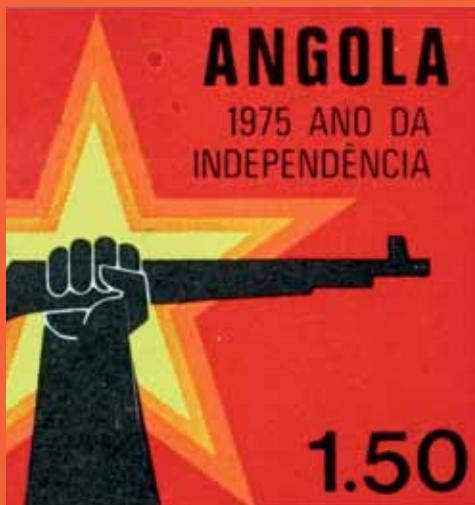
Francia, segunda potencia colonial del planeta, había seguido el mismo camino: se había retirado de Indochina en 1954, tras la derrota de Dien Bien Phu, y luego, en 1956, de Marruecos y Túnez. La insurrección argelina había estallado en 1954, y, en 1955, la Conferencia de Bandung, en la cual participaban los representantes de veintinueve países africanos y asiáticos, entre ellos el chino Zhou Enlai, el egipcio Nasser y el indio Nehru, había reivindicado el derecho a la independencia de todos los pueblos colonizados y consagrado la emergencia del Tercer Mundo en la escena internacional.

La agitación que había sacudido la tutela colonial en el Magreb no se había extendido globalmente a los territorios franceses del África negra, a los cuales la ley marco de Gaston Defferre había acordado en 1956 una amplia autonomía de gestión con Asambleas electas y un Ejecutivo africano, todavía presidido, sin embargo, por el gobernador colo-

nial. La última revuelta importante había sido el levantamiento de los independentistas de Madagascar, en 1947, cuya represión había causado varias decenas de miles de muertos (80.000, según algunas estimaciones).

“Balcanización” y neocolonialismo

No obstante, al reasumir el poder en mayo de 1958, el general De Gaulle consideró indispensable tener un gesto espectacular con el África negra: sometió a referéndum una Constitución que preveía la instauración de una Comunidad franco-africana en la cual ciertas competencias llamadas “comunes” (defensa, diplomacia, moneda, etc.) eran compartidas por la metrópoli y los territorios africanos, que accedían a una semi-soberanía limitada a la gestión de sus asuntos internos. En la mayoría de los casos, los territorios consultados respondieron masivamente “sí”. A excepción de la Guinea de Sékou Touré, donde el “no” se impuso casi por unanimidad. El dirigente guineano, quien pertenecía a la corriente marxista, invocó para justificar su rechazo el hecho de que la nueva Comunidad llevaba la desaparición de las dos grandes entidades federales –el África Occidental Francesa (AOF) y el África Ecuatorial Francesa (AEF)– que la Ley Defferre había →



Liberación. Angola sufrió una larga guerra civil.



Mobutu. El dictador fue un amigo de Occidente.

→ dejado subsistir. Acusó al general De Gaulle de querer “balcanizar” su antiguo imperio colonial para controlarlo mejor.

Esto fue, más o menos, lo que sucedería, cualesquiera hayan sido las intenciones del general De Gaulle. Sin embargo, la Comunidad franco-africana no tendría sino una existencia efímera. En 1960, todos los antiguos territorios africanos de ultramar, ganados por los ejemplos ghanés y guineano, reclamaban y obtenían su independencia. Pero sin una ruptura violenta con Francia, celebrando simultáneamente acuerdos de cooperación con París que los unían más o menos estrechamente a la antigua metrópoli, aunque sólo fuera porque permanecían en la zona franco.

Por otra parte, una cláusula de la Constitución de la V República preveía la posibilidad para los Estados independientes de seguir formando parte del conjunto franco-africano, y hasta 1961 subsistió una “Comunidad renovada”, a la que habían adherido Senegal, Madagascar, Chad, la República Centroafricana, Gabón y el Congo. Los países del Consejo de la Entente –Costa de Marfil, Dahomey (actual Benín), Alto Volta (devenido Burkina Faso) y Níger– así como Malí (dirigido por Modibo Keita, hombre cercano a Sékou Touré) y Mauritania se habían por su parte negado a integrarla, al igual que los dos antiguos territorios bajo tutela de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) administrados por Francia, Camerún y Togo, independientes también desde 1960, pero que no habían participado del referéndum de 1958. Frente al moderado éxito de la empresa, la “Comunidad renovada” fue disuelta en marzo de 1961.

La guerra de Argelia estaba entonces en pleno auge y dividía a los africanos: Guiné y Malí apoyaban al Gobierno Provisional de la República Argelina (GPRA), junto al Egipto de Gamal Abdel Nasser y Ghana, países comunistas y no alineados, mientras que los antiguos miembros de la Comunidad apoyaban, especialmente en la ONU, la política argelina de Francia. Sin embargo, todos festejaron los Acuerdos de Evian y la independencia de Argelia en 1962: para buena parte del Tercer Mundo, el general De Gaulle se había convertido en uno de los grandes artífices de la descolonización.

Sin embargo, a los ojos de al menos algunos de sus viejos adversarios, entre ellos Nkrumah y Sékou Touré, la independencia otorgada sin combate a los países del África negra olía a “neocolonialismo”, mientras que la de Argelia había sido arrancada con gran esfuerzo y contra su voluntad. Para ellos, el patio trasero de los países francófonos de la antigua Comunidad seguía siendo un coto privado de caza donde París ejercía una influencia preponderante sobre Estados hábilmente “balcanizados”. Francia había dividido para reinar. Más aun cuando la mayoría de los dirigentes de esos Estados francófonos llamados “moderados” y prooccidentales se oponían a los proyectos de unidad africana y al panafricanismo militante de Nkrumah y de los dirigentes de los países llamados “progresistas” o “revolucionarios”, amigos de la URSS, como Sékou Touré y Modibo Keita, quienes habían creado una unión –efímera también– Ghana-Guinea-Malí. Nkrumah sería desplazado con un golpe de Estado en

1966; Keita sufriría la misma suerte en 1968.

Es verdad que varias de las –numerosas– intervenciones francesas en el África negra, bajo la presidencia del general De Gaulle, no podían sino confirmar la opinión de aquellos que acusaban a Francia de neocolonialismo.

En primer lugar, en el Congo-Léopoldville, la antigua colonia belga (desde 1971 Zaire [actualmente República Democrática del Congo]) que también había accedido a la independencia en 1960. En efecto, París tomó partido por la secesión de Katanga y Moïse Tshombe (conocido como “Caja registradora”), marioneta en manos del gran capital belga, contra el primer ministro Patrice Lumumba, considerado un peligroso agitador cercano a Moscú. La idea era sin duda debilitar a un gran Estado africano que podía atraer a su órbita a vecinos menos poderosos, como las antiguas colonias francesas del Congo-Brazzaville y la República Centroafricana, pero también adquirir algunos intereses en las ricas minas de cobre de Katanga.

Luego en Gabón, en 1964, donde desembarcaron paracaidistas franceses para ayudar al presidente Léon M'bа, derrocado temporalmente por un golpe de Estado. Entre 1967 y 1970, finalmente, la diplomacia francesa, apoyada por las de Costa de Marfil y Gabón, apoyó la causa de la secesión de Biafra contra el gobierno federal de Nigeria (también independiente desde 1960). También en este caso, el objetivo de París era, por un lado, debilitar a un gran Estado africano rodeado de países francófonos mucho más débiles, como Dahomey o Níger, y ocupar un papel preponderante en la explotación de los recursos petroleros del este de Nigeria. Y, sobre todo, Francia era quizás el único país en el mundo que proveía armas (aviones, tanques, helicópteros) a Sudáfrica, en contra de las recomendaciones de la ONU (esa “cosa” que exasperó al general De Gaulle durante la guerra de Argelia). Y, precisamente, Sudáfrica y su aliado Portugal, que ya en ese entonces luchaba contra los movimientos de liberación de Mozambique y Angola, fomentaban las secesiones de Katanga y Biafra.

Así, la “balcanización” del África francesa generó indirectamente un apoyo a causas dudosas, especialmente en nombre del anticomunismo. Pero quizás esta “balcanización” era inevitable, debido a egoísmos nacionales tan nuevos como vigorosos, tal como parecía demostrarlo la disolución de los conjuntos federales creados por Gran Bretaña: los de la Comunidad Económica de África Oriental (Kenia, Uganda y Tanganica) y la Federación de las Rhodesias y de Nyasa-

landia (hoy Zimbabwe, Zambia y Malawi) tras el acceso a la independencia de esos Estados (entre 1961 y 1964, salvo para Zimbabwe –la antigua Rhodesia del Sur–, muy posterior, en 1980). El único ejemplo en contrario lo constituyó la fusión de las dos Somalias –la británica y la italiana– al proclamarse su independencia en 1960.

Defensa del patio trasero

Sea como fuere, la política africana de Francia bajo los presidentes Pompidou y Giscard d'Estaing quedó presa de los mismos esquemas, atada a preservar su influencia sobre el patio trasero francófono, o incluso a extenderla al África anglófona o ex belga, a defenderla también contra las intenciones libias.

En líneas generales, la diplomacia francesa en África siguió hasta 1981 apoyando a los llamados regímenes “moderados”, aun



© Nathan Holland / Shutterstock

Armas. La Guerra Fría inundó de armas al continente, convertido en escenario del conflicto bipolar.

La “dependencia” persistente del continente sigue siendo sorprendente.

cuando se trataba de dictaduras corruptas: como durante la intervención de los paracaidistas franceses en Kolwezi, en Shaba (antigua Katanga), en 1978, que, destinada a proteger a los residentes europeos, salvó al presidente Mobutu. Francia siguió además vendiendo armas a Sudáfrica –país con el cual el presidente Houphouët-Boigny quería establecer un “diálogo” para hacerle renunciar al apartheid–, hasta que la presión de la Organización para la Unidad Africana la obligó a dejar de hacerlo progresivamente. Junto con otros miembros de la OTAN (en particular, la República Federal de Alemania –RFA– y Estados Unidos), proveyó armas al ejército portugués para sus campañas contra el MPLA en Angola y el FRELIMO en Mozambique, que eran apoyados por los países comunistas.

Este apoyo a los regímenes “moderados”, al racismo sudafricano y al colonialismo portugués no podía dejar de tener sus consecuencias negativas: cuando una revolución progresista, en Madagascar, en 1972, separó del poder al presidente Philibert Tsiranana, Francia perdió su base naval de Diego Suárez.

La defensa del patio trasero africano generó, por otra parte, un largo conflicto con Libia, país al que la diplomacia del presidente Pompidou, preocupada por ganar el mercado de un país rico en petróleo, había vendido aviones Mirage. Así, Francia se vio enredada durante largos años en Chad, donde sin embargo el presidente Tombalbaye no escatimaba sus sarcasmos hacia Jacques Foccart, la eminencia gris del Elíseo para los asuntos africanos bajo los gobiernos de De Gaulle y Pompidou, acusado de ser el instigador de todas las juguetes más o menos exitosas que debilitaban al África francófona. Su reputación era tan mala que Giscard d'Estaing se apresuró a destituirlo tras su elección en 1974. Pero el nuevo presidente, que se familiarizó con el África negra a través de sus safaris, fue tan intervencionista como sus predecesores, con el riesgo de hacer quedar a Francia como el “gendarme de Estados Unidos” en el continente. Fue un viaje a Libia, en 1979, de Jean Bedel Bokassa lo que lo decidió a deshacerse de aquél cuya extravagante coronación Francia había pagado con una operación militar aerotransportada, bautizada “Barracuda”, un golpe de Estado con todas las letras.

La llegada de la izquierda al poder, en 1981, con François Mitterrand, trajo aparejados algunos cambios notables: a pesar de algunos errores, París aplicó sanciones contra Sudáfrica y estableció relaciones amistosas con los regímenes –marxistas– de las antiguas colonias portuguesas. La intervención militar francesa en Chad resultó finalmente provechosa, lo que no fue un logro menor. Menos gloriosa sin duda fue la recon-

ciliación definitiva con Sékou Touré, a pesar de las revelaciones sobre el siniestro campo de exterminio donde el dictador guineano dejaba morir de hambre a sus opositores.

Los países francófonos continuaron siendo objeto de un atento interés que generó a veces interrogantes, como el envío de unidades francesas a Togo en 1986 para apoyar al presidente Eyadema tras un intento de golpe de Estado al parecer proveniente de Ghana. O en Gabón, en 1990, para proteger allí a los residentes franceses y asegurar su evacuación como consecuencia de las manifestaciones contra el régimen del presidente Bongo.

Para las poblaciones golpeadas por la miseria, indignadas por la corrupción de los gobiernos y reprimidas en sus aspiraciones a la libertad, el balance de treinta años de “independencia controlada” resultó más bien amargo. Pero es preciso señalar que en otras partes de África la rivalidad estadounidense-soviética, complicada por las injerencias árabes y la política de desestabilización de Sudáfrica en los países de la “Línea de Frente”, tuvo resultados aún más desastrosos que el paternalismo francés... ■

1. En 1959, había en África nueve Estados independientes: Etiopía, Liberia, Libia, Egipto, Sudán, Marruecos, Túnez, Ghana y Guinea. La independencia de otros diecisiete, en 1960, llevó así a veintiséis el número de naciones soberanas del continente, es decir, aproximadamente la mitad de las que existen hoy.

*Periodista, autor entre otros libros de *Quatre présidents et l'Afrique*, Le Seuil, París, 1995.

Traducción: Gustavo Recalde

Del mesianismo a la globalización

La gestación de la Unión Africana

por Mwayila Tshiyembe*

En julio de 2002, la Unión Africana reemplazó a la Organización para la Unidad Africana, cuyo balance fue globalmente negativo. Se inauguró así una nueva etapa en la historia del panafricanismo. Pero será necesaria una integración política y económica sólida para que la región pueda hacer frente a las amenazas y los desafíos que se le presentan.

© Smilestudio / Shutterstock



El sueño panafricano, nacido en América a caballo de los siglos XIX y XX, se fijó como misión rehabilitar las civilizaciones africanas, restaurar la dignidad del hombre negro y preconizar el retorno a la “madre patria”, la de las raíces de la diáspora. Sylvester William, originario de Trinidad y una de las primeras figuras emblemáticas del movimiento, se apoyó en ciudadanos de Nigeria, Sierra Leona, Gambia o las Antillas Británicas para impregnarse de las realidades africanas y organizó, en 1900, en Londres, la primera Conferencia Panafricana. Su principal resolución se refirió a la confiscación de tierras en Sudáfrica por los ingleses y los afrikaners, y al destino de la Gold Coast (Ghana).

Burghart Du Bois, fundador de la Asociación Estadounidense para el Progreso de la Gente de Color (NAACP, en inglés), organizó luego el primer Congreso Panafricano, en 1919, en París, que reivindicó la adopción de un “código de protección internacional de los indígenas de África”: derecho a la tierra, a la educación y al trabajo libre. Durante el IV Congreso, en Nueva York en 1927, se opuso a Marcus Garvey, heraldo del “retorno a África” y partidario de un “sionismo negro”, que había creado una compañía marítima –la Black Star Line– y movilizado a más de tres millones de afro-americanos. Pero su sueño acabaría sumergido por escándalos financieros.

En 1945, durante un V Congreso en Manchester, George Padmore, trinitense, hizo adoptar un manifiesto que proclamaba orgullosamente: “Estamos decididos a ser libres... Pueblos colonizados y sometidos del mundo, unidos”. Bajo su protección, la antorcha del panafricanismo militante pasó a la generación de los futuros líderes del África independiente: Jomo Kenyatta (Kenia), Peter Abrahams (Sudáfrica), Haile Selassie (Etiopía), Nnamdi Azikiwe (Nigeria), Julius Nyerere (Tanzania), Kenneth Kaunda (Zambia) y Kwame Nkrumah (Ghana).

Maximalistas vs. minimalistas

A partir del VI y VII Congreso Panafricano, en Kumasi (1953) y Accra (1958), el desafío de la descolonización y la confrontación Este-Oeste alteraron las reglas de juego políticas y diplomáticas, dando lugar a dos formas de panafricanismo. En primer lugar, un panafricanismo “maximalista”, estrategia de recomposición de la geopolítica instaurada por la Conferencia de Berlín (1884-1885): ésta había oficializado la balcanización del continente en un mosaico de zonas de influencia europeas. El objetivo final era la fundación de los Estados Unidos de África, susceptibles de convertir al continen-

te negro en un actor de la escena mundial. La unidad económica, política y militar sería la principal condición para responder a este reto, consideraba el líder ghanés Kwame Nkrumah, quien lanzó la consigna “África debe unirse” (1), a la que adhirió en enero de 1961 el “grupo de Casablanca” (Ghana, Egipto, Marruecos, Túnez, Etiopía, Libia, Sudán, Guinea Conakry, Malí y el Gobierno Provisional de la República Argelina –GRPA–).

Esta apuesta tropezó con dos vulnerabilidades que los presidentes Nkrumah (Ghana) y Gamal Abdel Nasser (Egipto) habían minimizado o ignorado. En primer lugar, el peso de las antiguas potencias coloniales: aunque debilitadas por la Segunda Guerra Mundial, sometidas al nuevo liderazgo estadounidense-soviético y forzadas a la descolonización por la Organización de las Naciones Unidas (ONU), todavía poseían una gran capacidad de penetración, y por tanto de perjuicio. Cualquier proyecto de unificación del continente africano chocaba frontalmente con sus intereses vitales (recursos mineros y energéticos, clientelismos y redes comerciales).

En segundo lugar, Nkrumah y el grupo de Casablanca esperaban ingenuamente el previsible apoyo del campo “progresista” (con la Unión Soviética y la República Popular China a la cabeza), así como el de Estados Unidos, paladín de la libertad individual y del derecho a la autodeterminación. Ahora bien, el apoyo del campo progresista fue sobre todo verbal, mientras que Washington sostuvo a las potencias coloniales aliadas, en nombre de un principio de “contención”, destinado ante todo a frenar la expansión comunista en el mundo.

La otra corriente era la de un panafricanismo minimalista, que dio origen a la Organización para la Unidad Africana (OUA). Esta estrategia se fundaba en el derecho inalienable de cada Estado a una existencia independiente. Su lema era “la intangibilidad de las fronteras heredadas de la colonización”, y sus principios, el respeto a la soberanía y la no injerencia en los asuntos internos de los Estados. La encarnó el “grupo de Monrovia”, fundado en mayo de 1961 y dominado por las figuras paternales de los presidentes marfileño, Félix Houphouët-Boigny, y senegalés, Léopold Sédar Senghor.

La OUA, que vio la luz en 1963 en Addis Abeba, plasmó claramente esta división. Lo que explica que el balance de la OUA fuera globalmente negativo con respecto a los objetivos fijados, particularmente en lo que concierne al artículo 2 de su Carta Fundacional: el fortalecimiento de la solidaridad entre Estados y la coordinación de sus políticas tropezaron con el fracaso del Plan de Lagos (1980) y de la Comu-

nidad Económica Africana (1991) (2); la defensa de la soberanía, de la integridad territorial y de la independencia de los Estados miembros se vio contrarrestada por la incapacidad de resolver los conflictos de Liberia, Somalia, Sierra Leona, Ruanda, Burundi y República Democrática del Congo.

Además, la falta de pago de las cotizaciones por parte de la mayoría de los Estados miembros (50 millones de dólares adeudados en 2001) privó a la OUA de su principal fuente de financiación y la redujo a la mendicidad y a las expresiones de deseos estériles. Solamente el carácter de tribuna pública de la organización permitió movilizar a la comunidad internacional para erradicar el colonialismo y apoyar a los movimientos de liberación, a través de la ONU y del Movimiento de No Alineados.

Renovación institucional

Con la esperanza de subsanar estas deficiencias, en julio de 2001 se creó la Unión Africana (UA), para reemplazar a la OUA con nuevas instituciones. No obstante, la nueva Unión debe cumplir con ciertas condiciones si pretende responder a la globalización con sus propias características y nivel de desarrollo, como estipula su Acta Constitutiva.

Es cierto que la etapa de ratificación del Acta Constitutiva se salvó sin incidentes. Sin embargo, la carrera de obstáculos recién comienza. Especialmente, cuando a pesar de los objetivos y organismos establecidos, la naturaleza de la Unión Africana sigue siendo una ecuación plagada de incógnitas. En efecto, treinta y ocho años después de la creación de la OUA, la diferencia entre maximalistas y minimalistas no desapareció junto con la pugna Este-Oeste (crisis de ideologías), ni con los “padres de la nación” (crisis generacional y de liderazgo). Por lo tanto, resulta imperativo aclarar la naturaleza de la Unión política y económica, para evitar caer en la trampa de una OUA bis.

El Acta Constitutiva de la Unión Africana creó varias instituciones, a menudo inspiradas en la Unión Europea: el Consejo de la Unión; la Comisión; el Parlamento Panafricano; el Tribunal de Justicia Africano; el mecanismo de resolución de conflictos; el Consejo Económico, Social y Cultural. Ante la magnitud de los obstáculos, la Cumbre de Lusaka tuvo que aplazar su puesta en marcha (3). Las competencias atribuidas a los nuevos órganos por el Acta Constitutiva deberán ser precisadas, pues la adopción de una estrategia de innovación institucional es la condición *sine qua non* para que África obtenga los medios para actuar.

Por otra parte, parece indispensable una estrategia creíble de prevención y de resolu-

ción de conflictos, que supere el marco del “mecanismo” instaurado por la OUA en 1993, para ejercer eficazmente el derecho, reconocido por el Acta Constitutiva de la Unión Africana, “a intervenir en un Estado miembro por decisión del Consejo, en ciertas circunstancias graves, como crímenes de guerra, genocidio y crímenes contra la humanidad”, así como a responder al “derecho de los Estados miembros de solicitar la intervención de la Unión para restaurar la paz y la seguridad”.

En función de las potenciales amenazas, la Unión debe elaborar una estrategia de localización de fuerzas de paz. El ejército de cada nación, o en su defecto el ejército de un “Estado líder” en cada subregión, pone a disposición del mecanismo subregional de preventión y de gestión de conflictos un contingente de soldados entrenado y equipado para operaciones de mantenimiento o restablecimiento de la paz, así como los medios necesarios para un Estado Mayor subregional restringido (4). Este dispositivo debe estar vinculado con un Estado Mayor africano situado bajo el control directo del Consejo de la Unión. El objetivo es minimizar los costos inherentes al despliegue de fuerzas. La cuestión de la coordinación con los mecanismos subregionales ya existentes deberá ser resuelta: el Refuerzo de las Capacidades Africanas de Mantenimiento de la Paz (REAMP) de Francia, el African Center for Security Studies (ACSS) de Estados Unidos o el British Military Advisory and Training Team (BMATT) de Gran Bretaña deberán ser integrados a esta estrategia global.

Por último, la unión política no se materializará si no está fundada sobre una unión económica. Instituciones financieras como el Banco Central Africano, el Fondo Monetario Africano y el Banco Africano de Fomento, cuya creación está prevista en el Acta de la Unión, sólo serán eficaces si logran coordinar un espacio económico común. Si el conjunto de esta renovación institucional se realiza con éxito, la UA será el marco de desarrollo regional integrado que los precursores del panafricanismo apenas si se habían atrevido a soñar... ■

1. *África debe unirse*, Edicions Bellaterra, Barcelona, 2010.

2. Véase Willy Jackson, “La marche contrariée vers l’Union économique”, *Le Monde diplomatique*, París, marzo de 1996.

3. Discurso de Muamar Gadafi en la Cumbre de Lusaka, julio de 2001.

4. Mwayila Tshiyembe, “Les principaux déterminants de la conflictualité africaine”, *La prévention des conflits en Afrique*, Karthala, París, 2001.

*Director del Institut Panafricain de Géopolitique, Universidad Nancy-II.

Traducción: Fundación Mondipl

**MANDELA FOR
PRESIDENT**

**ANC
S CHOICE!**

**Set
WMO**



La lucha contra la opresión racial

Los caminos inesperados de Mandela

por Achille Mbembe*

Aclamado en los cinco continentes, el nombre de Nelson Mandela es sinónimo de resistencia, liberación y universalidad. Luchador empedernido y sagaz, cumplió 95 años en 2013. La idea misma de que la gente se prosterne al pie de su estatua lo exaspera: hay que seguir adelante, afirma, y continuar con la inmensa tarea de la emancipación.

Cuando Nelson Mandela se apague, podremos declarar el fin del siglo XX. El hombre que hoy se encuentra en el crepúsculo de su vida fue una de sus figuras emblemáticas. Exceptuando a Fidel Castro, tal vez sea el último de una estirpe de grandes hombres condenada a la extinción, a tal punto nuestra época tiene prisa por acabar de una vez por todas con los mitos.

Más que el santo que él afirmaba con gusto nunca haber sido, Mandela habrá sido, en efecto, un mito viviente, antes, durante y después de su largo encarcelamiento. Sudáfrica –ese accidente geográfico al que le cuesta volverse concepto– halló en él su Idea. Y si este país no tiene ningún apuro en separarse de él, es porque el mito de la sociedad sin mitos no carece de peligros para su nueva existencia como comunidad después del apartheid.

Pero, si bien no podemos dejar de concederle a Mandela la negación de su santidad –que él no cesaba de proclamar, a veces no sin malicia–, debemos reconocer que estuvo lejos de ser un hombre banal. El apartheid, que de ninguna manera fue una forma ordinaria de la dominación colonial o de la opresión racial, suscitó en cambio el surgimiento de una clase de mujeres y hombres poco comunes, sin miedo, que

a costa de sacrificios inauditos precipitaron su abolición. Si Mandela se convirtió en el nombre de todos ellos fue porque, en cada encrucijada de su vida, supo tomar, a veces presionado por las circunstancias y a menudo de manera voluntaria, caminos inesperados.

El hombre en su más simple expresión

En el fondo, su vida podría resumirse en unas pocas palabras: un hombre constantemente al acecho, un centinela siempre listo, cuyas vueltas, tan inesperadas como milagrosas, no hicieron sino contribuir aun más a su mitificación.

En los fundamentos del mito no se encuentran solamente el deseo de lo sagrado y la sed de lo secreto. Florece primero con la cercanía de la muerte, esa forma primera de la partida y del desgarramiento. Mandela la experimentó muy temprano, cuando su padre Mphakanyiswa Gadla Mandela, falleció prácticamente frente a sus ojos, con la pipa en la boca, en medio de una tos incontenible que ni siquiera el tabaco que tanto le gustaba logró suavizar. Así fue cómo esa primera partida precipitó otra. Acompañado por su madre, el joven Mandela dejó Qunu, el lugar de su infancia y de su temprana adolescencia, que él describe con un cariño infinito en su autobiografía.→

DISPOSITIVOS DEL RECUERDO

El apartheid en el museo

por Philippe Rivière*

A mitad de camino entre Johannesburgo y Soweto, sobre la vía rápida que conecta la gigantesca ciudad con su *township* emblemático, se encuentra el Museo del Apartheid, una gran construcción de hormigón de donde emergen las palabras "Libertad", "Respeto", en medio de un parque natural que reconstituye el *veld* (pradera) sudafricano. El ticket de entrada que se entrega sin guantes al visitante indica: "White" o "Non-White". Al recibir un pase "Non-White", este periodista no tiene más opción que tomar el pasillo de la derecha que indican las flechas. Nos rodean rejas metálicas, hay que avanzar. Unos diez metros más adelante, los recorridos "White" y "Non-White" se juntan.

Un momento de respiro, tras esta brutal introducción en materia, invita a reflexionar sobre la aberración jurídica y mental de la doctrina del "desarrollo separado". Un letrero menciona la "danza de las razas": en 1985 setecientos dos "mestizos" se convirtieron legalmente en "blancos", diecinueve "blancos" se volvieron "mestizos", un "indio" se tornó "blanco" y once "mestizos" fueron transformados en "chinos". Ningún "blanco" se volvió "negro". Ningún "negro" se volvió "blanco". Luego, nos sumimos de nuevo en la violencia. Sus símbolos son omnipresentes. Videos impresionantes difunden en permanencia la segregación, los discursos racistas, el levantamiento popular, la represión de las masas, la tortura, los testimonios de los prisioneros. Y para terminar, las imágenes de la victoria. En el centro del museo reina un Casspir, ese terrible camión blindado que patrullaba los *townships*. El recorrido provoca una sensación creciente de opresión –en una sala en la que se evocan las cárceles, ciento veintiún cuerdas cuelgan del techo para representar a los militantes "suicidados" por la policía–, y luego libera, en una especie de catarsis. Se sale, después de haber visto las imágenes de la lucha y haber escuchado los discursos de sus dirigentes, por una sala donde se exhiben como símbolo de la victoria de la democracia los diarios del día. Los grandes títulos mencionan los escándalos que salpican el poder.

El dispositivo del Museo del Apartheid es aplastante; causa emociones violentas, miedo, aversión, identificación con los héroes de la lucha, y finalmente el alivio de un desenlace feliz y moral. Allí el apartheid es una figura abstracta, una moneda cuyo anverso recuerda la imaginaria nazi del opresor y el reverso está bañado con la sangre de los mártires y el heroísmo de los libertadores. Pero en el fondo, ¿no se trata del argumento –épico, conmovedor y radicalmente fijo en un pasado histórico...– de un espectáculo hollywoodense casi esperado? En ese sentido, no causa asombro que la canción que suena repetidamente en la exposición temporal consagrada a Steve Biko sea el estándar internacional de Peter Gabriel, *Biko*. En Johannesburgo, la ciudad del oro, el Museo del Apartheid fue comisionado en el marco de un contrato global sobre la instalación de un... casino. Pensado "desde arriba", instalado lejos de la ciudad y de sus habitantes, no pudo escapar a la dureza de la propia ciudad, a la lógica del monumento nacional y del relato edificante destinado a los turistas internacionales. [...]

*De la redacción de *Le Monde diplomatique*, París. Este texto es un extracto del artículo "L'apartheid au musée", *Le Monde diplomatique*, París, abril de 2008.

Traducción: Teresa Garufi

→ Volvería a vivir allí al término de sus largos años de prisión, después de haber construido una casa, réplica exacta de la última cárcel donde estuvo preso antes de ser liberado.

Negándose a adaptarse a los usos y costumbres, se irá una segunda vez al final de su adolescencia. Príncipe fugitivo, le dará la espalda a una carrera junto al jefe de los *thembus*, su clan de origen. Se irá a Johannesburgo, ciudad minera entonces en plena expansión y meca de las contradicciones sociales, culturales y políticas engendradas por esa mezcla barroca de capitalismo y racismo que en 1948 adoptara la forma y el nombre de "apartheid". Destinado a convertirse en jefe según el mandato de la costumbre, Mandela se convertirá al nacionalismo como otros a una religión, y la ciudad de las minas de oro se volverá el escenario principal de su encuentro con su propio destino.

Entonces comienza un largo y doloroso vía crucis, lleno de privaciones, arrestos repetidos, acosos intempestivos, múltiples comparecencias ante los tribunales, estadías regulares en los calabozos con su rosario de torturas y sus rituales de humillaciones, períodos más o menos prolongados de clandestinidad, inversión de los mundos diurno y nocturno, disfraces más o menos espontáneos, una vida familiar dislocada, viviendas abandonadas... El hombre en lucha, acorralado, el fugitivo siempre listo para partir, al que solo guía la convicción de un día futuro, el del regreso.

En efecto, Mandela corrió inmensos riesgos. Con su propia vida, que vivió intensamente, como si cada vez hubiera que volver a empezar de cero y como si cada vez fuese la última. Pero también con la de muchos otros, empezando por su familia, que inevitablemente pagó un precio inestimable por sus compromisos y sus convicciones. Por eso mismo, tenía para con ella una deuda insonable que él siempre supo que no podría pagar, lo cual no hizo más que agravar sus sentimientos de culpa.

En 1964, se salvó por muy poco de la pena capital. Con sus coacusados, se había preparado para ser condenado. "Habíamos considerado esa eventualidad –afirma en una entrevista con Ahmed Kathrada, mucho después de haber salido de la cárcel–. Si teníamos que desaparecer, mejor hacerlo en una nube de gloria. Nos agrado saber que nuestra ejecución representaría nuestra última ofrenda a nuestro pueblo y a nuestra organización" (1). Esta visión eucarística, sin embargo, estaba exenta de todo deseo de martirio. Y, contrariamente a todos los demás, de Ruben Um Nyobè a Patrice Lumumba, pasando por Amilcar Cabral, Martin Luther King y hasta Mohandas Karamchand Gandhi, Mandela escapará a la guadaña.

En la prisión de Robben Island, experimentará verdaderamente ese deseo de vida, en los límites del trabajo forzado, la muerte y el exilio. La prisión se volverá el lugar de una prueba extrema, la del confinamiento y el regreso del hombre a su más simple expresión. En ese lugar de máxima indigencia, Mandela aprenderá a habitar la celda en la que pa-



Ícono. La figura de Nelson Mandela se ha convertido en un símbolo universal, como demuestra este mural en Barcelona.

será más de veinte años a la manera de una persona viva forzada a adaptarse a un ataúd (2).

Durante largas y atroces horas de soledad, empujado a las inmediaciones de la locura, redescubrirá lo esencial, aquello que yace en el silencio y el detalle. Todo volverá a hablarle: una hormiga que corre quién sabe adónde; la semilla enterrada que muere y luego vuelve a brotar, dando la ilusión de un jardín; el fragmento de algún objeto, no importa cuál; el silencio de los días monótonos que se asemejan y que parecen no pasar; el tiempo que se prolonga interminablemente; la lentitud de los días y el frío de las noches; el habla, tan escasa; el mundo detrás de los muros del que ya no se oyen los murmullos; el abismo que fue Robben Island y las huellas de la penitenciaría en su rostro ahora esculpido por el dolor, en sus ojos lastimados por la luz del sol que se refleja en el cuarzo, en esas lágrimas que no lo son, el polvo en ese rostro transformado en un espectro fantasmal y en sus pulmones, en los dedos de sus pies, y por encima de todo, esa sonrisa alegre y vivaz, esa postura altanera, erguido, de pie, con el puño cerrado y listo para abrazar nuevamente al mundo y hacer soplar la tormenta.

El proyecto de igualdad universal

Despojado de casi todo, luchará paso a paso para no ceder el resto de humanidad que sus carceleros quieren arrancarle a toda costa y blandir como trofeo último. Reducido a vivir con casi nada, aprende a economizar todo, pero también a cultivar un profundo desprendimiento respecto de las cosas de la vida profana, incluidos los placeres de la sexualidad. Al punto que, prisionero de hecho y confinado entre dos paredes y media, no es sin embargo el esclavo de nadie.

Hombre de carne y hueso, Mandela vivió, pues, muy cerca del desastre. Se adentró en la noche de la

vida, lo más cerca de las tinieblas, en busca de una idea: cómo vivir libre de la raza y de la dominación que lleva ese mismo nombre. Sus elecciones lo condujeron al borde del precipicio. Fascinó al mundo porque volvió del país de las sombras, como una fuerza repentina en el crepúsculo de un siglo que está envejeciendo y que ya no sabe soñar.

Al igual que los movimientos obreros del siglo XIX, o que las luchas de las mujeres, nuestra modernidad se vio moldeada por el sueño de abolición por el que lucharon en el pasado los esclavos. Es ese sueño el que prolongarán, a principios del siglo XX, los combates por la descolonización. La praxis política de Mandela se inscribe en esa historia específica de las grandes luchas africanas por la emancipación humana.

Esas luchas revistieron, desde sus comienzos, una dimensión planetaria. Su significado nunca fue únicamente local. Siempre fue universal. Aun cuando movilizaban a actores locales, en un país o un territorio nacional bien circumscripto, eran el punto de partida de solidaridades forjadas a una escala mundial y transnacional.

Fueron luchas que, cada vez, permitieron la extensión o la universalización de derechos que, hasta ese momento, habían sido exclusividad de una raza. El triunfo del movimiento abolicionista durante el siglo XIX puso fin a la contradicción que representaban las democracias esclavistas modernas. En Estados Unidos, por ejemplo, la liberación de las personas de origen africano y las luchas por los derechos civiles abrieron el camino hacia la profundización de la idea y la práctica de la igualdad y la ciudadanía.

Encontramos la misma universalidad en el movimiento anticolonialista. ¿A qué apunta éste, en efecto, si no es a volver posible la manifestación de un →

DEL APARTHEID A LA NACIÓN ARCO IRIS

1948

Andamiaje legal

Desde su acceso al poder, el National Party consagró por ley la segregación hasta despojar a los negros de la ciudadanía.

1976

Resistencia y represión

El 16 de junio, cientos de manifestantes negros son masacrados por la policía en las calles de Soweto.

1986

Condena internacional

16-20 de junio: Conferencia mundial sobre sanciones contra la Sudáfrica racista, organizada por la ONU.

1990

El deshielo

El 11 de febrero, tras 27 años en prisión, Nelson Mandela, símbolo de la lucha contra el régimen, es liberado. El 30 de junio de 1991 el apartheid es abolido.

1994

Una nueva era

Bajo la nueva Constitución de 1993, el Congreso Nacional Africano gana en abril las primeras elecciones multirraciales. Mandela es elegido presidente.

El “revoltoso”

El nombre que Mandela recibió de su padre al nacer fue Rolihlahla, cuyo significado coloquial es “revoltoso”. Al ingresar a la escuela, la maestra le impuso su nombre inglés, Nelson; una costumbre británica que regía –y aún rige– para los niños africanos.

© Ecclimages / Shutterstock



Museo. Un espacio de reflexión y educación sobre la segregación.

Humanidad

“Es tan necesario liberar al opresor como al oprimido. [...] Nadie es realmente libre si arrebata a otro su libertad, del mismo modo en que nadie es libre si su libertad le es arrebatada. Tanto el opresor como el oprimido quedan privados de su humanidad.”
(Nelson Mandela, *El largo camino hacia la libertad*, Aguilar, Buenos Aires, 2013)

→ poder propio de génesis, el poder de tenerse en pie por sí mismo, de hacer comunidad, de autodeterminarse?

Al convertirse en el símbolo de la lucha global contra el apartheid, Mandela prolonga esos significados. Aquí, el objetivo es fundar una comunidad más allá de la raza. En momentos en que el racismo ha vuelto bajo formas más o menos inesperadas, el proyecto de igualdad universal se encuentra más que nunca ante nosotros.

Sociedad armada de consumo

Resta decir algo sobre la Sudáfrica que Mandela dejará tras de sí. El paso de una sociedad de control a una sociedad de consumo representa sin duda una de las transformaciones más decisivas desde su liberación y el final del apartheid. Bajo el apartheid, el control consistía en acorralar y restringir la movilidad de los negros. Pasaba por la regulación de los espacios en los que éstos estaban confinados, con el objetivo de extraer de ellos la mayor cantidad posible de trabajo. Fue por eso que se instauraron microentornos, que funcionaron a veces bajo el modo de cercados, otras, de reservas. Entonces, los contactos entre los individuos estaban ya sea prohibidos, ya sea regidos por leyes estrictas, sobre todo cuando esos individuos pertenecían a categorías raciales diferentes. El control pasaba, pues, por la modulación de la brutalidad a lo largo de líneas raciales que el poder quería rígidas.

Bajo el apartheid, la brutalidad tenía tres funciones. Por un lado, apuntaba a debilitar las capacidades de los negros para asegurar su reproducción social. Estos nunca podían reunir los medios indispensables para una vida digna de ese nombre, se tratase del acceso a la comida, a la vivienda, a la educación y a la salud o, más aun, a los derechos ciudadanos elementales.

Esa brutalidad tenía, por otra parte, una dimensión somática. Apuntaba a inmovilizar los cuerpos, a paralizarlos, a quebrarlos de ser necesario. Por último, atacaba el sistema nervioso y tendía a ahogar las capacidades de sus víctimas para crear su propio mundo de símbolos. La mayor parte del tiempo, sus energías estaban dedicadas a tareas de supervivencia. Estaban forzados a vivir su vida únicamente bajo el modo de la repetición. Tal era, en efecto, la tarea que supuestamente debía llevar a cabo el racismo.

Esas formas de violencia y de brutalidad han sido objeto de una internalización más profunda de lo que se quiere admitir. Desde 1994, se han reproducido en un modo molecular en el plano de la existencia común y pública. Se manifiestan en todos los niveles de las interacciones sociales cotidianas, se trate de las esferas íntimas de la vida, de las estructuras del deseo y la sexualidad o, más aun, del incontenible deseo de consumir todo tipo de mercancías.

Ese deseo desenfrenado de consumir se considera la esencia y la sustancia de la democracia y la ciu-

dadanía. El paso de una sociedad de control a una sociedad de consumo se produce en un contexto marcado por diversas formas de privaciones para la mayoría de los negros. Coexisten la extrema opulencia y la extrema privación, y la brecha que separa estos dos estados tiende a ser cada vez más negociada por medio de la violencia y de diversas formas de acaparamiento.

La democracia pos-Mandela está mayormente compuesta por negros desempleados y otros inemplados que no ejercen derecho de propiedad sobre casi nada. La larga historia del país está en sí misma marcada por el antagonismo entre dos principios: el gobierno del pueblo por el pueblo y la ley de los ricos.

Hasta hace muy poco, estos últimos eran casi exclusivamente blancos, y es lo que daba a las luchas una connotación racial. Hoy ya no es del todo así. Sin embargo, la clase media negra emergente no está en posición de gozar con total seguridad de los derechos de propiedad que adquirió recientemente. No está segura de que la casa que compró con un crédito mañana no le será arrebatada, ya sea por la fuerza, ya sea a causa de circunstancias económicas desfavorables. Ese sentido de la precariedad constituye una de las marcas de su psicología de clase.

El viejo movimiento de liberación, el Congreso Nacional Africano (African National Congress, ANC) está, por su parte, atrapado en las redes de una mutación aun más contradictoria. El cálculo que hicieron las clases que están en el poder y los dueños del capital es que la pobreza de masas y las altas tasas de desigualdad podrían, bajo ciertas condiciones, provocar disturbios, huelgas episódicas e incidentes violentos varios. Pero de ello no resultará en absoluto una contra-coalición capaz de cuestionar fundamentalmente el compromiso de 1994 que transfiere el poder político al ANC y consagra la supremacía económica y cultural de la minoría blanca.

Sudáfrica ingresa en un nuevo período de su historia, durante el cual los procedimientos de acumulación ya no se operan a través de la expropiación directa, como durante las guerras de desposesión del siglo XIX. En la actualidad, pasan por la captura y la apropiación privada de los recursos públicos, por la modulación de la brutalidad y por una relativa instrumentalización del desorden. La constitución de una nueva clase dirigente multirracial se lleva a cabo, pues, a través de una síntesis híbrida de los modelos ruso, chino y africano poscolonial.

Mientras tanto, el espacio público se rebalaniza progresivamente. La geografía demográfica del país se fragmenta. Abandonando el *hinterland*, muchos blancos se aglutan en las costas, especialmente en la Provincia Occidental del Cabo. Le temen al proceso cada vez más fuerte de “africanización” del país y sueñan con reconstruir allí los pilares de una república blanca libre de los oropeles del apartheid, pero consagrada a la protección de los privilegios de antaño.

La paradójica adhesión a los esquemas psíquicos de la época de la segregación racial constituye una respuesta parcial al proceso de transformación del país en una nación de ciudadanos armados, una suerte de nación-guarnición dotada de una policía profundamente corrupta y militarizada. Los pudentes gozan en ella de una aparente protección, comprada a miles de empresas de seguridad privada y empresas de vigilancia que pertenecen, en parte, a los barones que están en el poder y sus secuaces (véase Cessou, págs. 31 a 35).

Este nuevo régimen de control por la mercancía se consolida en el marco de una redistribución drástica de los recursos de la violencia. Ahora bien, una sociedad armada es todo menos una sociedad civil. Y mucho menos, una verdadera comunidad. Es un conglomerado de individuos atomizados, aislados frente al poder, separados por el miedo y la suspicacia, incapaces de formar una masa, pero dispuestos a supeditarse a la autoridad de una milicia o de un demagogo antes que a construir las instituciones indispensables para el funcionamiento de una sociedad democrática.

El deseo de diferencia

En cuanto al resto, de la vida como de la práctica de Mandela, cabe retener dos lecciones. La primera es que hay un solo mundo, al menos en la actualidad, y el mundo es todo lo que es. Lo que tenemos en común, por ende, es la sensación, o bien el deseo, de ser seres humanos de pleno derecho. Ese deseo de una humanidad plena es algo que todos compartimos.

Se adentró en la noche de la vida en busca de una idea: cómo vivir libre de la raza y de la dominación que lleva ese mismo nombre.

Para construir ese mundo, que es común a todos nosotros, habrá que restituir a aquellas y aquellos que sufrieron un proceso de abstracción y de cosificación en la historia la parte de humanidad que les fue robada. No habrá ninguna conciencia de un mundo común hasta que aquellas y aquellos que fueron sumidos en una situación de extrema miseria no hayan escapado a las condiciones que los confinan a la noche de la infravida. En el pensamiento de Mandela, reconciliación y reparación están en el corazón de la posibilidad misma de la construcción de una conciencia común del mundo, es decir, de la realización de una justicia universal. A partir de su experiencia carcelaria, llega a la conclusión de que cada ser humano es depositario de una porción intrínseca de humanidad. Esa porción irreductible pertenece a cada uno de nosotros, y hace que, objetivamente, seamos a la vez distintos unos de otros y parecidos. En consecuencia, la ética de la reconciliación y la reparación implica reconocer lo que podríamos llamar la parte

del otro, que no es la mía, y de la cual, sin embargo, yo soy garante, lo quiera o no. Y no podré acapararme de la parte del otro sin consecuencias sobre la idea de mí mismo, de la justicia, del derecho, e incluso de toda la humanidad, o bien sobre el proyecto de lo universal, si ese es, efectivamente, el destino final.

En esas condiciones, es en vano establecer fronteras, construir murallas y cercos, dividir, clasificar, jerarquizar, tratar de extirpar de la humanidad a aquellas y aquellos a los que se ha rebajado, que son despreciados, que no se nos parecen o con los que pensamos que nunca podremos entendernos. Hay un solo mundo, y todos somos sus coherederos, aun cuando las maneras de habitarlo no sean las mismas; cosa que explica, justamente, la verdadera pluralidad de las culturas y los modos de vida. Decirlo no significa en absoluto ocultar la brutalidad y el cinismo que aún caracterizan el encuentro de los pueblos y las naciones. Simplemente, es recordar un hecho inmediato, inexorable, cuyo origen se sitúa probablemente a principios de los tiempos modernos: el irreversible proceso de enmarañamiento y entrelazamiento de las culturas, los pueblos y las naciones.

A menudo, el deseo de diferencia emerge precisamente ahí donde se vive con mayor intensidad una experiencia de exclusión. La proclamación de la diferencia es, pues, el lenguaje invertido del deseo de reconocimiento e inclusión. Para quienes han sufrido la dominación colonial o para aquellos a quienes se les ha robado su humanidad en algún momento determinado de la historia, la recuperación de esa humanidad suele pasar por la proclamación de la di-

ferencia. Pero, como vemos en una parte de la crítica africana moderna, ésta es sólo un momento dentro de un proyecto más vasto: el proyecto de un mundo por venir, de un mundo que tenemos por delante, cuyo destino es universal; un mundo liberado del peso de la raza y del resentimiento y el deseo de venganza que genera toda situación de racismo. ■

1. Nelson Mandela, *Conversaciones conmigo mismo*, Planeta, Barcelona, 2010.
2. Nelson Mandela, *El largo camino hacia la libertad*, Aguilar, Buenos Aires, 2013.

*Profesor de Historia y de Ciencia Política en la Universidad del Witwatersrand, Johannesburgo. Autor de *Critique de la raison nègre*, La Découverte, París, 2013.

Traducción: Julia Bucci



© Corbis / Latinstock

Soweto, 1976. Una de las mayores revueltas contra el apartheid.

“Desarrollo separado”

En 1959, el gobierno sudafricano aprobó la ley de autogobierno Bantú, que creó diez “países” separados en territorio sudafricano –los Bantustanes–, divididos en base a los distintos idiomas y etnias. Buscaba crear la ilusión de que los negros gozaban de plenos derechos en sus territorios “independientes” y de que no eran mayoría en el país.



2

Un territorio en mutación

AFRICA HACIA ADENTRO

Aspiraciones autonomistas, insurrecciones, tráficos transnacionales, violencia confesional, injerencias extranjeras, conflictos por los recursos naturales, fronteras sin entidad... Frente a la impotencia de los Estados, los focos de crisis y desestabilización se extienden por toda el África subsahariana. La excepción es la región austral, dominada por una Sudáfrica en expansión, que sin embargo vive un clima de violencia social ante las expectativas frustradas de mayor justicia y equidad.





Separatismos, disgregaciones, inestabilidad transnacional...

Fronteras difusas

por Anne-Cécile Robert*

La partición de hecho del territorio de Malí puso de manifiesto la extrema fragilidad de las fronteras africanas, acentuada tras la finalización de la Guerra Fría. En África Occidental tanto como en África Central y Oriental se multiplican las “zonas grises” que escapan a la autoridad de los Estados y donde reina la criminalidad.

La misteriosa explosión del 23 de octubre de 2012 en la fábrica de armas de Yarmuk, cerca de Jartum, sigue sembrando discordia entre Sudán, sus vecinos y las organizaciones internacionales. Según el centro de investigación suizo Small Arms Survey Center (1), los edificios destruidos, donde se producían armas ligeras, servían también como depósitos para armas importadas de China. Jartum acusa a Israel ante la Organización de las Naciones Unidas (ONU) –sin presentar pruebas– de sabotear, e incluso de bombardear el sitio, considerado por Tel Aviv como el eslabón de un tráfico con destino a la Franja de Gaza e Irán.

Vasto país de casi 2 millones de kilómetros cuadrados, Sudán enfrenta la rebelión de Darfur en su flanco occidental (2). Además, desde julio de 2011, perdió una parte de sus territorios en el sur, que se independizaron con el nombre de Sudán del Sur luego de décadas de guerra civil. A pesar de varios acuerdos sobre el trazado de las fronteras y la distribución de los recursos, ambos Estados están lejos de haber encontrado la paz (3).

Atravesado por conflictos y amenazado por movimientos centrífugos, el de Sudán no es un caso aislado en el continente negro. En efecto, si bien las tensiones en el Sahel acaparan la atención diplomática y mediática, los acontecimientos que allí se desarrollan encuentran equivalencias con los de otras regiones de África: aspiraciones autonomistas, insurrecciones armadas, incapacidad de las autoridades para mantener el orden, tráficos transnacionales de armas y municiones, injerencias extranjeras, carrera por los recursos naturales, etc. Los Estados, en decadencia, han perdido el control sobre “zonas grises”,

situadas a cierta distancia de las capitales y autoadministradas de manera muchas veces criminal. Así, entre Níger y Nigeria se extiende una franja de treinta a cuarenta kilómetros que escapa a la supervisión de Niamey y Abuja. Algunas fronteras, trazadas durante la colonización, dejan de tener entidad, debido al importantísimo flujo de inmigrantes, turistas y comerciantes que las ignoran.

Con sus procesiones de muertos, refugiados y atrocidades sin fin, la República Democrática del Congo (RDC) resulta emblemática de estos fenómenos destructivos. Del mismo modo, Somalia se descompone: una parte de su territorio, Somaliland, ha encontrado una forma de estabilidad bajo la autoridad de una élite local formada en el Reino Unido, mientras que al norte de Mogadiscio Puntland es un Estado *de facto*, administrado por clanes que en parte viven de la piratería. En África Occidental, si bien la mayoría de los países viven en paz, los focos de crisis latente son muchos y rebosantes de potenciales desestabilizaciones: la región senegalesa de Casamance, limítrofe con Gambia y Guinea Bissau, sufre regularmente explosiones de violencia separatista (secuestros, atentados); en el delta del Níger, bandas armadas extorsionan a empresas y sabotean las instalaciones petroleras de Nigeria, con repercusiones en Camerún, Togo y Benín; en los países de la Unión del Río Mano (Costa de Marfil, Liberia y Sierra Leona), los conflictos recientes han dejado sus huellas (4). La región sahara-saheliana, por su parte, es el campo de acción de movimientos criminales, de grupos islamistas radicales y de reivindicaciones tuaregs que crean una división de hecho de Malí (5). Sólo la parte austral del continente, dominada por Sudáfrica →



Desplazados. Emblema de las atrocidades que asolan a África, la República Democrática del Congo expulsa a diario a poblaciones que huyen de las milicias que buscan controlar sus recursos.

Genocidio

El 6 de abril de 1994, tras un atentado nunca esclarecido contra el avión del presidente Juvenal Habyarimana, el régimen hutu en el poder en Ruanda lanzó una cacería organizada contra la minoría tutsi que produjo entre 800.000 y 1.000.000 de muertos en apenas 100 días.

2,6 millones de refugiados

Según ACNUR, a fines de 2011. La región contaba a su vez con 6,8 millones de desplazados internos.

→ (véase “Sudáfrica se expande”, pág. 68), parece escapar a esta tendencia delicuente.

Sistemas de conflictos

El principio de la intangibilidad de las fronteras, consagrado en la Carta de la Organización para la Unidad Africana (OUA) en 1963, se encuentra bastante maltrecho. Ya en mayo de 1993, se había visto erosionado por la independencia de Eritrea, separada de Etiopía. Al menos el nuevo Estado todavía se inscribía en los límites trazados en la época colonial, y por ende en un marco internacionalmente reconocido en el pasado. Pero, ¿qué decir de la secesión de Sudán del Sur, reconocida inmediatamente por la “comunidad internacional”, que había preparado su advenimiento? Es cierto que la autonomía de esta zona había sido prometida durante la independencia, en 1956, en el marco de un Estado federal. Pero Jartum nunca respetó su compromiso, desatando una rebelión armada que alimentaría dos largas guerras civiles (6).

Mientras aumenta la presión en las fronteras, ¿qué responder a los separatistas de Sahel o Casamance? En un comunicado del 17 de febrero de 2012, los jefes de Estado de la Comunidad Económica de los Estados de África Occidental (CEDEAO) manifestaron su serio compromiso con la soberanía de Malí, que perdió el control del norte de su territorio. Pero la mayoría de estos países –Nigeria, Costa de Marfil (7), etc.– se enfrentan con crisis latentes o abiertas que superan su territorio y desafían su autoridad.

Se han instalado verdaderos “sistemas de conflictos”, caracterizados por la difusión transnacional de la inestabilidad en África Occidental, Oriental y Central. Estos focos de tensión suelen estar “situados a lo largo de los espacios fronterizos, cuyas dinámicas intrínsecas a menudo son factores de difusión o amplificación de las crisis”, explica el politólogo Michel Luntumbue (8).

Si bien fenómenos similares afectaron a Europa Central y Oriental (partición de Checoslovaquia, desintegración de Yugoslavia), en el caso de África se desarrollan en el contexto específico de Estados debilitados, e incluso en vías de colapsar, sobre todo en virtud de su incapacidad para garantizar el desarrollo. Los proyectos nacionales progresistas de las élites independientes se quebraron bajo los golpes del autoritarismo y la corrupción. La tutela de los organismos financieros internacionales fomenta a su vez la infantilización de las autoridades.

En el continente negro, la violencia de las desigualdades sociales exacerbaba los discursos identitarios, percibidos como las únicas herramientas de ascenso social: los adultos jóvenes que se reconocen como miembros de una “comunidad” religiosa, cultural o étnica con reivindicaciones específicas encuentran un sentimiento de pertenencia y recurren a veces a medios armados para hacer valer sus derechos a través de los de su grupo, en detrimento de los del país en su conjunto. Por otra parte, cada vez son más los jóvenes que denuncian la incuria de sus mayores, que se aferran al poder olvidando muchas veces el interés general. Según Luntumbue, la ruptura del contrato social entre las generaciones, al volverse patente, alimenta una “cultura de la intolerancia” en sociedades donde los mecanismos de la democracia aún están mal implantados. Las bandas armadas en el delta del Níger, por ejemplo, son típicas de una juventud desempleada y ávida de conseguir su parte del abundante maná petrolero. El autonomismo de la vecina península de Bakassi, en Camerún, se inscribe en el cuestionamiento a la legitimidad de un Estado incapaz de hacer un amago de redistribución de los recursos.

Estos conflictos, que tienen causas locales, a menudo son alimentados o desencadenados por un acontecimiento externo. Así, la intervención occidental en Libia, en la primavera boreal de 2011, contribuyó a la propagación de armas de guerra provenientes del arsenal del coronel Muamar Gadafi, pero también de los aprovisionamientos franco-británicos de armamento con paracaídas. Estas armas se vertieron en una zona donde ya se extendía el yihadismo islámico, mientras que las brasas de las tensiones entre capitales (Bamako y Niamey) y la rebelión tuareg se atizaban ante el soprido de la corrupción y la arbitrariedad. Por lo demás, es sabido que las grandes multinacionales instrumentan, e incluso orquestan, los conflictos locales para apoderarse de las riquezas mineras (9).

El continente se encierra entonces en un círculo vicioso, dado que los Estados suelen verse obligados



Caos. Más de 450.000 somalíes se han visto obligados a refugiarse en campos del ACNUR en Kenia, huyendo de la violencia, la inseguridad, la sequía y la hambruna endémicas que azotan al Cuerno de África y a Somalia en particular.

a solicitar ayuda externa para resolver las crisis que los amenazan, validando así la acusación inicial de incompetencia e ilegitimidad. Algunos observadores también están preocupados por los perversos efectos de la intervención de las organizaciones humanitarias: el politólogo camerunés Achille Mbembe considera que contribuyen a difuminar los límites de la soberanía estatal, convirtiendo a las zonas protegidas en “extraterritoriales de hecho” (10).

Más allá de las disputas territoriales entre Estados, desde la década de 1990 se multiplican los conflictos internos de carácter político-étnico, cuyas implicancias pueden superar el marco de un país (Liberia, Sierra Leona, Costa de Marfil, Malí, etc.). El fin de la

Pero la región también sufre la trata de migrantes para la agricultura y la pesca (Burkina Faso, Ghana, Benín, Guinea-Conakry, etc.). Se calcula que doscientos mil niños serían víctimas de la trata de personas en África Occidental y en la RDC, según el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) (11).

“Crisis de identidad”

Los múltiples grupos que le disputan al Estado el monopolio de la violencia legítima forjan alianzas circunstanciales y burlan fronteras que se han vuelto fluidas. Así, en el norte de Malí, Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI), Ançar Dine, el Movimiento para la Unicidad y la Yihad en África Occidental

Los proyectos nacionales progresistas de las élites independientes se quebraron bajo los golpes del autoritarismo y la corrupción.

confrontación entre los dos bloques de la Guerra Fría liberó de antiguas preocupaciones, mientras la globalización económica y financiera redistribuía una parte de los mapas geopolíticos. La desestabilización de los Estados es alimentada por una criminalidad transfronteriza, como el tráfico de armas, de drogas o de seres humanos. Guinea Bissau, acostumbrada a los golpes de Estado, se convirtió en el punto de entrada de la cocaína de América del Sur y de la heroína afgana, que desde allí se reenvían a Europa y Estados Unidos.

(MUJAO) y los grupos nómades tuaregs –cuyas reivindicaciones son antiguas– se asociaron para luchar contra la autoridad de Bamako. Pero también están vinculados con traficantes con los que intercambian dinero y servicios. Estas alianzas pueden disolverse tan rápido como fueron tejidas.

Los límites territoriales se diluyen en favor de zonas fronterizas, de “países fronteras” donde las regulaciones se efectúan por lo bajo, es decir, por el propio juego de los actores. Los Estados intentaron responder en →

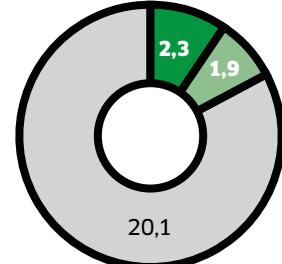
África subsahariana

(datos de 2012)

Superficie

(millones de km²)

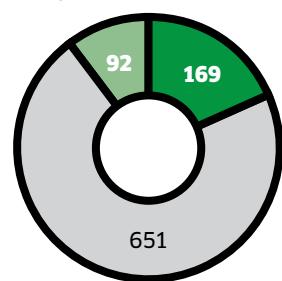
R. D. del Congo Sudán Resto



Población total

(millones de personas)

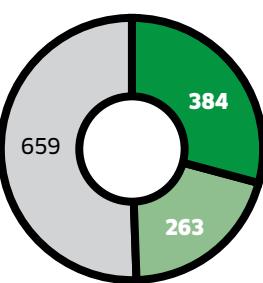
Etiopía Nigeria Resto



PIB

(miles de millones de USD corrientes)

Sudáfrica Nigeria Resto



SANGRIENTA DERIVA CONFESIONAL

La “democrazy” nigeriana

por Alain Vicky*

A menudo calificada de “democrazy” (democracia loca) debido a la agitación social y cultural que la caracteriza (1), Nigeria se fabricó un monstruo: Boko Haram. En sus comienzos, hace doce años, éste era apenas un movimiento religioso contestatario que intentaba llenar el vacío creado por la incuria de los partidos progresistas. Pero los doctores Frankenstein del gobierno acabaron transformando esta secta en un objetivo geopolítico, principio activo de un ciclo de ataques y represalias tan espectacular como mortífero. En efecto, los aparatos políticos –desde el People’s Democratic Party (PDP), en el poder, hasta la oposición nortista, el All Nigeria People’s Party (ANPP)– y los círculos militares-securitarios que asesoran al presidente Goodluck Jonathan contribuyeron a radicalizar la secta nacida en el noreste del país a comienzos de los años 2000. Ferozmente reprimida, la Jama’atu Ahlul Sunna Lidda’awati Wal Jihad (Comunidad de los Discípulos para la Propagación de la Guerra Santa y el Islam) es conocida actualmente por sus iniciales: BH, por Boko Haram –“book” en *pidgin english*, y “prohibido” en árabe, expresión que significa el rechazo a una enseñanza pervertida por la occidentalización–. Entre julio de 2009 y comienzos de febrero de 2011, la secta reivindicó 164 ataques, atentados suicidas, ejecuciones y atracos perpetrados hasta en el corazón de la capital federal, Abuja; 935 personas fueron asesinadas, en su gran mayoría nigerianos de confesión musulmana. La notoriedad de Boko Haram no escapa ni a los miembros de Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI) ni a los *shebab* (combatientes islamistas) de Somalia. Tomada por sorpresa, la prensa internacional se pregunta, a veces al precio de simplificaciones (2), si el gigante nigeriano de 160 millones de habitantes no se dirige hacia una partición entre el Norte musulmán y el Sur cristiano.

Pero esto implica olvidar que la verdadera fractura, en este país donde más del 60% de la población vive con menos de dos dólares diarios, proviene de la extrema pobreza. Los doce Estados que conforman el cinturón norte de la federación –en las fronteras con Níger, Chad y Camerún– siguen siendo los menos desarrollados del país. Las desigualdades con el Sur se han incluso acentuado desde el retorno a la presidencia de un civil, el ex general Olusegun Obasanjo, en 1999, tras los cinco años de dictadura del general Sani Abacha.

En el Estado de Borno, donde los *yusufiyas* de Boko Haram –por el nombre de su difunto jefe espiritual, Ustaz Muhammad Yusuf– comenzaron su sangrienta deriva, tres cuartas partes de la población viven bajo la línea de pobreza. Un récord en el país. Allí, sólo el 2% de los niños menores de quince meses están vacunados. El acceso a la educación resulta también muy limitado: el 83% de los jóvenes son analfabetos; el 48,5% de los niños en edad de escolarización no lo están. Y el 34,8% de los musulmanes entre 4 y 16 años nunca fueron a la escuela, ni siquiera a una escuela coránica: “factores que tornan a la población particularmente vulnerable a las influencias negativas, entre ellas la violencia” (3). [...]

1. Jean-Cristophe Servant, “Ley islámica y política en Nigeria”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, junio de 2003.

2. Joe Brock, “Special report: Boko Haram, between rebellion and jihad”, Reuters, 31-1-12.

3. M. Nur Alkali, A. Kawu Monguno y B. Shettima Mustafa, “Overview of Islamic actors in Northeastern Nigeria”, Nigeria Research Network, University of Oxford, enero de 2012.

*Periodista. Véase la versión completa de este artículo en: www.eldiplo.org

Traducción: Gustavo Recalde

→ varias oportunidades a los riesgos de descomposición mediante reformas institucionales, como la descentralización en Malí o el establecimiento de una federación en Nigeria. Pero las tendencias dominantes siguen obrando. El ex presidente de Malí, Alpha Oumar Konaré, considera por lo tanto que estos fenómenos son la clave del período actual: es a través de ellos como “se lee la paz, es decir, la democracia, es decir, el desarrollo”, porque “no puede haber paz con fronteras discutidas, no asumidas, donde lo único ampliamente compartido es el miedo al vecino” (12).

El historiador marfileño Pierre Kipré considera que África está atravesando una “crisis de identidad”, que hunde sus raíces en la historia larga. Si bien es cierto que las fronteras fueron trazadas artificialmente por las potencias coloniales durante la Conferencia de Berlín de 1884-1885, haciendo caso omiso de las realidades sociales y humanas, Kipré destaca una carencia de las propias sociedades. Según él, las tensiones surgieron “por no haber visto cómo las comunidades políticas africanas fundaban tanto el espacio como las redes de relaciones sociales como componentes íntimos de poder” (13). La lucha contra la colonización se efectuó en el marco de los Estados trazados por los europeos, validando las divisiones establecidas a fines del siglo XIX. Asimismo, los Estados independientes, ocupados en asentar su autoridad naciente, no dudaron en hacerse la guerra. Además, los regímenes de partido único –en ocasiones surgidos de luchas armadas–, recurriendo a medios autoritarios, pretendían sublimar las aspiraciones divergentes de las poblaciones para garantizar el desarrollo de la “nación”.

El trazado de fronteras rígidas no es una tradición africana, que valoriza más el encuentro, el compartir, el intercambio. Konaré habla de “confines móviles”, que actúan como “puntos de sutura” o “de soldadura”. De hecho, la “parentela” y las bromas que la acompañan son una tradición que, a pesar de todo, aún perdura. Las independencias se obtuvieron en la década de 1960, cuando las poblaciones aún no habían integrado los espacios políticos creados por Berlín apenas ochenta años atrás.

¿Podemos imaginar entonces un “Contra-Congreso de Berlín”? En 1994, el escritor nigeriano Wole Soyinka exclamaba: “Deberíamos sentarnos y, armados con una escuadra y un compás, volver a dibujar las fronteras de las naciones africanas” (14). Más recientemente, en 2009, Nicolas Sarkozy, a pocas semanas de un viaje a la región y hablando de la RDC, sugería: “En algún momento habrá que sentarse a dialogar, pero no debe ser un diálogo meramente coyuntural, sino un diálogo estructural: ¿cómo se divide el espacio en esta región del mundo, cómo se dividen las riquezas y cómo se acepta comprender que la geografía tiene sus leyes, que muy pocas veces los países cambian de dirección y que habrá que aprender a vivir unos al lado de los otros?” (15). Estas declaraciones generaron preocupación en la región de

los Grandes Lagos, donde se temió que se intentara un reordenamiento “a la antigua”. Pero, más allá del estilo eruptivo del ex presidente francés, la idea atormenta a muchos intelectuales y líderes africanos. “Durante el próximo siglo –escribía en 1993 el politólogo keniata Ali Mazrui–, cambiará la configuración de la mayoría de los Estados africanos actuales. Y una de dos: o bien la autodeterminación étnica conducirá a la creación de Estados más pequeños, como en el caso de la separación de Eritrea y Etiopía, o bien la integración regional dará lugar a uniones políticas y económicas más amplias” (16).

En lo que se presenta como una carrera contra-reloj, los dirigentes africanos parecen haber tomado partido por la segunda hipótesis. Las fronteras serán defendidas, pero las instituciones regionales establecerán un marco pacífico. De este modo, en 2002 la OUA se transformó en la Unión Africana. Más estructurada, cuenta con un órgano ejecutivo permanente y un Consejo de Paz y Seguridad. Previó una serie de sanciones, cuyos latigazos ya fustigaron a Níger, Costa de Marfil y Malí: suspensión de la participación en la organización, embargos, congelamiento de activos financieros, etc. Además, adoptó varias iniciativas, como el plan de acción sobre la lucha contra las drogas y la prevención de la criminalidad. La CEDEAO, por su parte, reforzó la cooperación de sus quince Estados miembros en sectores clave: estupefacientes, armas, trata de migrantes (17).

Según el economista Mamadou Lamine Diallo, resulta imperativo salir de las “estrategias reactivas” (18); también habría que abandonar las visiones meramente securitarias, que corren el riesgo de cumplir sólo con una parte del objetivo. Lo importante es volver a encontrar formas de legitimidad del poder que se correspondan con la realidad de las sociedades africanas, dado que los Estados también están colapsando por falta de anclaje en la población.

“Querer actuar en lugar de los africanos, cuando se trata de acompañarlos –insiste Konaré–, es correr el riesgo de salir de una lógica de coto privado de caza, digamos de caza que uno ya no puede mantener solo, para avanzar hacia una lógica no menos condenable y condenada: la de la caza compartida en provecho de monopolios extranjeros para los cuales algunos países africanos son buenos para desarrollar, para ser industrializados, y otros están condenados al papel de meros mercados, de proveedores de materias primas” (19). El fortalecimiento de las instancias de regulación regional probablemente sea la mejor manera de alcanzar una afirmación continental. Debería apoyarse en las “comunidades de base” que, al movilizar los recursos culturales y la riqueza de las prácticas sociales, demuestran diariamente su capacidad para resolver las tensiones en muchas “zonas tapón” de África. ■

1. Small Arms Survey Center, comunicado, Ginebra, 25-10-12.

2. La ferocidad de la represión que allí ejerce su presidente, Omar Al-Bashir, le valió una orden de detención de la Corte Penal Internacional (CPI).

© Frontpage / Shutterstock



Referéndum. La secesión de Sudán del Sur, tras décadas de guerra civil, tuvo una altísima aprobación en la población.

NUEVAS NACIONES BAJO EL SOL

1955

Nace un mundo

Numerosos representantes africanos participan de la Conferencia de Bandung, en rechazo al colonialismo.

1957

Piedra basal

6 de marzo: Ghana se convierte en el primer país subsahariano independiente. En 1960, seguirán su camino 17 países.

1973

Liberación

Guinea Bissau es la primera colonia portuguesa en independizarse. Seguirán, tras la Revolución de los Claveles, Angola, Cabo Verde y Mozambique.

1990

Fin de un ciclo

El 21 de marzo, al liberarse de la tutela sudafricana, Namibia cierra el ciclo de la descolonización.

2011

Partición

Tras la celebración de un referéndum, aprobado con más del 98% de los votos, Sudán del Sur se convierte, el 9 de julio, en el 54º Estado africano.

*De la redacción de *Le Monde diplomatique*, París. Autora de *África en auxilio de Occidente*, Icaria, Barcelona, 2007.

Traducción: Gabriela Villalba



© Siphiwe Sibeko / Reuters / Latinstock



El régimen arco iris pierde legitimidad

Violencia social en Sudáfrica

por Sabine Cessou*, enviada especial

La sangrienta represión policial de la huelga de mineros en Marikana, el 16 de agosto de 2012, puso en primer plano la amplitud de la crisis social que vive la nación sudafricana. Se multiplican las fracturas dentro del propio Congreso Nacional Africano (ANC), en el poder desde el fin del apartheid.

Recostados en una vereda del centro de Ciudad del Cabo, unos hombres en ropa de trabajo disfrutan de su hora de descanso al pie de un andamio. Ni hablar de perder un minuto de pausa o trabajar de más. "Nos pagan muy poco", sonríe un albañil, revelando un diente de oro. Sin embargo, con un salario equivalente a 1.100 euros mensuales, no tiene mucho de qué quejarse. Lo cierto es que antes del Mundial de Fútbol de la FIFA, celebrado en Sudáfrica en 2010, los sindicatos de la construcción amenazaron con no terminar las obras a tiempo y lograron aumentos significativos, de entre un 13% y un 16%...

Pero esta situación es excepcional. La tensión social es palpable desde que el 16 de agosto de 2012 la policía mató a treinta y cuatro mineros en huelga en Marikana, una mina de platino cerca de Johannesburgo (1). ¡Qué símbolo para la población! Las fuerzas de un Estado democrático y multirracial, dirigido desde 1994 por el Congreso Nacional Africano (African National Congress, ANC), disparaban contra manifestantes, como en los tiempos del apartheid; contra los trabajadores que constituyen su base electoral histórica, la inmensa mayoría negra y pobre de Sudáfrica. En este país industrializado, único mercado emergente al sur del Sahara, los hogares pobres, en un 62% negros y un 33% mestizos, representan más de 25 millones de personas, es decir, la mitad de la población del país, según cifras publicadas a fines de noviembre de 2012 por las instituciones nacionales.

La onda expansiva es comparable a la de la masacre de Sharpeville, que revivió en los recuerdos debido a los acontecimientos de Marikana. El 21 de marzo de 1960, la policía del régimen del apartheid (1948-1991) asesinó a sesenta y nueve manifestantes negros que protestaban en un *township* contra el *pass* que había sido impuesto a los "no blancos" para ingresar en la ciudad. Cuando la noticia de la tragedia llegó a Ciudad del Cabo, la población de Langa, un *township* negro, redujo los edificios públicos a cenizas.

Hoy se están produciendo las mismas reacciones en cadena. En la estela de Marikana, los empleados de los sectores minero, de transportes y agrícola multiplican las huelgas salvajes. Los trabajadores agrícolas de la Provincia Occidental del Cabo reclaman que se duplique su salario, 150 rands (15 euros) diarios, en lugar de los 7 euros que garantiza el salario mínimo. Resultado: viñedos incendiados, comercios saqueados y enfrentamientos con la policía. Todo esto con despidos de los huelguistas y falta de diálogo social como telón de fondo. En noviembre de 2012, en el pueblo de De Doorns, a ciento ochenta kilómetros de Ciudad del Cabo, dos trabajadores agrícolas fueron asesinados durante una manifestación.

En Lonmin, los mineros consiguieron, luego de seis semanas de acciones, un aumento del 22% y un adicional de 190 euros; pedían que se triplicaran sus salarios, que esperaban ver escalar de 400 a 1.200 euros. En las granjas de De Doorns, el Congreso de Sindicatos Sudafricanos (Congress of South African →

UNA BURGUESÍA CERCANA AL PODER

El nuevo capitalismo negro

Desde la presidencia de Thabo Mbeki (1999-2008), es manifiesta la connivencia entre el mundo de los negocios y la clase dirigente negra. Esta mezcla de géneros se encarna en la persona del sucesor designado de Zuma, Cyril Ramaphosa, de 60 años, que fue elegido vicepresidente del Congreso Nacional Africano (ANC, en inglés) en diciembre de 2012. En vísperas de la masacre de Marikana, Ramaphosa envió un correo electrónico a la dirección de Lonmin, aconsejándole que resistiera a la presión de los huelguistas, a quienes calificaba como "criminales".

Ramaphosa -propietario de McDonald's Sudáfrica y presidente, entre otras entidades, de la empresa de telecomunicaciones MTN- también fue secretario general del ANC, entre 1991 y 1997, y del Sindicato Nacional de Mineros (National Union of Mineworkers, NUM), entre 1982 y 1991. Actor central en las negociaciones de la transición democrática, entre 1991 y 1993, fue excluido de la carrera por la sucesión de Nelson Mandela por Thabo Mbeki. En 1994 se había reciclado en hombre de negocios, dueño de New African Investment Ltd. (NAIL), la primera compañía negra en cotizar en la Bolsa de Johannesburgo y, luego, primer multimillonario negro de la "nueva" Sudáfrica. Actualmente dirige su propia empresa, Shanduka, que interviene en los sectores minero, agroalimentario, de seguros e inmobiliario.

Entre sus cuñados figuran Jeffrey Radebe, ministro de Justicia, y Patrice Motsepe, magnate de la minería y dueño de African Rainbow Minerals (ARM), quien se benefició ampliamente con el Black Economic Empowerment (BEE) implementado por el ANC. Este proceso de "crecimiento del poder económico de los negros", que se suponía debía beneficiar a las masas "históricamente desfavorecidas", según la fraseología del ANC, en realidad promovió la consolidación de una burguesía cercana al poder. Moeletsi Mbeki, el hermano menor del ex jefe de Estado, universitario y dueño de la productora de contenidos audiovisuales Endemol en Sudáfrica, denuncia un sistema de "corrupción legalizada". Subraya los efectos perversos del BEE: promoción "cosmética" de directores negros (*fronting*) en los grandes grupos blancos, salarios extraordinarios para competencias limitadas, sentimiento de injusticia entre los profesionales blancos, que en ocasiones prefieren emigrar.

Así como la adopción en 2002 de una Carta para la Minería del BEE hizo que un 26% del sector pasara a manos negras, también promovió a muchos barones del ANC a importantes cargos directivos. A su vez, benefició a los veteranos de la lucha contra el apartheid, que reforzaron su posición de influencia en el seno del poder. Por su parte, Patrice Motsepe se distinguió en la clasificación de Forbes 2012 como la cuarta fortuna de Sudáfrica (2.700 millones de dólares). Hizo un gran favor al ANC al anunciar en enero de 2013 que donaría la mitad de sus activos familiares (cerca de 100 millones de euros) a una fundación que lleva su nombre, para ayudar a los más pobres (1). Si bien no tiene émulos, ya no se podrá criticar a la élite negra por no redistribuir su dinero.

1. Carol Paton, "Patrice Motsepe's ARM is COSATU's biggest private donor", *Business Day*, Rosebank, 19-9-12.

→ Trade Unions, COSATU) se sumó a los reclamos y obtuvo el 5 de febrero de 2013 un alza salarial del 52%. "Es la metástasis de un único y mismo cáncer –comenta Andile Ndamase, delegado sindical en una empresa de cemento de Ciudad del Cabo y desilusionado miembro del ANC–. Las protestas comenzaron mucho antes de Marikana y desde entonces la agitación no ha hecho más que empeorar. La gente se manifiesta por un futuro mejor, que ya se cansó de esperar..."

La pulseada social forma parte de la herencia política del apartheid. Los sindicatos negros del COSATU fueron autorizados en 1985 por un régimen racista acorralado. La central participó entonces de un amplio frente de protesta, mientras Nelson Mandela seguía en prisión y el ANC proscripto. Sus llamados a la huelga general contribuyeron a paralizar la economía del país, castigada desde 1985 por sanciones internacionales.

Hoy, los sindicatos negros, fortalecidos por sus más de 2 millones de afiliados, reclaman al gobierno una verdadera política social y mejores condiciones de trabajo para todos. Pero –una particularidad sudafricana– están... en el poder. Junto con el Partido Comunista Sudafricano y el ANC, conforman, desde 1990, una alianza tripartita "revolucionaria", que supuestamente trabaja por una transformación profunda de la sociedad. Comunistas y sindicalistas representan el ala izquierda del ANC, que el partido intenta refrenar distribuyendo el poder. Así, mientras los líderes comunistas suelen ocupar cargos ministeriales, los del COSATU participan en el Comité Ejecutivo Nacional del ANC. En este punto, sus críticas a la gestión económica liberal del ANC pierden crédito (2).

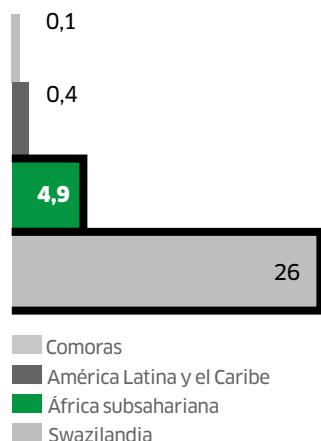
Estado de insurrección permanente

En la estación de Khayelitsha, el mayor *township* negro de Ciudad del Cabo, la multitud acude temprano en la mañana para comprar su boleto de tren: 8,50 rands (85 centavos de euro) un viaje de ida al centro de la ciudad. El abono mensual para los distintos transportes públicos cuesta 10 euros, es decir, un 5% del salario medio de un agente de seguridad privada (200 euros). Algunas mujeres terminan su demasiado corta noche durante el trayecto. Vendedores ambulantes ofrecen papas fritas, bebidas, medias o aros. Al llegar, muchos suben al techo de la estación central de Ciudad del Cabo, donde se encuentra la estación de colectivos. Colas de furgonetas, una verdadera colmena de taxis colectivos, comunican la ciudad con los suburbios residenciales blancos donde están los empleos. Estos taxis, controlados por operadores privados, atenúan las deficiencias del transporte público. Desde la mañana hasta la noche, realizan la mayor parte de los desplazamientos de la Sudáfrica negra y sin auto. Al inicio del trayecto, las monedas de 5 rands pasan de mano en mano entre los pasajeros, hasta llegar a los bolsillos del chofer.

"Tengo miedo de que las ruedas estén por soltarse", suspira Sipho Dlamini, un pasajero sexagena-



Población con HIV
(porcentaje de población entre 15 y 49 años, 2011)



Represión. Las fuerzas policiales sudafricanas han sido cuestionadas por el uso de la violencia contra los trabajadores en huelga y los manifestantes, lo que trajo a la memoria la represión sufrida en los tiempos del apartheid.

rio vestido de chomba y jean, sin dejar de hacer referencia a la situación política del país. Se describe a sí mismo como un *unsung hero* (un héroe anónimo) de la lucha contra el apartheid. Ex combatiente del brazo armado del ANC, pasó sus mejores años luchando por un cambio “en vida”. “*In our lifetime*” era el leitmotiv de los sudafricanos en la década de 1980, en memoria de las generaciones que habían combatido en vano desde la fundación del ANC en 1912. La decepción de Dlamini proviene no sólo de la “corrupción de las élites negras”, sino también de un estado de insurrección permanente, “tan trivial que

En Marikana, el Sindicato Nacional de Mineros (National Union of Mineworkers, NUM), afiliado al COSATU y entre los más importantes del país, se vio desbordado por primera vez por un conflicto social. Una nueva estructura independiente, el Sindicato de la Asociación de Trabajadores Mineros y de la Construcción (Association of Mineworkers and Construction Union, ACMU) se puso a la cabeza de la protesta prometiendo un aumento del 300%. Del otro lado, la Anglo American Platinum Ltd. anunció el 15 de enero de 2013 la supresión de 14.000 empleos, un 3% de la mano de obra minera.

El país experimentó un promedio de tres motines diarios entre 2009 y 2012. Un aumento del 40% respecto del período 2004-2009.

ya nadie le presta atención”. Según datos de la policía, el país experimentó un promedio de tres motines diarios entre 2009 y 2012. Un aumento del 40% respecto del período 2004-2009, según el sociólogo Peter Alexander (3).

En Marikana, todo se desencadenó por una injusticia flagrante: el aumento de los salarios de los capataces, pero no de los mineros. Otro motivo de ira: el recurso generalizado a agencias privadas para reclutar personal temporal y limitar el peso de los sindicatos. El COSATU condena esta práctica, pero, en los hechos, hace la vista gorda. ¿La razón? Los intereses de sus amigos del ANC –entre los cuales se encuentra el propio hijo del presidente, Duduzane Zuma, que dirige JIC Mining Services–, muy presentes en el sector.

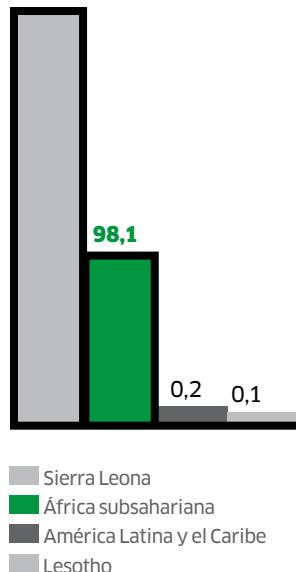
Un factor agravante son las deficiencias en el diálogo social. Incluso después de la tragedia, la dirección de Lonmin siguió emitiendo ultimátums para el regreso al trabajo y blandiendo amenazas de despido. Esta brutalidad no es sólo una secuela del apartheid. “La politización de los conflictos sociales, que conllevan el cuestionamiento del ANC o de sus líderes, asusta a los grandes grupos mineros –explica Thaven Govender, un joven empresario de origen indio, importador y revendedor de maquinaria para la minería–. En realidad, todos saldrán perdiendo en esta historia, tanto los huelguistas como los sindicatos o el ANC. Las grandes empresas emplean mineros porque la mano de obra es barata en Sudáfrica. Para evitar nuevos Marikana, van a mecanizar y a despedir gente a diestra y siniestra.” →

5,6 millones de personas con HIV

En 2011, 270.000 sudafricanos murieron de SIDA. El 17,3% de los adultos entre 15 y 49 años tiene HIV.

Tasa de mortalidad por paludismo (cada 100 mil adultos, 2008)

239



© meunierd / Shutterstock



Khayelitsha. El mayor township (villa miseria) de Ciudad del Cabo.

→ El presidente Jacob Zuma recién se desplazó unos días después del incidente. Y no se reunió con los mineros, sino con la dirección de Lonmin. Su enemigo político, Julius Malema, de 31 años, ex presidente de la Liga de Jóvenes del ANC, excluido del ANC en abril de 2012 por “indisciplina”, aprovechó la oportunidad para ocupar el terreno. Malema, devenido en portavoz de la base decepcionada del ANC, tomó partido por los huelguistas. Los acompañó al juzgado, donde inicialmente fueron acusados de asesinato en virtud de una antigua ley antiprotestas del apartheid. Esta ley permitía volver una acusación de asesinato en contra de unos simples manifestantes, acusándolos de haber provocado a las fuerzas de seguridad. Ante las repercusiones, finalmente se levantaron los cargos contra los doscientos setenta mineros y se designó una comisión de investigación. Malema aprovechó la oportunidad para pedir por enésima vez la nacionalización de las minas y denunciar la connivencia entre poder político, burguesía negra, sindicatos y “gran capital” (véase “El nuevo capitalismo negro”, pág. 32).

Los observadores se preguntan quién cederá primero ante la presión social, si el ANC o el COSATU. Sin embargo, las dinámicas en juego, más complejas que una simple oposición derecha-izquierda, precisamente impiden cualquier división.

Cultura política clandestina

Estos asuntos casi no interesan a Dumisane Goge, un *born free* (“nacido libre”) que no vivió el apartheid. Este joven de 20 años, cabeza rapada, cicatrices en el rostro y diamante de imitación en la oreja, no tiene intenciones de ejercer su derecho al voto en las elecciones generales de 2014. “Nuestra libertad no es más que puras palabras –afirma–. El derecho de voto no quiere decir nada cuando hay que elegir entre el ANC y el ANC.” Goge purgó una pena de cuatro meses de cárcel cuando tenía 16 años por desvalijar una mueblería junto a unos amigos, con quienes formaba una pequeña pandilla. Se juró no volver a poner un pie en una celda, retomó el colegio, se graduó e ingresó a una academia de marketing en Ciudad del Cabo, que paga trabajando a tiempo parcial en una estación de servicio. No espera nada de aquellos a quienes llama los “*fat cats*” (“gatos gordos”), los hombres en el poder. “Zuma se construyó un palacio de 240 millones de rands [23 millones de euros] en Nkandla, su pueblo en la provincia de KwaZulu-Natal, mientras que los chicos de las escuelas ni siquiera tienen manuales para estudiar”, se indigna.

La burguesía negra vive lejos de los *townships*, donde no redistribuye –o poco– sus riquezas. Sus gustos de lujo y su opulencia salieron a la luz durante la presidencia de Thabo Mbeki (1999-2008), gracias al crecimiento de los años 2000. Pero, desde la llegada al poder de Zuma, en 2009, el arzobispo Desmond Tutu (4) y el Consejo de Iglesias de Sudáfrica denuncian permanentemente una “decadencia moral” mucho más grave que el precio extraordinario de los anteojos

de sol de aquellos a quienes se llama los “*Gucci Revolutionaries*”. “Las relaciones pueden forjarse de modo abiertamente venal –sonríe un abogado de negocios negro que prefiere mantener el anonimato–. Se habla de sexo en la mesa, ¡y no sólo respecto de nuestro presidente polígamico! La corrupción se propaga...” Tanto es así que cuando la prensa acusa a un ex ejecutivo de De Beers de corrupción, este contesta: “*You get nothing for mahala...*” (“Todo tiene su precio”).

Al igual que la rebelión de los pobres, en Sudáfrica los asesinatos políticos no salen en “primera plana”. Sin embargo, la gente se está matando en las provincias de KwaZulu-Natal, Limpopo o Mpumalanga por posiciones de poder que favorecen los sobornos y las comisiones jugosas en las licitaciones públicas. Lydia Polgreen, periodista de *The New York Times*, se ganó la ira del ANC al describir este fenómeno (5).

La escalada de violencia preocupa en lo que sigue siendo un modelo de democracia en África. Antes de su último congreso, en diciembre de 2012, los miembros del ANC se agarraron a los golpes para imponer a uno u otro de sus candidatos. Volaron sillas en la Provincia Oriental del Cabo, hubo peleas a mano limpia en el noroeste del país y una pandilla armada irrumpió en una reunión del ANC en los *townships* de East Rand, cerca de Johannesburgo. Los simpatizantes de Zuma no dudaron en amenazar físicamente a los partidarios del vicepresidente Kgalema Motlanthe, que ambicionaba la presidencia del partido. Los efectivos del ANC se incrementaron mucho en los meses anteriores al congreso, alimentando una polémica sobre la existencia de “miembros fantasma” que habrían permitido que Zuma le ganara a su rival, con fama de ser más íntegro y bien posicionado en las encuestas.

El ANC, partido hegemónico que obtiene dos tercios de los votos desde las primeras elecciones democráticas en 1994, desempeña simultáneamente la función de mayoría y de oposición, a falta de partidos con la envergadura suficiente como para imponerse en el debate. Sólo la Alianza Democrática, liderada por Helen Zille, una mujer blanca de 61 años, ex intendente de Ciudad del Cabo y primera ministra de la Provincia Occidental del Cabo, logra hacerse escuchar. Sin embargo, ella atrae al electorado blanco y mestizo, pero no logra convencer a los negros. Con un 16,6% de los votos en 2009, su formación sólo dispone de sesenta y siete escaños en el Parlamento, sobre un total de cuatrocientos, de los cuales doscientos setenta y cuatro corresponden al ANC.

Los años de clandestinidad, sospechas y maniobras de infiltración por parte de la rama especial de la policía del apartheid produjeron una cultura política particular en el seno del ANC. “Lo más importante sucede entre bambalinas y no en la plaza pública”, sostiene el analista político sudafricano William Gumede. La sacrosanta unidad permanece, aunque los enemigos de ayer, los *nats* del Partido Nacional Afrikaner, han desaparecido del panorama político.

Exponer los disensos internos al mundo exterior todavía sigue siendo tabú. Lo cual explica las tensas relaciones del poder con la prensa.

Las acusaciones de traición lanzadas por los militantes del ala izquierda del partido suelen expresarse con medias palabras. En cambio, el secretario general del COSATU, Zwelinzima Vavi, uno de los más críticos respecto de Zuma, no tiene pelos en la lengua: denuncia “la corrupción, la mediocridad, las malas políticas” en Twitter y, con un juego de palabras, acusa al ANC de ser un partido “sin consecuencia” (“Absolutely No Consequence”: ANC), “ya sea que se trate de robos, de manuales escolares o de corrupción”. Alude así a la impunidad que reina en la cima del poder. Ha recibido amenazas de muerte y se sospecha que quiere lanzar un partido político opositor.

Las luchas de poder dentro del partido hegemónico son solapadas y violentas a la vez. Mbeki, luego de derrotar a su rival Cyril Ramaphosa en la década de 1990, despidió a Zuma, su propio vicepresidente, doblemente investigado en la justicia por violación y corrupción. Zuma logró presentar estos juicios –que tenían fundamentos– como una enésima conspiración inventada por un jefe de Estado conocido por sus intrigas. De este modo pudo movilizar a un amplio frente en su favor.

Mientras Mbeki, tecnócrata formado en el Reino Unido, era visto como un ex exiliado poco carismático, aislado de las masas, que no soportaba la crítica, Zuma encarnaba al auténtico zulú, polígamico al igual que algunos jefes de aldea en KwaZulu-Natal (pero como muy pocos hombres en las grandes ciudades). Sus amigos lo presentaban como un “verdadero africano”, un “titán político” sin diplomas, que había ganado sus galones en combate. Su victoria dejó al ANC profundamente dividido luego del congreso de Polokwane, en diciembre de 2007. Primer acto de disidencia: en octubre de 2008, Mosiuoa (“Terror”) Lekota, ex ministro leal a Mbeki, lanzó el Congreso del Pueblo (COPE). Inmediatamente acusado de “traición” por el ANC, sólo cosechó el 7,42% de los votos en las elecciones legislativas de 2009.

Desigualdades persistentes

“No hay una crisis de liderazgo en Sudáfrica”, repite Zuma desde la masacre de Marikana. Criticado, el presidente está a la defensiva, cuando no se refugia en la negación. Se atrincherá detrás de los cantos de lucha contra el apartheid, *Umshini Wam* (“Traigan mi ametralladora”) o *Somlandela Luthuli* (“Seguiremos a Luthuli”), el nombre del único presidente del ANC zulú como él). Y se defiende con balances llenos de cifras: el número de viviendas construidas, de conexiones de agua y electricidad... pero nunca de puestos de trabajo creados o de jóvenes negros egresados de las universidades.

Oficialmente, el desempleo golpea al 25,5% de las personas activas. Las desigualdades sociales, persistentes, se desvanecen de modo demasiado progresivo. Para los más críticos, los famosos *black dia-*

monds –la clase media negra que surgió en la década de 2000, en la que los economistas basan sus esperanzas– sólo son “zircones” (falsos diamantes industriales). Según Solomon Johannes Terreblanche, economista afrikáner de izquierda, “las políticas del ANC crearon una élite negra de alrededor de dos millones de personas y una clase media de seis millones de personas. La brecha entre estos ocho millones de negros ricos y los veinte o veinticinco millones de pobres creció peligrosamente”.

Veinte años después del fin del apartheid, los blancos siguen ganando más que los negros. Seis veces más, según el censo de 2011, con ingresos promedio de 36.500 euros anuales, frente a los 6.000 euros de los hogares negros. No existe un salario mínimo nacional, sino niveles mínimos variables, en los oficios identificados por el gobierno como los más vulnerables, aquellos donde los sindicatos son menos activos y los trabajadores están a merced de los empleadores: empleados domésticos, trabajadores agrícolas, agentes de limpieza y de seguridad privada, choferes de taxis y empleados de la distribución. El último aumento de los trabajadores domésticos se remonta a diciembre de 2011. Su salario mínimo pasó entonces a 1.625,70 rands (unos 160 euros) por mes para quienes trabajan más de veintisiete horas por semana, y a 1.152,32 rands mensuales (unos 115 euros) para quienes trabajan menos de veintisiete.

Las ayudas sociales, limitadas a las asignaciones familiares y a los ancianos, son la única fuente de ingresos para el 54,7% de los hogares pobres, de acuerdo con cifras publicadas el 27 de noviembre de 2012 por las estadísticas nacionales. Según la misma encuesta, uno de cada cuatro sudafricanos no come todo lo necesario. Varios ministros del ANC se opusieron a un Basic Income Grant (BIG), especie de ingreso mínimo para los adultos válidos, desocupados o no, porque veían en él un subsidio “al alcoholismo y al billete de lotería”. En debate desde hace más de diez años, el BIG permaneció en estado de proyecto.

Mientras tanto, el nivel de desesperación se ve a simple vista. En Khayelitsha, la gente ahoga sus penas en el gospel, una música de moda que suena en todas partes, pero también en la *daggga* (cannabis), el *mandrax* o el *tik* (metanfetamina), una droga que asola al township. ■

1. Véase Greg Marinovich, “Une tuerie comme au temps de l’apartheid”, *Le Monde diplomatique*, París, octubre de 2012.

2. Achille Mbembe, “El ‘lumpen-radicalismo’ del presidente Jacob Zuma”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, junio de 2009.

3. Peter Alexander, “A massive rebellion of the poor”, *Mail and Guardian*, Johannesburgo, 13-4-12.

4. Desmond Tutu, el primer arzobispo negro de Ciudad del Cabo, recibió el Premio Nobel de la Paz por su acción contra el apartheid. En 1996, fue nombrado jefe de la Comisión Verdad y Reconciliación, encargada de esclarecer los crímenes del régimen derrocado.

5. Lydia Polgreen, “In South Africa, lethal battles for even smallest of political posts”, *The New York Times*, 1-12-12.

*Periodista.

Traducción: Gabriela Villalba

UN PAÍS DESGARRADO

1994

Terrorismo

21 muertos y 176 heridos en atentados realizados por grupos racistas blancos antes de las elecciones.

1997

Revueltas

6 de febrero: motines contra los cortes de agua y electricidad en Johannesburgo provocan una decena de muertos.

2004

Huelgas

16 de septiembre: 700.000 empleados públicos hacen huelga al tiempo que 200.000 personas manifiestan contra las privatizaciones.

2008

Xenofobia

Durante mayo se producen ataques contra grupos de inmigrantes pobres, provocando más de 60 muertos, cientos de heridos y miles de desplazados.

2012

Represión

16 de agosto: 34 mineros son abatidos por la policía, 68 resultan heridos, en medio de una huelga en reclamo de mejoras salariales.





Un territorio fuera de control

El Sahel, un polvorín

por Philippe Leymarie*

Sacudida por las nuevas rebeliones tuaregs, la franja sahara-saheliana también sufre la impunidad de grupos armados que se reivindican como parte de Al Qaeda en el Magreb Islámico. El golpe de Estado que en marzo de 2012 derrocó en Malí al régimen “modelo” del presidente Touré incrementó la confusión regional.

“Incompetencia... Falta de capacidad para luchar contra la rebelión y los grupos terroristas en el Norte...”: los jóvenes oficiales en uniforme de camuflaje que tomaron el poder el 22 de marzo de 2012 en Bamako, Malí, criticaron duramente a su antiguo jefe, el presidente y ex general Amadou Toumani Touré, durante mucho tiempo presentado como un “soldado de la democracia”. En marzo de 1991, Touré había participado en el golpe de Estado contra el general Moussa Traoré y se había colocado al frente del Comité de Transición para la Salvación del Pueblo. Tras una conferencia nacional y elecciones, le había devuelto el poder a los civiles. Ingresó en la política en 2002, año en que llegó a la Presidencia, e iba a terminar su segundo mandato con la elección de su sucesor, el 20 de abril de 2012.

El Comité Nacional para la Recuperación de la Democracia y la Restauración del Estado (CNRDRE) suspendió las instituciones y puso fin al proceso electoral, asegurando a la vez que no buscaba “confiscar la democracia”, sino simplemente “restablecer la unidad nacional y la integridad territorial” (1).

Irredentistas, terroristas, criminales...

Única actividad económica en las zonas más desérticas del Sahel, el turismo está parado. La región argelino-malí de Taoudenit, el Air nigerino y el Adrar mauritano ya no reciben visitas de extranjeros. Además, el regreso desde Libia de miles de combatientes –en su mayoría tuaregs–, la proliferación de armas y la explosión del tráfico de cocaína o de cigarrillos

terminaron de propagar una guerra larvada en el sur de Argelia, en el norte de Malí, en el norte de Níger y en una parte de Mauritania.

“Jamás hubiera imaginado que un puñado de locos de remate inspirados por las revueltas de los años 90 en Argelia lograrían transformar la zona sahara-saheliana en el Far West, asustar a las poblaciones locales y reducirlas a la miseria”, se lamenta Maurice Freund, aterrado “de ver niños de quince años con kalashnikovs imponiendo la ley en Gao”. Point Afrique, una de las agencias de turismo que invita a descubrir el Sahel, fundada por Freund en 1996, tuvo que retirarse de la región luego del asesinato en 2007 de turistas franceses en Mauritania y del secuestro de empleados de Areva en el norte de Níger en 2010.

La revuelta de los “hombres azules” comenzó el 17 de enero de 2012 con un ataque a Ménaka, en el norte de Malí, seguido de varias semanas de acciones victoriosas contra destacamentos del ejército malí, entre ellos la toma de la base de Tessalit, el 11 de marzo de 2012. El Movimiento Nacional para la Liberación del Azawad (MNLA), nacido en 2011, contaría con más de mil combatientes, entre ellos cuatrocientos ex soldados del difunto presidente libio Muamar Gadafi. Desde 2012 combatía “asociado” al movimiento Ançar Dine (Defensa del islam), ligado al Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI), que asegura[ba] controlar la mayor parte del noreste de Malí.

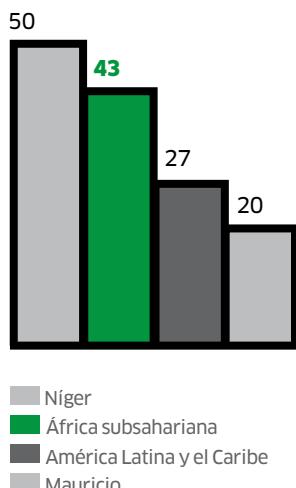
Reivindicando las rebeliones tuaregs de 1963, 1990 o 2006, el MNLA reclama la independencia de tres regiones del Norte –Tombuctú, Gao y Kidal–,



Musulmanes. En 2005, el África subsahariana contaba con 370 millones de musulmanes. El islam es la religión principal en los países del Sahel, donde se instalaron grupos fundamentalistas.

Barro. Las casas rectangulares hechas de tierra abundan en la región, que sufre regularmente de sequías.

Niñez
(porcentaje de la población total menor de 15 años, 2012)



Elecciones

El 11 de agosto de 2013, la segunda vuelta de las elecciones presidenciales en Malí, posteriores al golpe de Estado de marzo de 2012, se desarrollaron sin mayores incidentes. Pero la participación fue inferior al 50% de los electores habilitados.

→ es decir, más de 800.000 kilómetros cuadrados, 65% del territorio malí (una vez y media la superficie de Francia), pero sólo una décima parte de la población del país, estimada en catorce millones de personas y repartida en trece “círculos” (reagrupamientos de comunas) (2).

“Ya en 1957 los tuaregs les habían explicado a los franceses [los colonizadores] que no querían ser integrados a la república malí –señala Mahmoud Ag Aghaly, presidente de la oficina política del MNLA–. Y, desde hace treinta años, se dialoga con el gobierno, se firman acuerdos, pero sin resultados” (3). Los independentistas consideran que el Estado abandonó el norte de Malí. Algo que reconocía el propio presidente Touré: “[Allí] no hay rutas, centros de salud, escuelas, pozos de agua, ni estructuras básicas para la vida cotidiana. De hecho, no hay nada. Un joven de esa región no tiene ninguna posibilidad de casarse o de triunfar, salvo tal vez robando un auto para unirse a los contrabandistas...” (4).

Mil soldados del ejército malí, apoyados por otros quinientos milicianos tuaregs y árabes, habían sido movilizados como refuerzos a Gao, Kidal y Ménaka. Pero estas tropas poco motivadas –la tasa de deserción es alta, incluso entre los mandos superiores–, y a veces peor equipadas que los rebeldes, sufrieron una seguidilla de revéses. Aun en tiempos de paz, el pequeño ejército de Bamako nunca estuvo en condiciones de controlar los novecientos kilómetros de frontera con Mauritania, o los mil doscientos kilómetros con Argelia.

Aunque esta nueva guerra amenazaba con estropear el final de su último mandato y comprometer el

scrutinio electoral previsto para el 20 de abril de 2012, Touré apelaba a la filosofía: “Hace cincuenta años que existe el problema del Norte. Nuestros mayores lo enfrentaron, nosotros lo enfrentamos y nuestros hijos seguirán enfrentándolo. Este problema no se acabará mañana” (5). Según Touré, la franja sahara-saheliana seguía siendo incontrolable porque los combatientes, militantes, traficantes o comerciantes surcan una región tan grande como Europa burlándose de las fronteras.

Constituido en Tamanrasset en 2010, el Comité de Estado Mayor Operacional Conjunto (CEMOC) padece la ausencia de consenso entre los países ribereños del Sahara. En estrecha relación con los instructores del Comando de Operaciones Especiales (COS) francés, Mauritania preconiza la “vía securitaria”; Malí, en cambio, defiende un “desarrollo a largo plazo”, único capaz de agotar las fuentes de reclutamiento de los movimientos tuaregs o de los *katibas* (unidades combatientes) de AQMI.

Para Bamako, Argelia es tanto la causa como el remedio para la inseguridad ligada al terrorismo. El antiguo Grupo Salafista para la Predicación y el Combate (GSPC), rebautizado AQMI en 2007, tiene de hecho su origen en los Grupos Islamistas Armados (GIA) argelinos, y los servicios de inteligencia y seguridad de ese país serían los únicos capaces de hacerlo entrar en razón. Además, con sus 6.000 millones de euros de presupuesto de Defensa (treinta veces más que el de Malí), Argel tendría los medios para imponer la ley en los confines del Sahara. Según el ex presidente Touré, el extremo norte de Malí, donde estarían refugiados los secuestradores del

AQMI, es una excrecencia argelina de hecho: "Gao, Tessalit y Kidal son para mí la última *wilaya* [jurisdicción] de su país. La historia de su país está ligada a esa región" (6).

Riesgo de contagio

Mientras el incendio en el norte de Malí amenaza a toda la región, la tendencia a mezclar el irredentismo con el terrorismo o la criminalidad aporta a la confusión (7). Además, la eliminación en octubre de 2011 del coronel Gadafi, quien se creía un rey del Sahara o del Sahel (8), liberó a AQMI de uno de sus enemigos y le permitió recomponer su stock de armamento. Para el presidente de Níger, Mahamadou Issoufou, la rebelión tuareg sería entonces un "daño colateral de la crisis libia" (9). Por su parte, el MNLA –que parece haber rotos relaciones con Ançar Dine– niega hacer causa común con AQMI: "Los actos de AQMI contaminan nuestro territorio y han perdurado a causa de las autoridades de Bamako. Nosotros le decimos a la comunidad internacional: 'Dennos la independencia y será el fin de AQMI en Malí'" (10).

La declaración no deja de tener repercusión en Francia, tradicional padrino político de la subregión, que sigue en la mira de AQMI por los mismos motivos que hace unos años: presencia militar en Afganistán, diplomacia proisraelí, prohibición del uso del velo integral en los lugares públicos del país, control del uranio nigerino, ataques comando para intentar liberar rehenes detenidos en Níger y en Malí...

En Bamako, los consejos paternalistas prodigados por el [ex] ministro de Relaciones Exteriores francés Alain Juppé –dialogar con todas las partes, incluido el MNLA; aplicar los antiguos acuerdos; hacer un esfuerzo de desarrollo en el Norte– no fueron bienvenidos, al provenir de un Estado que contribuyó en 2011 a hacer explotar la caldera libia, y que ahora alienta a los Estados de la región a "organizarse mejor".

Por su parte, Estados Unidos, para quien el Sahara constituye un frente de la "guerra contra el terrorismo", despliega sus fuerzas especiales y sus "enormes orejas". Le gustaría eliminar a los jefes de AQMI, pero choca con el veto de Argelia que le impide sobrevolar su territorio con los drones de la Central Intelligence Agency (CIA) o de la US Air Force, y también con la desconfianza del conjunto de los países ribereños del Sahara, que temen que una presencia estadounidense muy llamativa avive el fuego, como en Afganistán.

La región se convirtió en un polvorín. Para todos, el riesgo es el contagio y la balcanización del Sahel. Centenares de miembros de la secta islamista Boko Haram estarían refugiados en Níger y en Chad (11). Los milicianos islamistas *shebab*, en Somalia, enfrentados a los ejércitos keniata y etíope, podrían dispersarse por el Sahel. El Movimiento por la Justicia y la Igualdad de Gibril Ibrahim está tentado de retomar las armas en Darfur. En el norte de la República Centroafricana, el "general" Baba Laddé, a la



© Krzysztof Marciniak / Shutterstock

Tuaregs. Los "hombres azules" del desierto, tradicionalmente nómades, reivindican desde hace más de 50 años la independencia de tres regiones del Norte de Malí.

cabeza de un Frente Popular para la Recuperación, pretende derrocar al presidente de Chad Idriss Déby Itno y llama a una gran alianza entre tuaregs, AQMI, saharauis del Frente Polisario, etc (12).

Mientras tanto, Argelia, Níger, Mauritania y Burkina Faso recibieron a doscientos mil refugiados de Malí que escapaban de los combates en el Norte, a la vez que el Programa Mundial de Alimentos estima que, en el contexto actual de sequía y hambruna, entre cinco y siete millones de habitantes del Sahel estarían necesitando ayuda inmediata. ■

Tesoros culturales

Uno de los objetivos de los grupos fundamentalistas tras la partición de hecho de Malí fueron sus tesoros culturales, símbolos de una identidad compleja y de un islam tolerante. Entre otros, fueron saqueados parte de los cerca de 200.000 manuscritos antiguos conservados en Tombuctú.

1. N. de la R.: El 11 de agosto de 2013, Malí eligió a un nuevo Presidente, Ibrahim Boubacar Keita, luego de que con la ayuda de una fuerza de intervención francesa aprobada por la ONU, la mitad Norte del país fuera recuperada de manos de los grupos rebeldes y terroristas.

2. Véase Robin Poulton, "Vers la réintégration des Touaregs du Mali", *Le Monde diplomatique*, París, noviembre de 1996.

3. *Jeune Afrique*, París, 21-2-12.

4. *El Watan*, Argel, 4-4-09.

5. "Le débat africain", RFI, 26-2-12.

6. *El Watan*, op. cit.

7. Véase Antonin Tisseron, "Géopolitique du Sahara", *Hérodote*, N° 142, París, tercer trimestre de 2011.

8. En 1998, Gadafi había creado de la nada en Trípoli una Comunidad de los Estados Saharo-sahelianos (CEN-SAD), una suerte de Unión Africana bis.

9. *Le Monde*, París, 15-2-12.

10. *Jeune Afrique*, op. cit.

11. Alain Vicky, "Boko Haram, una secta que crece", www.eldiplo.org, abril de 2012.

12. N. de la R.: En septiembre de 2012, Baba Laddé se rindió y regresó a Chad donde inició negociaciones con el gobierno.

*Periodista.

Traducción: Aldo Giacometti





Un proyecto faraónico a escala continental

El puerto que puede salvar a Kenia...

por **Tristan Coloma***, enviado especial

Uhuru Kenyatta, presidente de Kenia desde abril de 2013, heredó asuntos espinosos. Entre ellos, el proyecto de un gigantesco corredor de transporte, cuyo objetivo es transformar la economía africana abriéndola hacia Asia.

La luz despiadada del sol inflama la ruta de laterita hasta reducir a cenizas la sabana dispersa del archipiélago de Lamu, en el noreste de Kenia. Ahmet, un hombre vestido con harapos, de cara demacrada por las horas pasadas vigilando kilómetros de empalizadas, quiere estar seguro. “Esto no avanza muy rápido, ¿no? Igualmente, Lamu siempre se mueve a la velocidad de las mulas... Se está construyendo el edificio de los oficiales, pero nada que se parezca a un puerto que cueste miles de millones de dólares... No sé realmente qué es lo que hay que vigilar. La pista todavía no está asfaltada y el puerto debería inaugurararse en 2016. Lo dudo mucho...”

Sin embargo, el gobierno keniata y sus socios sur-sudaneses y etíopes muestran un entusiasmo desconcertante respecto del éxito de la obra más grande de la historia africana desde las independencias. ¿Su objetivo? Transformar la economía del continente gracias al comercio marítimo internacional, a la integración regional y a la apertura del Este africano. Así, el ex presidente de Kenia, Mwai Kibaki, quiso construir un “Gran Cuerno de África” en el que la Comunidad de África Oriental –CAO (I)– englobaría también a Somalia, Etiopía y Djibuti en un solo y mismo bloque económico.

Para lograrlo, sacó a relucir un proyecto faraónico de los años 70: la construcción de un eje de

transporte multimodal transfronterizo. De un costo total inicial estimado en 18.960 millones de euros, el Lamu Port-South Sudan-Ethiopia Transport Corridor (Lapsset Corridor) se articulará alrededor de un puerto de aguas profundas en la Bahía de Manda, en Lamu. Formará un puente terrestre entre Kenia y Douala, la capital de Camerún, para unir el Atlántico con el Océano Índico.

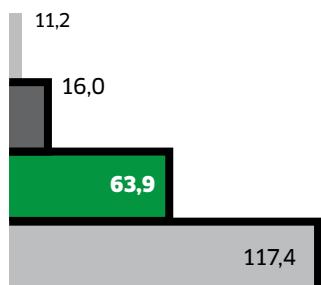
La infraestructura en la mira

Este complejo es la punta de lanza de Visión 2030, el plan a mediano plazo lanzado en 2008 por las instituciones internacionales. ¿Es posible tamaña salto al futuro entre 2008 y 2030? Por lo menos será un paso hacia adelante para Lamu, a tal punto el archipiélago parece fuera del tiempo. Detrás de las fachadas leprosas de antiguos palacios árabes clasificados como patrimonio mundial por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), siguiendo el laberinto de las callejuelas pobladas de mulas desenveltas, encontramos un cibercafé muy acogedor en el cual no es raro ver a un guerrero masai consultando su correo electrónico.

El progreso no espera. Es por ello que Nairobi quiere impulsar ese pequeño mundo detenido en el tiempo hacia el África de mañana. “Nada menos →

Tasas de mortalidad
(por cada mil nacidos vivos, 2012)

Infantil



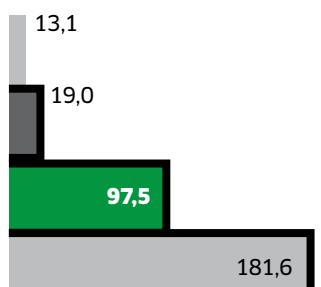
█ Seychelles
█ América Latina y el Caribe
█ África subsahariana
█ Sierra Leona



© africafoto24 / Shutterstock

Agua. En Kenia, como en muchos países del África subsahariana, son habituales los largos desplazamientos en busca de una fuente de agua. El continente podría sufrir mayores sequías aun como consecuencia del cambio climático.

Menores de 5 años



█ Seychelles
█ América Latina y el Caribe
█ África subsahariana
█ Sierra Leona

→ que un salto cuántico del nivel de vida de los keniatas de aquí a 2030”, se enorgullece Mugo Kibati, el director general de la oficina de Vision 2030. ¿Se imaginan a Simbad el Marino desembarcando en jet privado para sorber despacito un cóctel sobre la terraza de su loft con vista panorámica sobre la barrera de coral, la refinería y los buques petroleros?

Actualmente, los intercambios comerciales de África Oriental y de África Central dependen de Mombasa, el gran puerto de la costa este keniata, lo que lo convierte en “el valor más importante de la región”, según el Banco Mundial. Este puerto es un barómetro del dinamismo económico de la zona, y la presión es fuerte. Entre 2007 y 2011, su tráfico creció en un 23%. En 2011, trató alrededor de 770.000 TEU –Twenty-foot Equivalent Unit: la unidad de medida estandarizada que corresponde a un contenedor de 6,1 metros de largo–, aunque haya sido concebido para recibir 250.000.

Un estudio estadounidense (2) demuestra que en promedio la duración del traslado de un contenedor del barco hasta su partida del sitio es de más de quince días. Además, a falta de rutas o de vías férreas en buen estado en la región, el precio del transporte de un contenedor por kilómetro recorrido figura entre los más elevados del mundo (3). El secretario permanente de Transportes, Cyrus Njiru, es el primero en reconocerlo. Según él, “el 90% del Producto Interno Bruto (PIB) keniata se produce en un radio de cien kilómetros alrededor de la línea ferroviaria que une Uganda a Kenia. El resto del territorio, donde se con-

centra el 75% de la población, genera el 10% del PIB. ¿Por qué? Porque las infraestructuras nunca fueron desarrolladas” (4).

Costos de transporte controlados y una aceleración de la circulación de los bienes seguramente favorecerían la expansión de la agricultura y de la industria keniatas. Como subraya Mark Bohlund, economista para IHS Global Insight, “estos proyectos de infraestructura son colosales. Su costo equivale a dos tercios del PIB anual de Kenia, pero podrían estimular el crecimiento de toda la región. Y tener consecuencias geoestratégicas que serían cruciales para la paz y la integración de toda África Oriental”. Esperando el crecimiento y la paz para todos, en Matondoni, como siempre, el sol abrasa los pantanos con sus besos quemantes. A través de las dunas, a tres horas agotadoras de caminata desde el hedonismo balneario y las playas de arena blanca de Shela, la miseria de las comunidades autóctonas del archipiélago de Lamu hace trizas la imagen de prosperidad asociada por los operadores turísticos al período del sultánato.

Marginados desde la independencia

Aquí, no hay nada, y nadie se alimenta de ilusiones. Salvo quizás un hombre que parece agotado: Mohamed Famau, el *mzee* (“sabio”) del pueblo. “Nos prometen que Lamu será un paraíso en el que todo el mundo tendrá trabajo y un confort incomparable. La región será la más desarrollada de Kenia. Ya quiéramos tener un supermercado.”

En un pasado glorioso, la ciudad swahili mandaba sus veleros hasta India y China para intercambiar ámbar gris, marfil y esclavos. Hoy, a la sombra y entre las raíces de los manglares, algunos laboriosos irreductibles se empeñan en embarcaciones fuera de época. Después del dragado del canal y el arranque de los manglares, el futuro puerto de aguas profundas y su refinería pondrán término a su actividad. Los peces van a desaparecer. Están seguros. Y ya saben que no tendrán trabajo en el futuro puerto. Un miembro del gobierno keniata vino a anunciarles. Sin diploma, convertirse en empleado en la zona portuaria será algo imposible. "Aquí, la escuela abrió hace sólo cuatro años", se queja Mussa Omar. Y el armador de naves, afable, agrega: "Si todo el mundo tiene la posibilidad de trabajar, aceptamos ese proyecto. Pero por ahora, aparte de los inconvenientes, no nos aporta nada. No habrá más nada para pescar. ¿Cómo vamos a vivir? No vamos a obtener ninguna indemnización por parte del gobierno pues no tenemos instrucción y no nos escucha". El ministerio a cargo del plan reconoce sin embargo que la pesca representa la principal fuente de ingresos para el 70% de los 100.000 habitantes...

Silvester Kasuku, encargado de infraestructuras en el gabinete del Primer Ministro está ese día de visita oficial en la obra de la Isla de Manda. "Tenemos confianza: el puerto abrirá en 2016. Debo encontrarme con todas las partes interesadas para informarles de los progresos de la obra y para conversar con ellas. Todos apoyan el proyecto. La población aspira al desarrollo. La gente quiere rutas, un puerto, aeropuertos. Es imposible ignorar lo que desean". Algunos minutos después de su llegada desaparece con su cortejo a bordo de una 4x4, más rápido de lo que apareció.

Su discurso está muy lejos de lo que sienten los habitantes del archipiélago, que constituyeron una asociación, Save Lamu, para defender la participación de las comunidades en las decisiones que con-

sa al gobierno de falta de consulta y denuncia la ausencia de estudios sobre el impacto medioambiental. Abubakar Mohamed El-Amudy, su presidente, se muestra intransigente: "Las comunidades deben ser informadas y consultadas, como lo garantiza la Constitución. La población va a aumentar brutalmente; con la llegada de otras comunidades nuestra cultura va a desaparecer definitivamente. De todas formas, siempre hemos sido marginados". Muchos habitantes de la región estiman que el poder central, en manos de la etnia mayoritaria kikuyu, los considera ciudadanos de segunda categoría. Este sentimiento de injusticia se traduce en términos xenófobos (5). No es raro oír decir en el archipiélago que "Lamu se transforma en una colonia kikuyu". Las tensiones comunitarias están exacerbadas y las veleidades independentistas de la zona costera, animadas por algunos movimientos políticos, van en aumento.

Por primera vez, la población de la costa podía alegrarse del interés manifestado por el Estado central por el desarrollo de la región. Hervé Maupeu, politólogo y especialista en Kenia en la Universidad de Pau y de los países del Adour ve allí "una gran novedad, pues las tendencias de crecimiento insufladas por Vision 2030 se harán en la periferia. Es contrario al ADN del Kenia independiente". En efecto, desde 1965, el gobierno eligió concentrar sus gastos en las zonas de "fuerte potencial" (6), el Kenia "útil", situado a más de 1.700 metros de altura. Resultado: la exclusión política y la marginalización económica de las comunidades que viven en las regiones áridas del Norte y en las zonas rurales.

Corredores de "desarrollo"

Para François Gipouloux, investigador en el Centro de Estudios sobre China Moderna y Contemporánea, este cambio era una necesidad: "Las regiones costeras vuelven a ser el pivote del espacio económico

La CPI en la mira

A raíz del proceso iniciado en la Corte Penal Internacional (CPI) contra el presidente de Kenia, Uhuru Kenyatta, la Unión Africana la acusó de llevar a cabo una persecución racial contra los africanos. Desde su apertura en 2002, la CPI inició investigaciones en ocho países, todos ellos africanos.



© Dereje / Shutterstock

Agricultura. El sector representa un 25% de la economía keniata.

El desarrollo de África Oriental no escapa a la dinámica de globalización que tiende a abrir mercados y facilitar el comercio.

ciernen al Lapsset Corridor. "En general, las personas no se oponen al puerto, pero nuestra preocupación es la falta de consulta –explica Hussein Send El-maawy, uno de los 'sabios' de Save Lamu–. Consultar, es hacer que la población se sienta involucrada en el proyecto y se lo apropie. Nadie anticipa el impacto negativo sobre el medio ambiente, la sociedad, la problemática de las tierras, el empleo. Es necesario que la población entre en el protocolo de acuerdo con el gobierno. Hablar no tiene ningún interés si no queda nada escrito negro sobre blanco."

Puesto que Nairobi hace oídos sordos a estas reivindicaciones, Save Lamu apeló a la justicia para detener la construcción del puerto. La asociación hizo una denuncia por inconstitucionalidad. Acu-

mico liberalizado, bajo la forma de zonas de cooperación económica transnacionales que se apoyan en el establecimiento de corredores de desarrollo –en realidad comerciales– con vocación internacional" (7). El desarrollo de África Oriental no escapa a la dinámica de globalización que tiende a abrir los mercados y a facilitar el comercio por medio de la instauración de zonas económicas especiales (ZEE), suerte de zonas francas donde los costos de inversión, de financiamiento y de explotación son notablemente reducidos en vistas de atraer a los inversores extranjeros. En Kenia, la ley sobre las ZEE entró en vigor el 8 de noviembre de 2012.

Dado que el llamado a los inversores privados aún no ha sido respondido, el propio gobierno financió →

DETRÁS DEL SUEÑO NACIONAL

“Avenidas para la corrupción”

En Kenia, el recuerdo de la violencia que sobrevino a las elecciones generales de diciembre de 2007, sigue vivo. Y con razón: habrían dejado un saldo, en los meses que siguieron, de 1.200 muertos y 300.000 desplazados. Por eso, los candidatos a las presidenciales del 4 de marzo de 2013 deseaban tranquilizar a la población tanto como a los inversores. En primer lugar, durante la campaña, los keniatas fueron actores y espectadores “de un arrepentimiento general sabiamente orquestado en una forma de pentecostalización de la escena política”, analiza Dominique Connan, doctorando de Ciencias Políticas de París con base en Nairobi. El 24 de febrero pudieron asistir a una inmensa reunión por la paz en Uhuru Park, donde los candidatos se daban la mano al son de cantos religiosos y de sermones del profeta del momento, el Dr. David Edward Owuor.

Como resultado del voto, Uhuru Kenyatta (Jubilee Alliance) se impuso frente al primer ministro saliente, Raila Odinga (Orange Democratic Movement). Este último –en desacuerdo con la calle– presentó en la Corte Suprema una lista de irregularidades ocurridas en varias regiones del país, pues sólo 8.400 boletas permitieron a su adversario franquear la barrera del 50% necesario para ser elegido, en la primera vuelta, presidente de la principal potencia de África Oriental. Además, en el extranjero, hay molestia por el éxito en las urnas de Kenyatta, que está en la mira de la Corte Penal Internacional por su supuesta implicación en la violencia poselectoral de 2007.

“Pretendemos trabajar estrechamente con el sector privado para volver competitivo al país”, afirmó el nuevo presidente el 13 de marzo, durante una reunión con los miembros de la Alianza del Sector Privado de Kenia (KEPSA) en Nairobi. Los inversores exhortaron a todas las empresas a volver a abrir sus puertas –cerradas por temor a disturbios– y a poner en marcha la economía para alcanzar los objetivos de Vision 2030, el programa de reformas lanzado en 2008 y calificado de “sueño nacional para una Kenia competitiva y próspera a escala mundial”. Semejante entusiasmo chocó con las cifras comunicadas por la Oficina Nacional de Estadísticas de Kenia (KNBS). La institución se inquieta por la inflación galopante, el derrumbe de la moneda y las tasas de interés muy elevadas de los préstamos realizados a fines del 2011. El país se encuentra actualmente entre las diez naciones más desigualitarias del mundo, con un diferencial de 1 a 56 entre los ingresos del 10% más pobre y los del 10% más rico (1).

En una redacción de Nairobi, un periodista echa una mirada alrededor de él, se inclina y hace como si ordeñara una vaca virtual. “El Lapsset Corridor tiene vocación para crear avenidas para la corrupción –suelta en voz baja–. Los políticos están ahí para beber la leche del Estado, marcada con una ‘S’ con una doble línea vertical como barra”. Un investigador cercano al expediente se expide sin vueltas: “Vision 2030 mide el desarrollo en números de metros cúbicos vertidos para la construcción. El objetivo es desviar el dinero de los inversionistas y del Estado”.

1. Cifras del Fondo Monetario Internacional (FMI) citadas por Human Rights Watch, “Informe 2010”.

→ el lanzamiento de la primera fase de los trabajos del puerto por un total de 234,6 millones de euros. Kenia, Etiopía y Sudán del Sur firmaron en 2012 un protocolo de acuerdo: Sudán del Sur financiará una parte del oleoducto, y Etiopía se comprometió a participar en la construcción del ferrocarril. “Yes, we can!”, exclama Kasuku, esperando que el famoso credo de Barack Obama impondrá respeto y acallará todas las críticas. “¿Por qué tenerle miedo a una crisis de la deuda resultado de los préstamos tomados para realizar el Lapsset? La mitad del país no tiene ninguna infraestructura. Es prioritario invertir y eso traerá dinero. Además, estos trabajos no representan sólo deuda pública, puesto que recurrimos al sector privado” (8).

Sin miedo y sin reproches, pero previendo un endeudamiento público demasiado fuerte, según el Banco Central, el Tesoro prefirió emitir empréstitos obligatorios de fuerte rendimiento (9) a cinco años, por un valor global cercano a los 119 millones de euros, para financiar el Lapsset Corridor. El “Gran Cuerno de África” podría volverse sinónimo de abundancia. El retorno sobre las inversiones proclamado por las instancias financieras de la región es un buen bocado para el imaginario de los inversores del “desarrollo” y su glotonería especulativa. A pesar de ello, en 2011, a escala mundial, África sólo seguía atrayendo el 3,6% de los flujos de inversiones extranjeras directas (IED).

En vista de la amplitud del proyecto, el gobierno desplegó todo un arsenal para diversificar las fuentes de financiación, y más particularmente para atraer nuevas IED. “El Lapsset Corridor es la mejor de las oportunidades de todo el continente africano”, repite con ganas Kasuku. “Los inversores deberían abrir los ojos y ser numerosos”. Para el puerto y la ruta, los fondos serán públicos; para el pipeline y la refinería, privados; para el tren, públicos y privados.

Para atraer más IED, Kenia utiliza otra palanca, salida directamente de la caja de herramientas del Fondo Monetario Internacional (FMI): la participación pública-privada (PPP) (10). El Estado gobierna, y los actores privados se afanan en permitir la creación de las infraestructuras y la provisión de las prestaciones públicas (11), a pesar de la incompatibilidad entre la búsqueda de ganancias del sector privado y la necesidad de redistribución del Estado. Todo el interés para los privados reside en el hecho de que los riesgos del emprendimiento serán asumidos por el Estado. “Para que el sector privado invierta, es necesario que el Estado pueda honrar sus compromisos –afirma una persona cercana al proyecto–. Con la explosión de la deuda, el Estado no puede ofrecer estas garantías. Las PPP no son el camino correcto”.

Después de una hora y media de reunión, Kasuku parece tener un retraso en su programa del día. Su asistente le pone un sello “Confidencial” sobre la pila de correo que le espera. Preocupado, el secretario permanente en el despacho del Primer Ministro

se excusa por el contratiempo y confiesa que estaba obligado a estar presente en la conversación, porque “el Primer Ministro recibía la visita del embajador de China en Nairobi para discutir sobre el Lapsset Corridor”. El malestar lo interrumpe antes de reponerse: “Era una visita diplomática de cortesía...”.

En efecto, Nairobi practica una diplomacia económica centrada en la búsqueda de nuevos intervenientes como los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), pero también Corea del Sur, Qatar, Singapur, etc. China, India, Japón, Sudáfrica y Corea del Sur fueron las cinco fuentes principales de IED en Kenia en el último lustro, por delante del Reino Unido, Francia, Alemania y los Países Bajos (12).

La crisis económica ha sellado el fin de un mundo. Y el nacimiento de otro se ve confirmado por la emergencia de Asia, menos afectada por las recientes turbulencias. Además, las economías desarrolladas ponen condiciones a sus financiamientos, exigiendo reformas institucionales. Esta voluntad les juega en contra frente a los chinos que no buscan necesariamente responder a los llamados de ofertas sino, más bien, a imponer sus empresas a través de contratos comerciales. “En Kenia, hay actualmente dentro de las élites un rechazo a las tentativas de influencia de Occidente, y más aun del Banco Mundial y del FMI –constata Maupeu–. Quieren tener su autonomía, especialmente en relación con Asia, que está inventando nuevos valores, una nueva visión, nuevas maneras de trabajar juntos.”

En conocimiento de causa, el presidente Kibaki lanzó en 2005 su *Look East Policy* (“Rumbo al Este”). En el curso de los seis primeros meses de 2012, según la Autoridad de Inversiones de Kenia (KIA, en inglés), China, Sudáfrica, India y Corea del Sur invirtieron en el país un total de 31,26 millones de euros, con una contribución de 23 millones únicamente para China. Un comunicado de la Presidencia explicitó la nueva perspectiva de las relaciones diplomáticas que Nairobi quería instituir: “La política extranjera de Kenia está guiada por la voluntad de hacer evolucionar las dinámicas geopolíticas. Esto implica una convergencia entre el Este y el Oeste sobre los asuntos del mundo en un entorno en constante evolución”. Pero, al final, los contratos más importantes toman la ruta del Oriente.

Nuevas dependencias

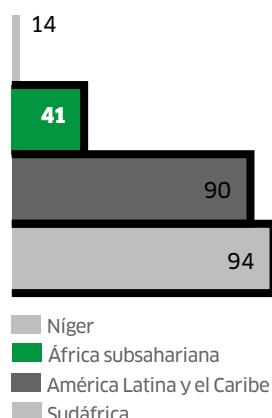
“Kenia no mira particularmente hacia el Este –mataiza Kasuku–. No es nuestra intención. Pero cuando se lanza un llamado al mundo entero, es siempre Asia la que reacciona más rápido. Mientras que los otros se quejan, ellos llegan y son felices.” La partida, sin embargo, parece bien desigual. China creó una forma de dependencia de los países africanos a sus préstamos a bajo costo para financiar los proyectos de infraestructura. El problema: el crecimiento económico chino, como el de India, tiende a aminorar. En su último informe sobre las perspectivas económicas

mundiales, el FMI pone en guardia a Kenia contra esta coyuntura que podría ser perjudicial a la economía del país. “Una desaceleración brusca del crecimiento chino podría tener efectos negativos a causa de los fuertes vínculos comerciales establecidos con China estos últimos años, pero también en razón de la contribución de China al financiamiento a través de las IED” (13).

El ex presidente keniata intentó pues incitar a los Estados africanos a reducir el recurso a los préstamos exteriores para construir sus infraestructuras. Predicó la integración regional y afirmó que los mercados del continente podrían ofrecer otras fuentes de financiamiento. Pero este voluntarismo no disipa lo endeble del proyecto de Lamu.

Falta saber si el nuevo jefe de Estado, Uhuru Kenyatta (el 50,07% de los sufragios emitidos) continuará el esfuerzo de su predecesor, que tenía la pretensión de dejar una marca en su país y en su tiempo. El fin del desarrollo diferenciado, fraccionado, es la apuesta del Lapsset Corridor. Kibaki quería reavivar una nueva forma de panafricanismo que se apoyara sobre la *doxa* liberal de los capitalistas internacionales, liberándose a la vez del yugo del FMI. Modificar la política desarrollista de China poniéndola a competir con otros países emergentes. ¿Continuará su sucesor en esta senda? Nada es tan incierto. ■

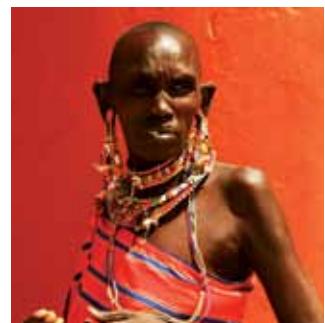
**Tasa bruta de matriculación en enseñanza secundaria
(en porcentaje, 2011)**



1. Burundi, Kenia, Uganda, Ruanda y Tanzania.
2. United States International Trade Commission (USITC), investigación N° 332-530, publicación N° 4335, julio de 2012.
3. En 2009, desde Mombasa, había que contar 0,04 dólares para llegar a Kenia, 0,085 dólares a Uganda, 0,09 dólares a Ruanda y 0,11 dólares a Burundi. “Transport prices and costs in Africa”, Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (BIRD), Banco Mundial, 2009.
4. www.theafricareport.com, junio de 2012.
5. Véase Claire Médard, “Quelques clés pour démêler la crise kényane : spoliation, autochtionie et privation foncière”, 14-1-10, www.cetri.be
6. “African socialism and its application to planning in Kenya”, Sessional Paper, N° 10, Nairobi, 1965.
7. François Gipouloux, *La Méditerranée asiatique. Villes portuaires et réseaux marchands en Chine, au Japon et en Asie du Sud-Est, XVI^e-XXI^e siècle*, CNRS Editions, París, 2009.
8. En 2011, la deuda pública de Kenia estaba estimada en un 50,7% del PIB, y la deuda exterior en más de 7.000 millones de euros (fuente: CIA- *The World Factbook*, www.cia.gov).
9. Estos productos financieros, también llamados “obligaciones de infraestructura” son como acciones del Estado con tasa garantizada, puesto que no están sujetos a las fluctuaciones del mercado.
10. Faranak Mirafab, “Public-private partnerships: The Trojan horse of neoliberal development?”, *Journal of Planning Education and Research*, Universidad de Cincinnati, septiembre de 2004.
11. Véase David Osborne y Ted Gaebler, *Reinventing Government: How the Entrepreneurial Spirit is Transforming the Public Sector*, Plume, Nueva York, 1993.
12. Fuentes: Autoridad de Inversiones de Kenia (KIA) y Oficina Nacional de Estadísticas de Kenia (KNBS).
13. *World Economic Outlook*, FMI, octubre de 2012.

*Periodista.

Traducción: Florencia Giménez Zapiola

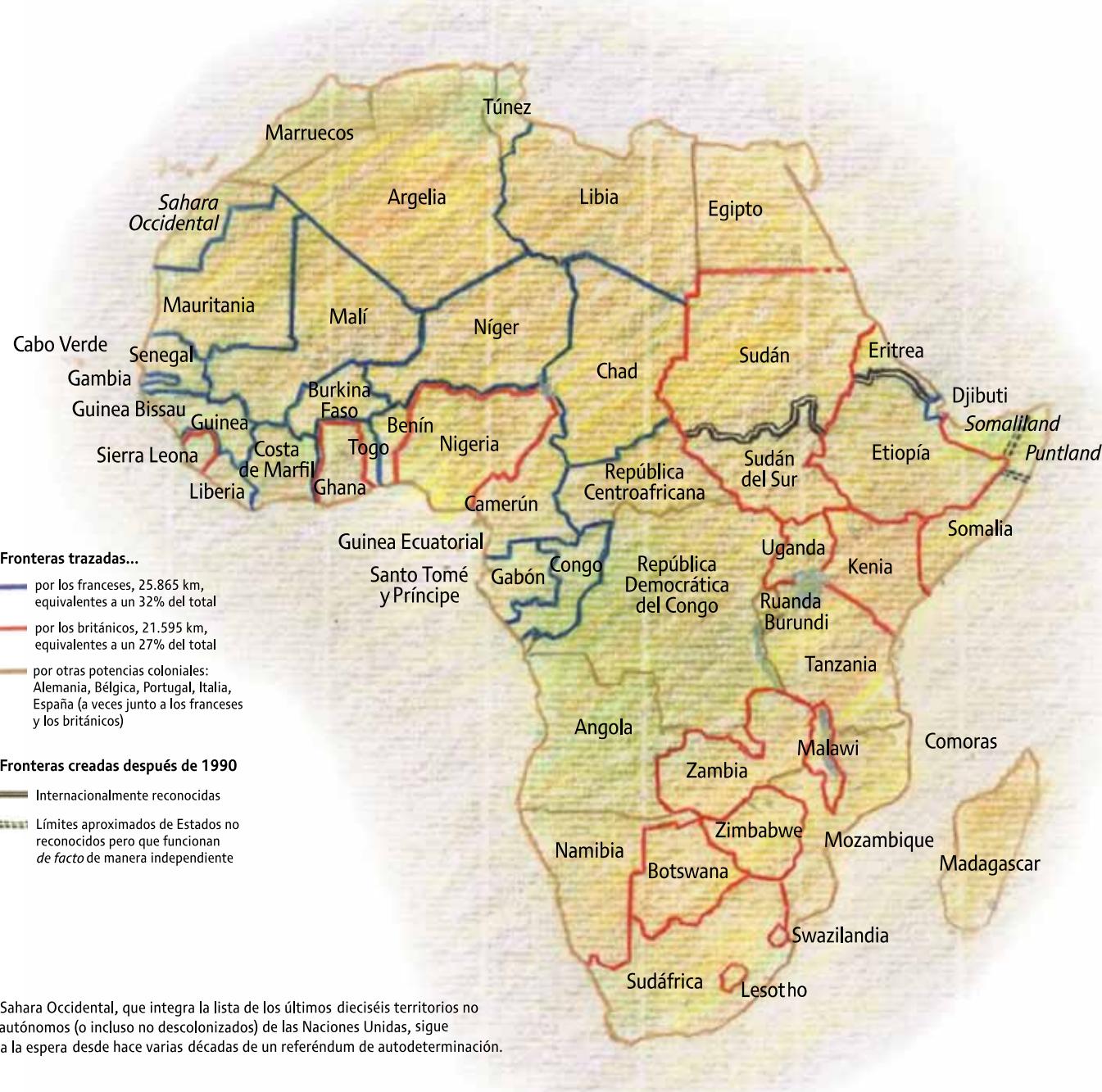


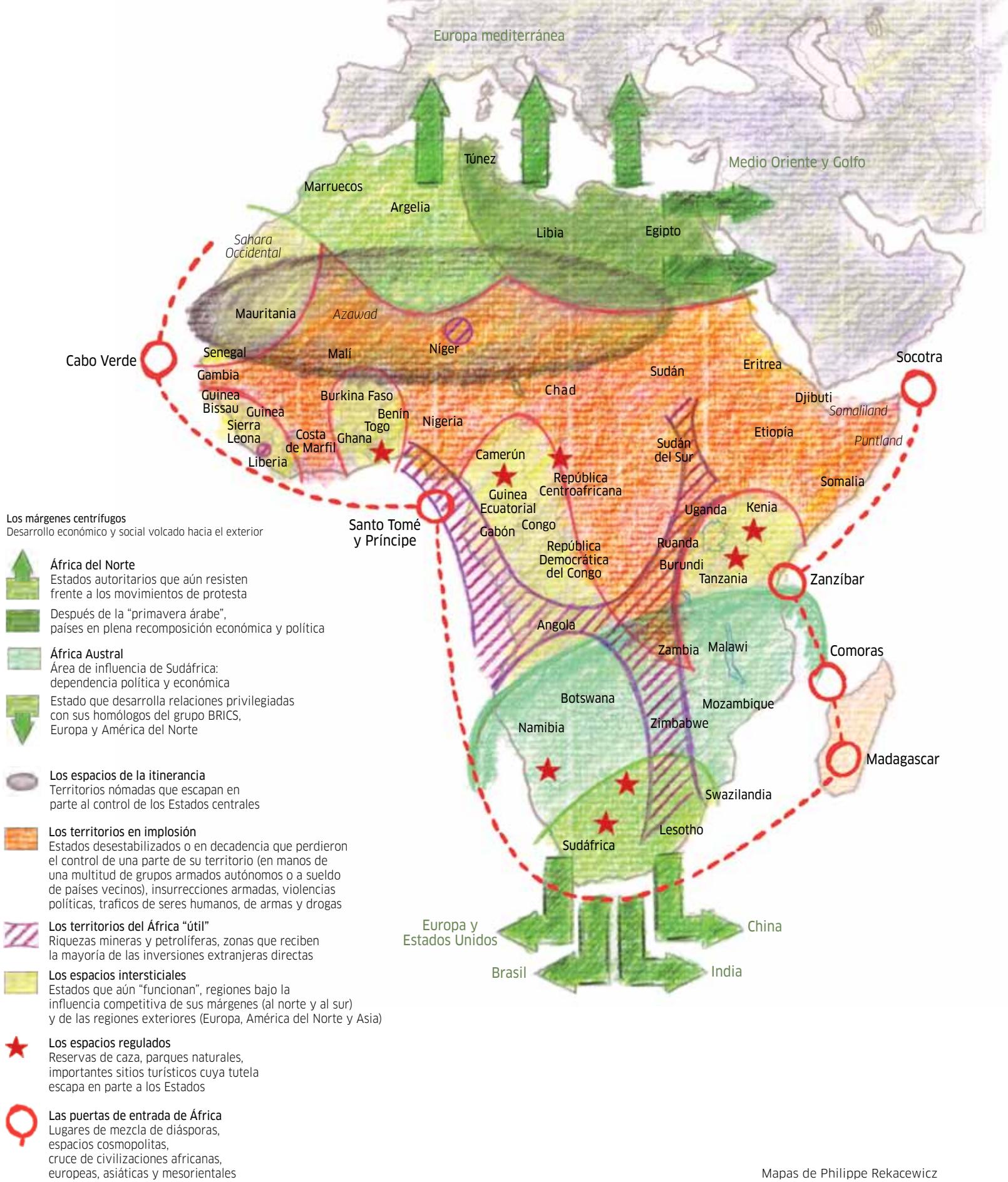
© Anna Omelchenko / Shutterstock

Tribus. Kenia está compuesta por cinco grupos étnicos principales.

Una geopolítica en permanente evolución

“Cuando dibujo las fronteras de África, siempre tengo la impresión de estar hiriendo pueblos”, decía un geógrafo sobre los límites impuestos hace más de un siglo. Hoy, los conflictos y los recursos esbozan un nuevo territorio.





Mapas de Philippe Rekacewicz



3

Eje de todas las codicias

AFRICA HACIA AFUERA

Provista de recursos naturales abundantes, tierras agrícolas cultivables y mercados en crecimiento, el África subsahariana es hoy el centro de la globalización. Las potencias emergentes, con China a la cabeza, desembarcan en el continente disputando su lugar a las antiguas metrópolis y Estados Unidos, que se encuentran a la defensiva. Los Estados africanos, necesitados de infraestructuras e inversiones, buscan sacar provecho de esta avidez para encontrar la senda del desarrollo.



Los “amigos” chinos del Congo

por Colette Braeckman*

En la guerra mundial por las materias primas, la República Democrática del Congo constituye un objetivo estratégico. Allí, Pekín enfrenta a Bruselas, París o, incluso, Ottawa. Pero los métodos poco ortodoxos de China, como el trueque, son reprobados por el Fondo Monetario Internacional (FMI).

Parados sobre la ruta que domina Matadi, la capital del Bajo Congo, You y Jeng, dos jóvenes ingenieros chinos, no manifiestan ninguna emoción. A pesar de sus sombreros de paja, el sol los enrojece. A veces, encuentran por la mañana serpientes enroscadas en la profunda zanja que corre a lo largo de la ruta. Con frecuencia deben esquivar rocas, cruzar cursos de agua y, sobre todo, vencer los obstáculos de la burocracia local. Pero nada impedirá su misión, consistente en tender a través de la República Democrática del Congo (RDC) un cable de fibra óptica proveniente de Sudáfrica (West Africa Cable System) que se extenderá desde Moanda, sobre el Océano Atlántico, hasta Kinshasa, donde se hundirá en el río hasta Kisangani, antes de conectarse, en el este del país, con otro cable que viene, en este caso, del Océano Índico; unos 5.650 kilómetros en total. Su jefe, Xie “Hunter”, responsable local de la China Intertelecom Constructors, una filial de China Telecom, también manifiesta la obstinación de una topadora: instalado en RDC por tres años, se tomará en total siete días de licencia. Con sus 1.050 dólares de salario mensual, piensa pagar los estudios de su hijo único, que ha quedado en China.

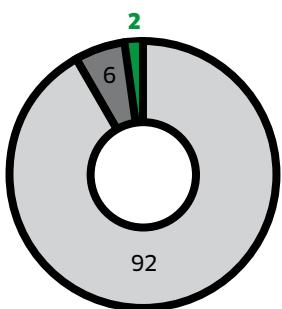
En este país vasto como Europa Occidental, desprovisto de rutas y de medios de comunicación, pero que las empresas de telefonía privadas han cubierto de antenas, la instalación de la fibra óptica, que transmite sonido e imagen a la velocidad de la luz, representará un salto tecnológico importante: no sola-

mente el costo de las llamadas de los teléfonos móviles disminuirá notablemente, sino que el cable, unido a las computadoras, hará posibles las transacciones financieras, la transmisión de imágenes médicas, la enseñanza a distancia, etc.

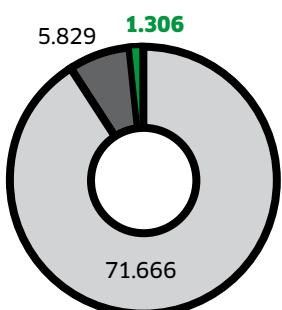
A la espera de poder circular por las autopistas de la información, los habitantes de los pueblos se contentan con reclamar el acceso al agua potable y esperan ya no tener que iluminarse con velas por la noche, mientras la energía producida por la represa de Inga es comprada por los países vecinos (1).

Este proyecto, implementado por la Oficina Congoleña de Correos y Telecomunicaciones (OCPT, en francés), se deriva de una inversión de 60 millones de euros efectuada por Kinshasa; el primer tramo de 22 millones proviene de un crédito otorgado por el gobierno chino a título de ayuda para el desarrollo. Obligará a las empresas de telefonía privadas a pagar regalías al Estado por su conexión al cable (los ingresos podrían alcanzar unos 71 millones de euros anuales), marcando así la recuperación de un servicio público con frecuencia desprestigiado. Lo cual no está exento de dificultades, ya que la empresa Vodafone (capitales sudafricanos y británicos) reclama insistente el derecho de atraque, es decir, el control de un punto de entrada del cable en Moanda, arguyendo que fue la primera empresa en invertir en el sector de la telefonía móvil y que ya cuenta con cuatro millones de abonados. La empresa teme que los congoleños no puedan gestionar por sí solos las →

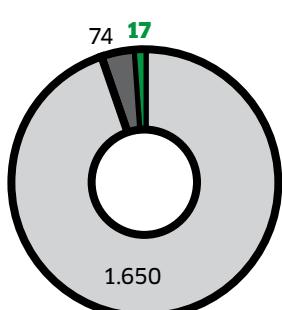
Participación en las exportaciones mundiales
(porcentajes, 2011)



PIB mundial
(miles de millones de dólares corrientes, 2012)



Gasto militar
(miles de millones de dólares corrientes, 2010)



█ África subsahariana
█ América Latina y el Caribe
█ Resto del mundo

→ perspectivas que el cable óptico les abre. Un punto de vista que Hunter contradice: si bien es cierto que el contrato pone a trabajar a 2.500 obreros congoleños supervisados por 80 chinos, los 20 ingenieros congoleños enviados a China a formarse serán capaces de tomar la posta a partir de la segunda fase de las obras.

El “contrato del siglo”

Mientras unos cavan en Matadi, otros, en Kinshasa, manejan trituradoras gigantes que escupen piedras destinadas al basamento de las arterias de la capital, al tiempo que cientos de topadoras esperan para entrar en acción. Por mandato del gobernador, los chinos transformaron el Bulevar 30 de Junio, en el centro de la ciudad, en una autopista de cuatro vías, un billar que los peatones atraviesan arriesgando su vida. Mientras los occidentales todavía debaten las cláusulas de los contratos que ligan a la RDC con China, en el terreno, los trabajos ya comenzaron. Cada semana, el presidente Joseph Kabila inaugura una obra nueva.

Durante el verano de 2007 el ministro de Infraestructura Pierre Lumbi –fundador en los años 80 de la asociación Solidaridad Campesina, pilar del movimiento social congoleño– viajó a Pekín de manera muy discreta. El balance de su viaje tuvo el efecto de una bomba: un convenio firmado con China que prevé 6.300 millones de euros de inversiones, de los cuales 4.200 están destinados al desarrollo de las infraestructuras y 2.100 a la reactivación del sector minero (2). Para supervisar las obras se crea una sociedad mixta, la Sicomines, de la cual la RDC tendrá el 32% de las acciones. Mientras que las obras son confiadas a dos empresas gigantes, la China Railway Engineering Corporation (CREC) y Synohydro Corporation, que se comprometen a rehabilitar o a construir 3.000 kilómetros de rutas y de vías férreas, 31 hospitales de 150 camas distribuidos en todo el país, 145 centros de salud, 4 universidades y 50.000 viviendas sociales. Además, estos préstamos comerciales dan acceso al financiamiento de la cooperación china propiamente dicha, reembolsables a muy largo plazo y a tasas muy bajas.

Como contrapartida de estas obras, que deberían contribuir a relanzar la economía en un país arruinado por tres décadas de dictadura y diez años de guerras y pillajes, los chinos obtuvieron la promesa de acceder a 10 millones de toneladas de cobre, lo que corresponde a 6,5 millones de toneladas de cobre refinado, 200.000 toneladas de cobalto y 372 toneladas de oro.

Lumbi insiste: este acuerdo de trueque moderno es provechoso para todas las partes. Salvo que los chinos van a “cobrar en especie” por una parte importante de los trabajos, ya que son los beneficios del sector minero los que van a financiar las obras de infraestructura y la tasa de rentabilidad de los proyectos fue fijada audazmente en el 19%, y está sometida sólo a la apreciación de la parte china... Si esa tasa no se alcanza, se solicitarán concesiones suplementarias.

No sin malicia, algunos congoleños hacen notar que estos acuerdos de trueque, de minerales a cambio de obras de infraestructura, hacen más difícil la corrupción, la evaporación del contenido de los sobres... En vísperas de la crisis financiera, el alza de la cotización del cobre había provocado una verdadera avalancha de las mayores empresas mineras del mundo hacia Katanga. No obstante, la contribución de esas *majors* al presupuesto del Estado no superaba el 6%, mientras que sumas importantes, debidamente pagadas, eran desviadas de su ruta por funcionarios mal pagos y corrompidos. La producción no había comenzado realmente, ya que la mayoría de las empresas estaban todavía en fase de inversión.

Decepcionada por el escaso rendimiento de las empresas occidentales, Kinshasa decidió entonces revisar los contratos mineros, al mismo tiempo que se volcaba hacia China (3). “Hay lugar para todo el mundo”, proclamaban los congoleños. Pero los “amigos” tradicionales de la RDC –que, como Bélgica y Francia, se habían involucrado fuertemente en poner fin a la guerra y convencer a la “comunidad internacional” de apoyar financieramente la organización de las elecciones– experimentaron el muy claro sentimiento, teñido de amargura, de que las reservas de materias primas congoleñas iban a cambiar de manos para servir al desarrollo económico de China y otros países emergentes como India, Corea del Sur o incluso Brasil, que participa en la exploración petrolera. Entre los recursos en juego se encuentran minerales raros o estratégicos como el uranio, el niobio, el coltan (o columbita-tantalita) y el cobalto, sin olvidar el petróleo recientemente descubierto.

La revisión de los contratos mineros fue interpretada como una maniobra tendiente a dar lugar a los recién llegados. La empresa estadounidense Tenke Fungurume, que invirtió 1.200 millones de euros en Katanga, se vio particularmente afectada, al decidir Kinshasa que la participación del Estado en el capital de la empresa pase del 17% al 45%.

Intereses y presiones

Así, resulta difícil no establecer un vínculo entre la renegociación de los contratos y los conflictos que, desde hace años, enfrentan a Kinshasa con el FMI. Desde su llegada al poder, en 2002, el presidente Kabila trató de sanear una situación catastrófica: Kinshasa había dejado de pagar los intereses de una deuda que crecía desde hacía años, y la RDC le debía al Club de París 7.000 millones de euros, de los cuales cerca del 90% eran atrasos acumulados desde el último acuerdo firmado con Zaire (nombre de la RDC entre 1971 y 1997) en 1989. Los programas se fueron sucediendo, las visitas de los expertos del FMI también, y Kinshasa esperaba, ya en 2006, alcanzar el entonces mítico “punto de culminación”, que autoriza a los acreedores a anular cerca del 80% de la deuda.

El desafío es importante: mientras que el presupuesto del gobierno no supera los 3.500 millones de

euros, de los cuales menos de 1.000 millones provienen de recursos propios, las autoridades deben dedicar cada mes entre 28,4 y 35,5 millones de euros (o sea unos 400 millones de euros anuales) para el reembolso de la deuda. Si las negociaciones fracasan, toda la deuda seguirá vigente, aun cuando los salarios de los docentes no se pagan, cuando los servicios de salud –cuando existen– son pagos, y cuando falta dinero para pagar los salarios de los militares encargados de restablecer la paz en el este del país, o para retribuir a funcionarios y magistrados; en resumen, para reconstruir el Estado. Esta deuda externa que impide la recuperación de la RDC merece el calificativo de “odiosa” (4), no solamente porque explotó a causa del juego de intereses, sino, sobre todo, porque los créditos internacionales fueron otorgados al Zaire de Joseph Mobutu para sostener, sin mostrarse muy escrupulosos, un régimen “amigo de Occidente”.

En varias oportunidades las autoridades congoleñas creyeron ver el final del túnel. Pero, junto con la mala gestión de las finanzas públicas, el FMI se refiere ahora a los acuerdos firmados con China como un obstáculo. Tras la firma del “contrato del siglo” con Pekín (5), el Fondo afirmó inmediatamente su oposición a la anulación de las deudas si el país contraía nuevos préstamos por un monto equivalente y acordaba la garantía estatal a los acuerdos comercia-

Durante la visita de Strauss-Kahn a Kinshasa, en mayo de 2009, se sugirieron fórmulas de compromiso: que la RDC se olvide, durante algunos años por lo menos, de 2.000 de los 6.000 millones de euros de créditos que le habían sido prometidos para financiar el segundo tramo de las infraestructuras y que debían ser pagados con los beneficios del proyecto minero. Enseguida, los chinos retrocedieron y las empresas francesas aprovecharon la brecha: Aeropuertos de París va a renovar el aeropuerto de N'Djili, que comunica a Kinshasa, mientras los chinos se contentarán con rehacer la pista; la prospección, y luego la explotación de todas las minas de uranio fueron confiadas a Areva...

Para la RDC, la reconciliación con el FMI y con los acreedores miembros del Club de París representa un desafío vital: en 2009, el crecimiento sólo alcanzó el 2,7%, mientras que había llegado al 8,2% en 2008, y las inversiones extranjeras sólo fueron de 570 millones de euros en lugar de los 1.700 millones esperados. Strauss-Kahn reconoció que el país era uno de los más afectados en África por la crisis financiera y recordó que en marzo de 2009 el FMI había aprobado un pago urgente de 138,5 millones de euros con el fin de hacer frente a las necesidades de liquidez.

Como la reducción de la deuda se ha convertido en un asunto más político que económico, muchos dudan de que se encuentre una solución en lo inmediato. Más

Para la RDC, la reconciliación con el FMI y con los acreedores miembros del Club de París representa un desafío vital.

les realizados con empresas chinas. Además, la institución dirigida [en ese entonces] por Dominique Strauss-Kahn parece no apreciar el trueque, algo poco ortodoxo a sus ojos.

El embajador de Pekín en Kinshasa, Wu Zexian, ex alumno de la Escuela Nacional de Administración (ENA) francesa, no duda en meterse en la pelea: “Nosotros sólo pedimos una garantía: que el Estado, en caso de que los yacimientos existentes no permitieran mantener los compromisos, nos autorice a realizar nuevas prospecciones –explica en un francés perfecto–. Los riesgos los tomaría el Banco estatal China Exim Bank, y sólo él...”. Y agrega, dejando tal vez entrever su juego: “De todas maneras, aun si las minas no alcanzaran, el Congo tiene otros recursos para ofrecer en estos acuerdos de trueque, como, por ejemplo, la tierra...”. En su opinión, la garantía del Estado, presentada como un nuevo endeudamiento, sólo intervendría en tercera instancia. “El FMI tiene mala fe. Sus representantes incluso se desplazaron hasta Pekín para disuadirnos de llegar a un acuerdo con la RDC. ¡Y esto cuando se le solicita a China comprometer miles de millones de dólares para el refinanciamiento del propio FMI!” (6).

aun cuando Estados Unidos, preocupado por la renegociación del contrato firmado con la empresa minera Tenke Fungurume, disimula su intransigencia detrás de los úcates del FMI. ■

1. Véase Tristan Coloma, “Cuando las aguas del Río Congo iluminen África”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, marzo de 2011.

2. Finalmente, las inversiones en infraestructura se redujeron a 3.000 millones de dólares. Véase Colette Braeckman, “Pekín frustra el mano a mano entre África y Europa”, en *El Atlas de Le Monde diplomatique IV*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2012.

3. Véase Raf Custers, “África revisa los contratos mineros”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, agosto de 2008.

4. Se emplea la expresión “deuda odiosa” cuando una deuda ha sido contraída por una dictadura y, después del retorno de la democracia, debe ser pagada.

5. Véase Colette Braeckman, “Saqueo de riquezas en el Congo”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, agosto de 2008.

6. Señalemos, sin embargo, que como los derechos de voto están calculados sobre la base del capital depositado, Estados Unidos representa el 17% de los votos y China el 2%, como Brasil... o Bélgica.



© Sam DCruz / Shutterstock

Crisis. Miles de congoleños viven refugiados en Uganda.

El Consenso de Pekín

Entre 2000 y 2010, China multiplicó por ocho sus intercambios con el África negra, que fueron acompañados por una política de no injerencia y desarrollo de infraestructura. Pero en muchos países, como Zambia, crecen las quejas por los contratos leoninos y las condiciones laborales.

*Periodista, *Le Soir*, Bruselas.

Traducción: Lucía Vera

Ambigua cooperación militar

Washington busca instalar su ejército

por Constance Desloire*

Tras el traumatismo de la operación “Restore Hope”, en Somalia (1992), Estados Unidos intenta desarrollar su penetración militar en África. Pero la instalación del comando estadounidense AFRICOM genera reticencias en las poblaciones y gobiernos locales.



© Les Stone / Corbis / Latinstock

Tras meses de infructuosa búsqueda, el comando militar estadounidense para África (United States Africa Command, U.S. AFRICOM) finalmente se instaló en... Stuttgart, Alemania. La creación de AFRICOM –que abarca toda África menos Egipto– marca el regreso directo de Estados Unidos a un continente que ha sido desatendido por el área de Defensa desde el traumatismo de la operación “Restore Hope” en Somalia en 1992. La estructura, que se vale de la pluridisciplinariedad (ejército, diplomacia, desarrollo), genera desconfianza y no logra presentar un equilibrio creíble en sus objetivos entre intereses estadounidenses y necesidades africanas, ni en sus medios, entre el aspecto militar y el civil. Frente a los esfuerzos de la Unión Africana, lentos y carentes de medios financieros, para crear una fuerza regional de paz, la multiplicación de asociaciones militares con Estados Unidos hace temer una “americanización” de la seguridad africana.

AFRICOM se concentra principalmente en tres regiones: el Sahel, el Cuerno de África –que acoge la única base militar permanente, de 1.800 hombres, en Djibuti– y, cada vez más, el Golfo de Guinea (que de aquí a 2020 podría proveer el 25% del petróleo estadounidense). La región del Sahel ya era objeto de la asociación transsahariana de contraterrorismo y de una “lógica de subcontratación militar” (1) de los combates, que se hizo visible durante la participación indirecta de Washington en 2004 en una operación de cuatro países contra el Grupo Salafista para la Predicación y el Combate (GSPC) argelino (2). Pero, más allá, la administración Bush imaginó AFRICOM como el motor de toda la acción diplomática, humanitaria y de desarrollo hacia el continente. Lo cual amenaza con “desdibujar las fronteras tradicionales entre diplomacia, desarrollo y defensa, militarizando así la política extranjera estadounidense”, se preocupa una fuente del Congreso (3).

Prioridad: contraterrorismo

El objetivo de AFRICOM que más se promociona es la prevención de los conflictos regionales, en comparación con el de hacer frente a la competencia china o el de garantizar la provisión de materias primas, denunciados como “mitos” por Theresa Whelan, ex subsecretaria de Defensa en Asuntos Africanos. Pero la [ex] secretaria de Estado Hillary Clinton confirmó que el islamismo radical se había convertido para Estados Unidos en el nuevo enemigo ideológico y militar, incluso en África. Particularmente, el 14 de enero de 2009 declaró ante la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado estadounidense: “En África, los objetivos en materia de polí-

tica exterior de la administración Obama están arraigados en intereses securitarios, políticos, económicos y humanitarios, que incluyen luchar contra los esfuerzos de Al Qaeda tendientes a refugiarse en los Estados fallidos del Cuerno de África*. Las guerras internas y las cuestiones de desarrollo y salud vienen después.

Sin embargo, el contratarrorismo es una prioridad estadounidense, antes que africana. En efecto, la mayor parte de la violencia que devasta al continente es resultado de guerras interestatales y sobre todo civiles, donde el terrorismo no tiene nada que ver (excepto en Argelia y Somalia) y aun menos el terrorismo internacional desterritorializado. Se trata más bien de intervenir en África para anticiparse a amenazas contra EE.UU. (un objetivo lógico para un Departamento de Defensa, aunque muy mal asumido). Al afirmar querer contribuir a la seguridad de África, Whelan declara: "AFRICOM reforzará las capacidades de las organizaciones regionales y subregionales. [...] Su objetivo es promover y sostener el liderazgo y las iniciativas africanas, no competir con ellos ni desalentarlos" (4). Pero, si bien se produjeron varios encuentros entre los representantes de AFRICOM y la Unión Africana en Addis Abeba, por el momento no se ha desarrollado ninguna actividad común. Además, los documentos oficiales estadounidenses señalan que la capacitación en mantenimiento de la paz es uno de los objetivos primordiales de EE.UU. que atañen directamente a AFRICOM, que apoyará el programa Africa Contingency Operations Training and Assistance (ACOTA), que desde 1996 ha entrenado a más de 100.000 soldados de paz.

Las futuras tropas africanas, formadas de esta manera, podrán alimentar las fuerzas de la Unión, pero volviéndola dependiente de instructores extranjeros. Las declaraciones del [ex] jefe de Estado libio Muamar Gadafi tracionan esta ambigüedad de una defensa panafricana: "Estados Unidos debería reforzar los mecanismos de seguridad de la Unión Africana para que puedan garantizar la seguridad en el continente", precisando, sin embargo, que "toda asociación que pueda ayudar al continente a resolver solo sus problemas es bienvenida" (5).

El nuevo Consejo de Paz y Seguridad (CPS) de la Unión Africana, implementado en 2004, desarrolla un proyecto de fuerza de paz continental integrada, la Fuerza Africana. Se trata de una fuerza permanente de setenta y cinco mil hombres constituida por cinco brigadas regionales multidimensionales. Por el momento, el programa estadounidense Equipo de Trabajo Conjunto Mixto - Cuerno de África (CJFT-HOA, en inglés) comenzó una colaboración con la brigada regional Easbrig junto a Nacio-

nes Unidas y la Unión Europea, en la que AFRICOM tiene una función de coordinación. Pero Argelia pudo convencer a sus pares africanos de que el terrorismo es transfronterizo y por lo tanto un desafío panafricano. Si la futura Fuerza también lucha contra el terrorismo, una de las principales razones de ser del comando estadounidense podría volverse caduca.

Rechazo unánime

La doctrina estadounidense en política exterior establece una correlación directa entre la presencia militar de Estados Unidos y la paz: "Muéstreme las regiones donde sea impensable el estallido de una guerra importante y le mostraré las bases militares permanentes estadounidenses" (6). Ryan Henry, del Departamento de Defensa, uno de los voceros de AFRICOM, ha repetido en varias ocasiones que no habría militarización de África, pero admite, con imprecisión y malestar, que pueden pre-

Se trata más bien de intervenir para anticiparse a amenazas contra Estados Unidos.

verse operaciones militares (7). Por lo tanto, es legítimo el temor de que se acreciente la dependencia hacia las potencias extranjeras. La prensa africana se hizo portavoz de un rechazo a menudo categórico. La expresión "Americáfrica" apareció en editoriales africanos, como relevo de la "Francífrica".

AFRICOM marca el regreso estadounidense a África. Podría poner fin a la negativa a implicar a hombres en combates terrestres. Pues, ¿cómo dar consistencia a AFRICOM sin acrecentar la presencia de personal en el lugar?

El anuncio, a comienzos de 2007, de la creación de AFRICOM se había efectuado con una confianza casi ingenua de Estados Unidos, que esperaba tener un comando descentralizado en África en cinco países anfitriones. A lo largo de varios desplazamientos en 2007, Estados Unidos acumuló las negativas: Argelia y Libia en junio, Sudáfrica y luego todos los países de la Comunidad de Desarrollo del África Austral (SADC) en el verano. Hubo aproximaciones a Gabón y Angola a comienzos de 2008, pero las conversaciones no concluyeron. En efecto, la reticencia manifiesta de la opinión pública de los distintos países, el consenso panafricano,

la protección de la soberanía nacional, el temor a ataques de grupos hostiles a EE.UU. y el funcionamiento hasta hoy de la cooperación militar sin tropas permanentes convencieron a 52 de los 53 Estados de África [hoy 54] de negar su suelo al cuartel general de AFRICOM. Sólo Liberia se mostró dispuesta a recibirla, pero Estados Unidos declinó la oferta.

Las declaraciones del general William Ward, comandante de AFRICOM, en marzo de 2009 ante miembros del Congreso insisten desde entonces en la importancia de los programas de cooperación, de los que los Estados africanos serían muy demandantes, más que en la localización. "No es necesario ni deseable –consideró– estar hoy en el continente, porque eso no es una parte central de lo que aportan nuestros programas a África" (8). [...] Último episodio: durante una visita al continente en agosto de 2009, Hillary Clinton mencionó a la República Democrática del Congo como posible punto de acogida pero sin dar más precisiones.

AFRICOM enfrenta desafíos importantes: la "debilidad" del presupuesto en su primer año (266 millones de dólares de los 392 pedidos al Congreso), una tendencia a la incursión hacia la diplomacia y la cooperación que los demás actores políticos y civiles viven como una usurpación y la incertidumbre respecto de la orientación del equipo Obama, que por el momento casi no se diferencia de los anteriores. AFRICOM también encubre numerosas ambigüedades que hacen dudar a los africanos: ¿serán socios complementarios o estarán en la mira? ■

1. Frédéric Leriche, "La politique africaine des Etats-Unis: une mise en perspective", *Afrique contemporaine*, Universidad De Boec, Louvain-la-Neuve, otoño boreal de 2003.

2. Véase Pierre Abramovici, "Activismo militar estadounidense en África", *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, julio de 2004.

3. Testimonio de John Pendleton ante el Subcomité de Seguridad Nacional y Relaciones Exteriores (Committee on Oversight and Government Reform, Government Accountability Office, GAO), 15-7-08.

4. Theresa Whelan, "Africa command", testimonio ante la Cámara de Representantes en el marco del Committee on Oversight and Government Reform, 16-7-07.

5. Ambroise Ebonda, "Africom: le niet de Kadhafi", *Le Messager*, Douala, 15-6-07.

6. Thomas Barnett, "The Pentagon new map", citado por Paul Cale en "Africom command. The newest combatant command", Strategic Studies Institute del US Army War College, Carlisle Barracks, Pensilvania, 2005.

7. "Pensamos que la probabilidad de operaciones de combate no es en lo que se concentra el comando", conferencia de prensa del Departamento de Defensa, 23-4-07, www.africom.mil

8. General William Ward, audición ante el Subcomité de la Cámara de Representantes sobre AFRICOM, 19-3-09.

*Investigadora en Relaciones Internacionales.

Traducción: Gabriela Villalba





Un movimiento especulativo mundial

Carrera por las tierras cultivables

por Joan Baxter*

Después de los minerales y el petróleo, las tierras africanas son objeto de la codicia extranjera. Millones de hectáreas fueron cedidas, en la mayor opacidad, por las autoridades del continente, a iniciativa de multinacionales agroalimentarias y de Estados de Medio Oriente y Asia.

El 18 y 19 de noviembre de 2009, se llevó a cabo en el Centro de Conferencias Reina Elizabeth II de Londres el Foro de los prestamistas de Sierra Leona. En el estrado, el ex primer ministro británico Anthony Blair, cuya fundación –Africa Governance Initiative– patrocinó el evento, alentó fuertemente a los participantes a adquirir tierras agrícolas en un país que, según sus palabras, “dispone de millones de hectáreas de tierras arables” (1). Llevado por su entusiasmo, Blair pareció olvidar los millones de sierraleoneses que dependen de las cosechas producidas en esas tierras.

Convencidos de obtener importantes beneficios, muchos bancos, fondos de inversión, grandes grupos industriales, Estados y multimillonarios planean instalar en África granjas industriales gigantes para producir alimentos y biocombustibles destinados en su totalidad a la exportación. Estas operaciones de venta por parcelas y de alquiler a largo plazo de tierras agrícolas suelen ser presentadas como programas de desarrollo realizados en beneficio mutuo de los poderes financieros involucrados y de los países afectados.

Entre los defensores de este enfoque figuran la Sociedad Financiera Internacional (SFI) del Banco Mundial (2) y el Fondo Internacional de Desarro-

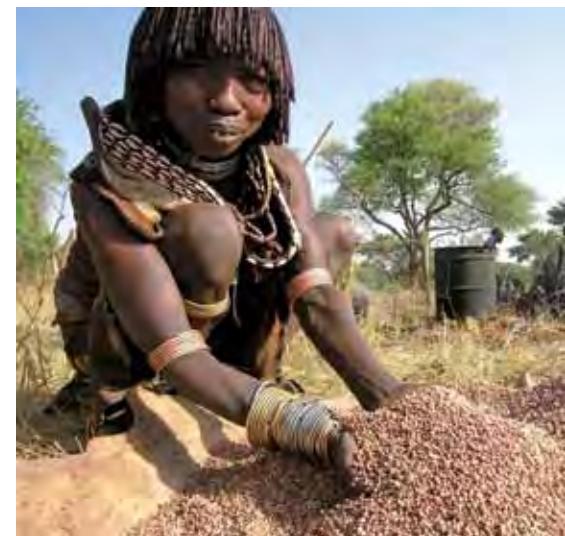
llo Agrícola (FIDA), institución especializada del sistema de la Organización de las Naciones Unidas. A pesar de las reticencias iniciales de su [ex] director, Jacques Diouf, que la consideró una “forma de neocolonialismo”, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) adhirió a dicha práctica.

Complicidades

Numerosos son los ejemplos de la gran liquidación que se está operando actualmente en África. China habría obtenido en la República Democrática del Congo (RDC) una concesión de 2,8 millones de hectáreas para implantar allí el más grande palmar del mundo (3). Philippe Heilberg, presidente y director general del fondo de inversiones neoyorquino Jarch Capital, y ex representante del gigante de los seguros American International Group (AIG), habría alquilado entre 400.000 y 1.000.000 de hectáreas en el sur de Sudán [actualmente Sudán del Sur] al señor de la guerra Paulino Matip (4). El Congo-Brazzaville ofreció a su vez a varios industriales de la agroalimentación sudafricanos 10 millones de hectáreas del precioso bosque tropical del país, a pesar de que éste se encuentra amenazado. →

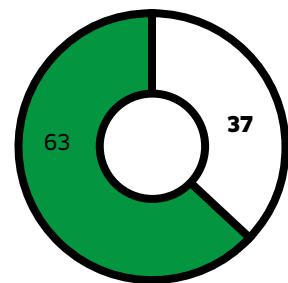


Subsistencia. La agricultura tradicional, principal sostén de muchos grupos familiares africanos, se ve amenazada por las compras de tierras destinadas a cultivos extensivos para la exportación.

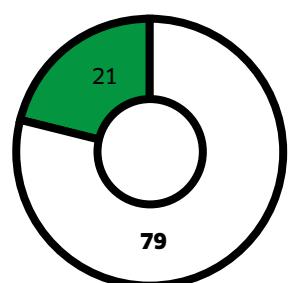


Población urbana y rural (porcentajes, 2012)

Africa subsahariana



América Latina y el Caribe



Urbana Rural

→ En noviembre de 2009, por iniciativa del hombre de negocios saudí de origen etíope Mohammed Ali Al Amoudi, cincuenta de las mayores empresas saudíes organizaron un foro en Etiopía en vista de implantar explotaciones agrícolas exclusivamente dedicadas a la exportación (5). Al mismo tiempo, el indio Sai Ramakrihsna Karuturi, en competencia con el gigante de la industria agroalimentaria Cargill, proclama poseer el mayor “banco de tierras” del continente negro, con base principalmente en Etiopía (6). En momentos en que este país, afectado por la sequía, lanza un pedido de ayuda alimentaria, su gobierno –que ya había cedido 600.000 hectáreas– se dispone a poner en el mercado otros 3 millones de hectáreas (7).

Muchos jefes de Estado africanos parecen seducidos por la idea de que exportar productos agroalimentarios sea la solución a la escasez y al desempleo endémicos. Cuentan particularmente con el apoyo de la SFI. Preocupada por crear un “clima favorable para los negocios”, ésta estableció en los países concernidos agencias de promoción e inversión. Su misión es ayudar a los inversores frente a las trabas a la libre empresa que podrían implicar las tasas y las legislaciones locales (derecho laboral, derechos humanos, protección ambiental) e, incluso, la soberanía nacional.

El argumento más habitual es la sub-explotación de los suelos. Sin embargo, las tierras en barbecho o sin cultivar permiten la regeneración de los suelos y de los ríos. Por otra parte, las poblaciones autóctonas obtienen de esas zonas forestales y de esos terrenos “inutilizados”, numerosos recursos (alimentos, fibras textiles, especies, oleaginosas, condimentos y plantas medicinales).

El International Food Policy Research Institute (Instituto de Investigación sobre Políticas Alimen-

mentarias, IFPRI) de Washington estima que entre 2008 y 2009 veinte millones de hectáreas de tierras, la mayoría en África (8), fueron vendidas o arrendadas por períodos que van de 30 a 100 años en al menos treinta países. La organización no gubernamental GRAIN, que intenta hacer un censo de esas transacciones, señala que las mismas son a menudo tan opacas y tan rápidas que resulta difícil contabilizarlas con exactitud (9).

Algunos contratos, acordados al más alto nivel, son obtenidos con total discreción, a puertas cerradas, a menudo con la complicidad de los jefes tribales. A pesar de ser considerados los custodios de las tierras, éstos suelen a menudo dejarse convencer a cambio de un empleo escasamente remunerado en la plantación del inversor.

Germen de conflicto

Preocupados por garantizar su seguridad alimentaria, los ricos Estados del Golfo, que carecen de superficies cultivables, y varios países asiáticos están entre los principales interesados por ese “mercado”. Para los operadores financieros y los grandes grupos industriales, se trata más bien de producir biocombustibles en base a productos alimentarios (caña de azúcar, aceite de palma, mandioca, maíz) o jatrofa, una planta considerada por algunos como “oro verde”, pues produce un aceite con propiedades similares al gasoil. Todo esto en países africanos en permanente lucha por su propia seguridad alimentaria, a causa de la disminución de los recursos hídricos y de cambios climáticos de los que no son en absoluto responsables.

El acaparamiento de tierras también podría afectar los equilibrios naturales. Los pequeños agriculto-

res, que producen la mayor parte de la alimentación del continente (cultivos de subsistencia) siembran una gran variedad de vegetales y participan de esa manera en la preservación de la biodiversidad (10). Esos agricultores se ven cada día un poco más amenazados por los gigantes de la industria agroalimentaria y el monocultivo que éstos promueven.

La crisis alimentaria mundial aceleró la avidez por las tierras cultivables africanas. Sin embargo, las mil millones de personas subalimentadas que hay en el mundo no son víctimas de una penuria, sino más bien de la falta de acceso a los alimentos, cuyos precios se fueron a las nubes en 2008. Ese aumento desproporcionado se debió en parte a la corriente especulativa que resultó de la decisión de los países europeos y de Estados Unidos de volcarse a los biocombustibles. Resulta paradójico que éstos sean en parte responsables de la anexión de tierras agrícolas, cuando ni siquiera es seguro que su uso permita luchar contra el cambio climático. La crisis financiera, por su parte, también tuvo un papel en ese movimiento pues, tras el crack de septiembre de 2008, los círculos financieros se dedicaron a buscar nuevas inversiones seguras y muy rentables. Para ellos, "la tierra es una inversión tanto o más segura que el oro" (11).

El Relator Especial de las Naciones Unidas sobre el derecho a la alimentación, Olivier De Schutter, lamenta que los dirigentes africanos, que firman esos acuerdos sin consultar a sus Parlamentos, compi-

bre a un nivel nunca antes conocido. En el marco de la Cumbre Mundial sobre la Seguridad Alimentaria de Roma, en noviembre de 2009, la FAO indicó que estaba trabajando, junto a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), el FIDA y el Banco Mundial, en la elaboración de un "código de buena conducta" para los inversores extranjeros. Algunas reglamentaciones internacionales podrían, por otra parte, favorecer las inversiones agrícolas "responsables". Pero se trata de compromisos muy débiles.

Sin embargo, existen soluciones. La concesión de microcréditos, la construcción de rutas que faciliten la venta de las producciones agrícolas en los mercados locales, el acceso a cursos de formación para que los campesinos perfeccionen técnicas agrícolas ya orientadas a la biodiversidad y para que transformen y almacenen mejor sus cosechas, así como la reducción de las importaciones que desvalorizan su trabajo, serían inversiones constructivas para el capital humano y agrícola de África. ■

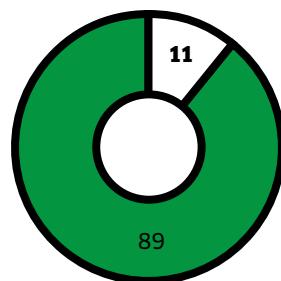
1. "Sierra Leone open for Business", Awoko, Freetown (Sierra Leona), 23-11-09.

2. Según el informe de la SFI, publicado en julio de 2009, durante 2009 se habría invertido la suma récord de 2.000 millones de dólares en la industria agroalimentaria, lo que representa un 42% más que el año precedente.

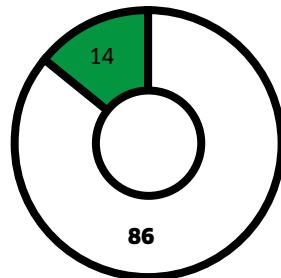
3. Olivier De Schutter, "Large-scale land acquisitions and leases: A set of core principles and measures to address the human rights challenge", Alto Comisionado para los Derechos Humanos, www2.ohchr.org

Población urbana y rural (porcentajes, 2012)

Burundi



Gabón



Urbana Rural

Los pequeños agricultores se ven cada día un poco más amenazados por los gigantes de la industria agroalimentaria.

tan entre sí, en lugar de trabajar juntos para imponer condiciones a los inversores extranjeros (desarrollar las infraestructuras o reservar al menos la mitad de las cosechas para los mercados locales). "Cuando faltan los alimentos, el inversor busca un Estado débil que no le imponga sus reglas", comenta con cinismo Philippe Heiberg (12).

Sin embargo, varias asociaciones africanas tratan de hacer oír su voz. Por ejemplo, COPAGEN, una coalición panafricana que reúne científicos y asociaciones de agricultores, y que trabaja en defensa de la soberanía sobre las semillas y los productos alimenticios. El 17 de octubre de 2009, veintisiete asociaciones locales firmaron una carta pidiendo a los dirigentes del continente que dejen de apoyar la agricultura industrial. No recibieron respuesta.

Es cierto que muchas de las operaciones de aca-paramiento de tierras agrícolas están apenas en estado de proyecto. Pero, salvo accidente, un "proyecto" está destinado a ser concretado. Y la compra masiva de tierras con el único fin de la especulación financiera conlleva el germen del conflicto, del desastre ambiental, del caos político y del ham-

4. Daniel Shepard y Anuradha Mittal, "The great land grab: Rush for world's farmland threatens food security for the poor", The Oakland Institute, Oakland (California), 2009.

5. Wudineh Zenebe, "Al-Amoudi's efforts to initiate Saudi agro investment", Addis Fortune, Addis Abeba, 29-11-09.

6. Asha Rai, "The constant gardener", The Times of India, Bombay, 26-9-09.

7. "Ethiopia is giving away 2,7 million hectares", Daily Nation, Addis Abeba, 15-9-09.

8. Joachim von Braun y Ruth Suseela Meinzen-Dick, "Land grabbing" by foreign investors in developing countries: Risks and opportunities", International Food Policy Research Institute, Washington, DC, abril de 2009.

9. "Detener el acaparamiento global de tierras", declaración de GRAIN durante la Cumbre Mundial sobre la Seguridad Alimentaria de Roma, 16-11-09.

10. Miguel A. Altieri, "Agroecology, small farms, and food sovereignty", Monthly Review, Nueva York, julio-agosto de 2009.

11. Chris Mayer, "This asset is like gold, only better", Daily Wealth, Vancouver, 4-10-09.

12. Horand Knaup y Julianne von Mittelstaedt, "Foreign investors snap up African farmland", Der Spiegel, Hamburgo, 31-7-09.

*Periodista y escritora, autora de *Dust From Our Eyes. An Unblinkered Look at Africa*, Wolsak and Wynn Publishers Ltd, Hamilton (Ontario, Canadá), 2008.

Traducción: Carlos Alberto Zito

La Unión Europea criminaliza a los migrantes

Refugiados del hambre

por Jean Ziegler*

¿Por qué tantos jóvenes africanos buscan emigrar, aun a riesgo de sus vidas? Esta pregunta no parece importarles tanto a los dirigentes europeos de las antiguas metrópolis como la búsqueda de medios para rechazar los flujos de migrantes. La Unión Europea (UE) puso en funcionamiento, en la mayor discreción, una máquina de guerra: el sistema Frontex.



© Samuel Aranda / Corbis / Latinstock

La noche era negra, sin luna. El viento soplaba a más de cien kilómetros por hora. Levantaba olas de más de diez metros que, con un estrépito aterrador, se lanzaban contra la frágil embarcación de madera. Ésta había partido diez días antes de una pequeña ensenada de la costa de Mauritania, llevando a bordo 101 refugiados africanos del hambre. Por un milagro inesperado, la tempestad arrojó la barca sobre un arrecife de la playa El Médano, en una pequeña isla del archipiélago de las Canarias. Los guardias civiles españoles encontraron en el fondo de la barca los cadáveres de tres adolescentes y de una mujer, muertos de hambre y sed. [...]

En la misma época, pero en el Mediterráneo, tenía lugar otro drama: a ciento cincuenta kilómetros al sur de Malta, un avión de observación de la organización Frontex detectó una zodiac sobrecargada con 53 pasajeros que –probablemente por una avería del motor– flotaba a la deriva sobre las olas agitadas. A su bordo, las cámaras del avión identificaron mujeres y niños de corta edad. Al volver a su base de La Vallette, el piloto informó a las autoridades maltesas, que se negaron a intervenir, pretextando que los naufragos flotaban a la deriva en la “zona de búsqueda y de rescate libia”. Intervino la delegada del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, Laura Boldini, pidiendo a los malteses enviar un barco de auxilio. Pero no hubo caso. Europa no se movió. Se perdió todo rastro de los naufragos.

Unas semanas antes, un barco en el que se apiñaban un centenar de refugiados africanos del hambre, intentando llegar a las Canarias, zozobró en medio del oleaje en las costas de Senegal. Hubo dos sobrevivientes (1).

Miles de africanos, incluyendo mujeres y niños, acampan frente a las alambradas de los enclaves españoles de Ceuta y Melilla, en las áridas montañas del Rif. Ante la cominación de los comisarios de Bruselas, los policías marroquíes rechazan a los africanos hacia el Sahara (2). Sin provisiones ni agua. Así, cientos, tal vez miles de ellos perecen en las rocas y arenas del desierto (3).

Detestable cinismo

¿Cuántos jóvenes africanos dejan su país, al peligro de sus vidas, para tratar de llegar a Europa? Se estima que, cada año, unos 2 millones de personas intentan entrar ilegalmente en territorio de la UE y que, de ese número, cerca de 2.000 perecen en el Mediterráneo y otros tantos en el Atlántico. Su objetivo: alcanzar las Islas Canarias a partir de Mauritania o Senegal, o atravesar el estrecho de Gibraltar desde Marruecos.

Según el gobierno español, en 2006 llegaron a sus costas 47.684 migrantes africanos. A los que hay que sumar los 23.151 migrantes que desembarcaron en las islas italianas o en Malta, desde Libia o Túnez. Otros tratan de entrar a Grecia pasando por Turquía o Egipto. Markku Niskala, secretario general de la Federación Internacional de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, dice: "Esta crisis fue silenciada. No sólo nadie acudió en ayuda de esa gente desesperada, sino que ni siquiera hay una organización que establezca aunque sea estadísticas que den cuenta de esta tragedia cotidiana" (4).

Para defender a Europa contra esos migrantes, la UE erigió una organización militar semi-clandestina llamada Frontex. Esta agencia administra las "fronteras exteriores de Europa". Dispone de navíos rápidos (y armados) de interceptación en alta mar, helicópteros de combate, una flota de aviones de vigilancia equipados con cámaras ultrasensibles y de visión nocturna, radares, satélites y medios sofisticados de vigilancia electrónica a larga distancia.

Frontex también mantiene en territorio africano "campos de recepción" donde se concentran los refugiados del hambre provenientes de África Central, Oriental o Austral, de Chad, de la República Democrática del Congo, de Burundi, Camerún, Eritrea, Malawi, Zimbabwe... En muchos casos, éstos caminan a través del continente durante un año o dos, viviendo como pueden, cruzando las fronteras y tratando de acercarse progresivamente a una costa. Allí es cuando son interceptados por los agentes de Frontex o sus auxiliares locales, que les impiden alcanzar los puertos del Mediterráneo o del Atlántico. Dados los considerables pagos en efectivo operados por Frontex a los dirigentes africanos, son pocos los que rechazan la instalación de esos campos. Argelia salva el honor. El presidente Abdelaziz Bouteflika afirmó: "Rechazamos esos campos. No se remos carceleros de nuestros hermanos".

La fuga de los africanos por mar se ve favorecida por una circunstancia particular: la rápida destrucción de las comunidades de pescadores en las costas atlántica y mediterránea del continente. Veamos algunas cifras.

En el mundo, 35 millones de personas viven directa y exclusivamente de la pesca, de los cuales 9 millones en África (5). Los peces aportan el 23,1% del total de proteínas animales en Asia y el 19% en África; el 66% de todos los peces consumidos son pescados en alta mar –el 77% en aguas internas–; la cría de peces en acuicultura representa el 27% de la producción mundial. La gestión del stock de peces, cuyo desplazamiento se efectúa tanto

dentro como fuera de las zonas económicas nacionales, reviste por lo tanto una importancia vital para el empleo y la seguridad alimentaria de las poblaciones involucradas.

La mayoría de los Estados del África subsahariana están sobreendeudados. Entonces, venden sus derechos de pesca a empresas industriales de Japón, Europa o Canadá. Los barcos factoría de esos países asolan la riqueza ictícola de las comunidades de pescadores, aun dentro de las aguas territoriales. Utilizando redes de malla fina (en principio, prohibidas), operan a menudo fuera de las estaciones en que la pesca está autorizada. La mayoría de los gobiernos africanos signatarios de estas concesiones no poseen una flota de guerra. No tienen ningún medio para hacer respetar el acuerdo. La piratería reina. Los pueblos costeros se mueren.

Los barcos factoría clasifican a los peces, los transforman en congelados, en harina o en conservas, y despachan su producción del barco a los mercados. Un ejemplo: Guinea Bissau, cuya zona económica tiene un formidable patrimonio ictícola. Actualmente, los bissagos, un viejo pueblo pescador, se ven obligados para sobrevivir a comprar en el mercado de Bissau, a precio de oro, conservas de pescado daneses, canadienses o portuguesas.

Hundidos en la miseria y la desesperanza, desarmados ante los predadores, los pescadores arruinados venden sus barcos barato a pasadores mafiosos o se improvisan ellos mismos como pasadores. Pero estos barcos, construidos para la pesca costera en las aguas territoriales, no suelen ser aptos para la navegación en alta mar.

Y más... Un poco menos de 1.000 millones de seres humanos viven en África. Entre 1972 y 2002, la cantidad de africanos grave y permanentemente subalimentados aumentó de 81 a 203 millones. Las razones son múltiples. La principal se debe a la Política Agrícola Común (PAC) de la UE. Los Estados industrializados de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) les pagaron en 2006 a sus agricultores y ganaderos más de 350.000 millones de dólares en subsidios a la producción y a la exportación. La UE, en particular, practica el *dumping* agrícola con un infalible cinismo. Resultado: la destrucción sistemática de la agricultura de subsistencia africana.

Tomemos el ejemplo de la Sandaga, el mayor mercado de bienes de consumo corrientes de África Occidental. La Sandaga es un universo ruidoso, colorido, oloroso, maravilloso, situado en el corazón de Dakar. Allí se pueden comprar, según las estaciones, verduras y frutas portuguesas, francesas, españolas, italianas, griegas, a un tercio o a la mitad del precio

de los productos autóctonos equivalentes.

Algunos kilómetros más lejos, bajo un sol abrasador, los campesinos wolof, con sus niños y sus mujeres, trabajan hasta quince horas diarias... sin la menor posibilidad de adquirir un mínimo vital decente.

De 52 países africanos [actualmente 54],³⁷ son países casi puramente agrícolas. Pocos seres humanos en la Tierra trabajan tanto y en condiciones tan difíciles como los campesinos wolof de Senegal, bambara de Malí, mossi de Burkina Faso o bashi de Kivu (RDC). La política del *dumping* agrícola europeo destruye su vida y la de sus hijos.

Volvamos a Frontex. La hipocresía de los comisarios de Bruselas es detestable: por una parte, organizan el hambre en África; por otra, criminalizan a los refugiados del hambre.

Aminata Traoré [escritora, militante y política malí] resumió la situación de la siguiente manera: "Los recursos humanos, financieros y tecnológicos que la Europa de los Veinticinco [actualmente Veintiocho] despliega contra los flujos migratorios africanos son, en realidad, los de una guerra en buena y debida forma entre esa potencia mundial y jóvenes africanos rurales y urbanos sin defensa, cuyos derechos a la educación, la información económica, el trabajo y la alimentación resultan pisoteados en sus países de origen, sometidos a ajustes estructurales. Víctimas de decisiones y de elecciones macroeconómicas de las cuales no son en absoluto responsables, se los expulsa, persigue y humilla cuando tratan de buscar una salida en la emigración. Los muertos, los heridos y los discapacitados de los sanguinarios acontecimientos de Ceuta y Melilla, en 2005, así como los miles de cuerpos sin vida que aparecen todos los meses en las playas de Mauritania, de las Islas Canarias, de Lampedusa, o en otras partes, son náufragos de la emigración forzada y criminalizada" (6). ■

1. *Le Courier*, Ginebra, 10-12-06.

2. El 28-9-05, soldados españoles mataron a cinco jóvenes africanos que trataban de escalar la alambrada electrificada que rodea el enclave de Ceuta. Ocho días más tarde, otros seis jóvenes negros fueron abatidos en circunstancias similares.

3. Human Rights Watch, 13-10-05.

4. *La Tribune de Genève*, 14-12-06. Véase no obstante el trabajo realizado de United y Migreurop: "Des morts par milliers aux portes de l'Europe", www.migreurop.org

5. Esta cifra excluye a las personas empleadas en la acuicultura. FAO, *La situation mondiale des pêches et de l'aquaculture*, Roma, 2007.

6. Aminata Traoré, Foro Social Mundial, Nairobi, 20-1-07.

*Sociólogo suizo. Relator Especial de la Organización de las Naciones Unidas sobre el derecho a la alimentación entre 2000 y 2008. Autor, entre otros libros, de *El imperio de la vergüenza*, Taurus, Madrid, 2006.

Traducción: Lucía Vera



Construyendo puentes sobre el Atlántico

por Gladys Lechini*

América del Sur y África son dos continentes que podrían encastrarse perfectamente si se los aproximara físicamente. Sin embargo, han estado tradicionalmente alejados entre sí, por la existencia de fuertes relaciones asimétricas entre sus países y los centros de poder mundiales.

A pesar de la afonía que históricamente rigió las relaciones entre América del Sur y África, hubo períodos donde la comunicación transatlántica fue expresiva, aunque en sus orígenes haya tenido un fuerte contenido esclavista, ya que fueron los viajes con esclavos africanos al llamado “Nuevo Mundo”, a partir del siglo XVI, los que promovieron los primeros contactos horizontales. Éstos trajeron consigo su cultura y valores aportando así muchos elementos identitarios a las naciones americanas.

A partir de la independencia de las colonias latinoamericanas de sus metrópolis ibéricas en el siglo XIX, la relación con las colonias africanas fue triangulada por Europa y, por lo tanto, de bajo perfil. La situación comenzó a cambiar en la segunda posguerra con las independencias africanas y el posterior acceso de los nuevos Estados al sistema de Naciones Unidas, punto de encuentro con los representantes latinoamericanos.

Desde entonces, la relación ha mantenido muchos altibajos en función tanto de las situaciones domésticas de los países a ambos lados del Atlántico Sur, como de los marcos externos, regionales y sistémicos, desarrollándose de este modo una vinculación horizontal con logros y retrocesos.

En esta relación los impulsos generalmente provenían de los países latinoamericanos, interesados en acercarse a los nuevos Estados africanos en un contexto de cooperación Sur-Sur, buscando acercar posiciones en los espacios internacionales multilaterales. Particularmente de México, Cuba, Brasil, Argentina y Venezuela. Este acercamiento reflejó variados modelos que respondieron a las características propias de los países y a los objetivos de los impulsos. En el caso africano fue Sudáfrica el país que tomó iniciativas para el acercamiento, cuando el régimen del apartheid desarrolló estrategias para impedir un mayor aislamiento internacional y conseguir el apoyo de las dictaduras latinoamericanas a su proyecto racista. A partir de 1994, con el ascenso de un gobierno democrático multirracial bajo la presidencia de Nelson Mandela, el objetivo sudafricano fue reinsertarse en el escenario global junto a los países del Sur.

Similitudes y diversidades

A pesar de la falta de conocimientos mutuos y de la ausencia de contactos durante largos períodos, así como de los diferentes tiempos necesarios para acceder a la independencia, es de interés remarcar algunas →

ACTIVISMO ESTRATÉGICO

Venezuela y “la petro-diplomacia”

La “Revolución Bolivariana” del ex presidente Hugo Chávez Frías marcó un quiebre con la tradicional política exterior venezolana que, desde la década de 1960, tenía como eje rector las estrechas relaciones con Estados Unidos y los vínculos comerciales Norte-Sur. Desde sus inicios, el gobierno de Chávez propuso una política exterior que fortaleciera la soberanía nacional, diversificando las relaciones externas y las redes de cooperación. En ese contexto, promovió una solidaridad renovada con África, sobre la base de la “petro-diplomacia” y, al igual que Brasil, del componente africano de su población. La estrategia comenzó a tomar forma en 2005 con un cambio institucional relevante, como la creación del cargo de vice-ministro para África, la elaboración anual de la “Agenda África” y el desarrollo de un activismo diplomático y presidencial significativo.

Uno de los datos más relevantes fue el establecimiento de relaciones diplomáticas con la totalidad de los 54 países del continente y la apertura de 10 nuevas embajadas (1), sumando 18 en total. Se suscribieron acuerdos para darles sustento jurídico a los vínculos incipientes: según Reinaldo Bolívar, viceministro para África, entre 1957 y 2004 el país había firmado apenas treinta acuerdos de cooperación con África, en tanto que para 2010 ya se habían superado los 200 convenios firmados (2). Por otra parte, Venezuela ingresó como observador a la UA, a la ECOWAS y a la Comunidad para el Desarrollo del África Austral (SADC, en inglés). Pero el mayor logro diplomático de Chávez fue la llegada de 25 jefes de Estado a la Isla Margarita para la II Cumbre ASA.

Se destacan también las contribuciones de Venezuela a los organismos internacionales para el desarrollo africano, así como el aporte financiero al Programa Mundial de Alimentos (PMA) para paliar el hambre en Burkina Faso, Kenia, Malí, Mauritania, Níger, Somalia y Zimbabwe, y a la FAO, para apoyar proyectos de intensificación agrícola para el control del agua en Burkina Faso y Malí.

Entre 2004 y 2010, en consonancia con la fuerte impronta petrolera de su política exterior, Venezuela firmó convenios en materia energética con 16 países africanos. En ellos se plasmó la intención de intercambiar información y expertos, cooperar en la explotación, producción, almacenamiento, transporte, refinación y distribución de petróleo y gas y emprender inversiones conjuntas. Durante un encuentro presidencial en 2008, Chávez y Thabo Mbeki, entonces presidente de Sudáfrica, firmaron un acuerdo energético que proponía a la empresa petrolera de Sudáfrica (PetroSA) trabajar conjuntamente con Petróleos de Venezuela S.A. (PDVSA) en la exploración de la Faja Petrolifera del Orinoco. El petróleo marca la agenda comercial venezolana y determina su inserción internacional. Así, el incremento sostenido de las exportaciones venezolanas a África se debió a las exportaciones de ese recurso energético. No obstante, las ventas a África representan el 0,79% del total exportado, frente a un 52% que se destina a Estados Unidos (3).

→ similitudes entre ambas regiones. Comprenden países en vías de desarrollo, periféricos, que comparten similares situaciones de vulnerabilidad y desafíos. Sus pueblos sufrieron el colonialismo de las potencias europeas y debieron luchar activamente para obtener sus independencias. Asimismo poseen relaciones dependientes y asimétricas con los países centrales y sus economías sufrieron los condicionamientos de los programas de ajuste estructural dictaminados por las instituciones financieras internacionales, aunque estos programas se comenzaron a aplicar en África en los ochenta y en América Latina en los noventa.

Sin embargo, estas dos subregiones no constituyen *per se* una unidad o un grupo homogéneo. Sus Estados presentan sus propias especificidades y difieren sus contextos locales, políticos y socioeconómicos en función de estructuras heredadas de las metrópolis (los portugueses y españoles se diferenciaron de los ingleses, franceses, belgas y holandeses).

Con el nuevo orden mundial posterior a la Segunda Guerra Mundial, el Sur periférico surgió marcado por la ideología de la liberación nacional, contra el colonialismo, sosteniendo los principios de la no injerencia en sus asuntos internos y con el objetivo de lograr el desarrollo económico mediante la eliminación de las asimetrías con el Norte, dando prioridad a las alianzas y coaliciones entre sí. Su puesta en escena fue en 1955, en la Conferencia de Bandung; profundizándose en los sesenta con la conformación del Movimiento de Países No Alineados (1961) y con la creación en Ginebra en 1964 del Grupo de los 77 (G77) –en el marco de la primera reunión de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD)–.

Su potencial para cooperar se puso de manifiesto con el shock petrolero de 1973 y en las resoluciones aprobadas por la Asamblea General de la ONU en 1974 sobre la Declaración sobre el establecimiento de un nuevo orden económico internacional y la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados. Pero esta cooperación multilateral falló y no consiguió rearmarse hasta el siglo XXI, con iniciativas como ASA y ASPA. La primera Cumbre de Países de América del Sur y África (ASA) tuvo lugar en Abuja, Nigeria, en 2006; y le siguieron las reuniones de Isla Margarita (Venezuela), en 2009, y de Malabo (Guinea Ecuatorial), en 2013. En tanto los encuentros entre los Estados de América del Sur y los Países Árabes (ASPA) que incluyen a diez países africanos (Argelia, Comoras, Djibouti, Egipto, Libia, Marruecos, Mauritania, Somalia, Sudán y Túnez) comenzaron en 2005 en Brasilia, y siguieron en 2009 en Doha (Qatar) y en 2013 en Lima (Perú). Se produjo asimismo el relanzamiento de la Zona de Paz y Cooperación del Atlántico Sur (1) en Luanda (Angola), en 2007.

A nivel bilateral, en tanto, las relaciones fueron creciendo y fortaleciéndose, principalmente el comercio y la cooperación científico-técnica, con diferentes tiempos y “marcas de origen”. Dos casos testigo pueden servir de modelos sudamericanos. Brasil ha mantenido una política africana a lo largo de los años, profundizando el enfoque a partir de la gestión de Luiz Inácio Lula da Sil-

1. En Etiopía, Senegal, Malí, Gambia, Benín, Guinea Ecuatorial, Angola, Mozambique, Congo y Sudán.

2. “Viceministro Reinaldo Bolívar presentó Agenda África 2009”, Aporrea, 8-4-09, www.aporrea.org

3. Fuente: Banco de Comercio Exterior de la República Bolivariana de Venezuela.

va (2003-2010) y utilizando la “diplomacia cultural” y la Cooperación Sur-Sur como paraguas protector. Argentina, por su parte, ha desarrollado una política impulsiva, con un tinte comercialista, aunque nunca llegó a mostrar un claro diseño de estrategia de acercamiento.

Brasil, un vínculo creciente

A lo largo de los últimos cincuenta años, Brasil implementó un acercamiento a los países africanos, que fue desarrollándose con altibajos y ganando en experiencia hasta que encontró un límite en la década del noventa, por la ausencia de recursos suficientes y la persistencia de problemas en los Estados de África. A medida que la construcción diplomática avanzaba se utilizó un discurso culturalista, que enfatizaba la familiaridad y la historia común a ambos lados del Atlántico, resaltando la contribución africana a la identidad brasileña así como la deuda de Brasil por haber practicado la esclavitud.

Con el ascenso de Lula a la Presidencia (1 de enero de 2003), la dimensión africana volvió a tomar fuerza de la mano de Itamaraty y de otras agencias gubernamentales, en el contexto de una política pragmática y proactiva hacia los países del Sur, orientada a la construcción de un liderazgo regional con inserción global. Rápidamente, varias acciones reflejaron la decisión del Ejecutivo y su coherencia entre política externa e interna. En el ámbito internacional, por ejemplo, el lanzamiento del Foro Brasil-África, en la ciudad de Fortaleza en junio de 2003, y la primera gira presidencial a África en noviembre de 2003. En el ámbito doméstico, la política africana respondió a las crecientes demandas de los afrodescendientes, con la aprobación el 10 de enero de 2003, de la Ley Federal 10639 –que tornó obligatorio en todos los niveles de la enseñanza, el estudio de la historia y la cultura africana y afrobrasileña– y con la creación el 21 de marzo de ese mismo año de la Secretaría Especial de Políticas de Promoción de la Igualdad Racial –para promover la igualdad y la protección de los derechos de los individuos y grupos raciales y étnicos afectados por la discriminación, con especial énfasis en la población negra–.

En paralelo, la actividad diplomática se intensificó a nivel bilateral y multilateral, a la vez que se incrementaba la relación comercial. Durante sus dos mandatos, el presidente Lula realizó 11 giras por el continente, visitando 32 países y cerrando su gestión con un viaje a Mozambique junto a la presidenta electa, Dilma Rousseff. Esta fue una clara señal de continuidad de la política brasileña, confirmada con la gira africana de Rousseff, en octubre de 2011 y los 3 viajes realizados a lo largo de 2013.

Asimismo, cabe remarcar que con la creación del Instituto Lula, el ex presidente continuó apoyando y profundizando el acercamiento africano a través de la Africa Initiative. En ese contexto, se destaca el reciente Seminario “Nuevos abordajes para erradicar el hambre en África hasta 2025”, realizado entre el 30 de junio y el 1 de julio de 2013, en Addis Abeba, sede de la Unión Africana, junto a representantes de la Empresa Brasileira de Pesquisa Agropecuária (EMBRAPA) y la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO).



© africa924 / Shutterstock

Recursos. Con el apoyo del BNDES las transnacionales brasileñas están invirtiendo fuertemente en el continente negro, principalmente en los sectores de la minería y el petróleo.

Durante sus dos mandatos, la intensa actuación de Lula tuvo su correlato en el dinamismo diplomático desplegado a través de la apertura de 19 nuevas embajadas en África, de un total de 37. Del mismo modo, aumentaron la cantidad de convenios internacionales firmados con los países africanos, los cuales ascendieron a 346, un 67% de los 519 firmados en el período 1960-2010.

En materia de acción multilateral, es importante resaltar la promoción de nuevas iniciativas, como el foro IBSA (India, Brasil y Sudáfrica) y las ya mencionadas cumbres ASA y ASPA, así como la intensificación de las actividades con la Comunidad de Países de Lengua Portuguesa –CPLP (2)–, entre las cuales figura la creación en 2010 de la Universidad de Integración Internacional de Lusofonía Afro-Brasileña (UNILAB) en la ciudad de Redenção, estado de Ceará. La misma fue inaugurada el 25 de mayo de 2011, fecha del nacimiento en 1963 de la Organización para la Unidad Africana, hoy Unión Africana.

En cuanto a la cooperación técnica, que está gestionada por la Agencia Brasileña de Cooperación (ABC) desde 1987, son datos destacables que el 50% de los gastos de ejecución se destinan a proyectos desarrollados en África y que entre 2005 y 2009 el presupuesto de la ABC para los países africanos se incrementó en un 1.578%. Las principales áreas temáticas son la agricultura, el combate contra el hambre, la preservación del medio ambiente y la salud pública. Las actividades se desarrollan a través de empresas públicas como la EMBRAPA (3) o la Escuela Nacional de Salud Pública “Fundação Oswaldo Cruz”.

Los datos del intercambio comercial también reflejan la creciente vinculación. Baste señalar que en diez años las exportaciones brasileñas aumentaron de casi 1.350 millones de dólares, en 2000, a más de 9.260 millones de dólares, en 2010, y que las importaciones desde África pasaron de más de 2.900 millones de dólares en el año 2000 a más de 11.300 millones en 2010 (4). Estos →

Escuelas

Desde 2006, Venezuela lleva adelante el programa “Apadrina una escuela en África” para asistir a establecimientos carenciados. Según datos del viceministro para África de Venezuela, el mismo ha beneficiado a más de 70.000 niños en 16 países.

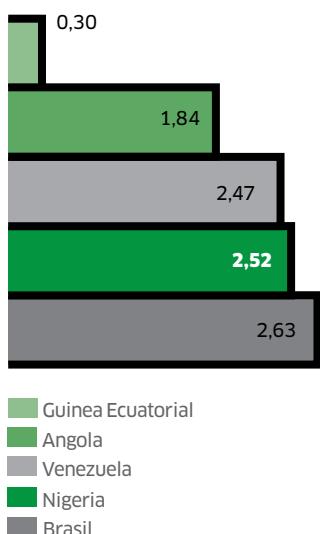
**19.000
millones de dólares**

El intercambio comercial entre el Mercosur y el África subsahariana en 2012, con saldo a favor de los africanos.



Cooperación. La agroindustria sudamericana puede aportar tecnología y maquinaria a África.

Producción de petróleo (millones de barriles diarios, 2011-2012)



→ números tienen lugar en una balanza comercial con una marcada presencia de *commodities*, que han visto incrementados sus precios en la última década.

Aunque en 2010 las transnacionales brasileñas seguían manteniendo una fuerte presencia en América del Sur, con un índice de regionalidad del 30,9%, a África le correspondió un 10%. Estas empresas se dedican principalmente a los sectores mineros y a la construcción civil y están instaladas en 22 países africanos. Junto a la petrolera estatal Petrobras, se destacan, entre otras, las constructoras Odebrecht, Mendes Júnior y el Grupo Camargo Corrêa; en tanto Vale do Rio Doce, multinacional líder en la producción de mineral de hierro y de níquel, está presente en siete países africanos, siendo Sudáfrica el socio más relevante.

El sector privado brasileño ha recibido un gran apoyo de instituciones nacionales, principalmente del Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES), que estimuló las inversiones y exportaciones a través de préstamos. El ambiente de negocios también fue promovido por la Agencia Brasileña de Exportación (APEX), que fomenta la expansión de pequeñas y medianas empresas, a través de eventos como ferias comerciales y misiones de negocios, y la Caja Económica Federal (CEF).

Así, a lo largo de la última década, las inversiones extranjeras directas (IED) brasileñas en África, crecieron de 69.000 millones de dólares en 2001 a 214.000 millones en 2009. No obstante, de este total, la región subsahariana sólo recibe una pequeña parte (124 millones de dólares en 2009), siendo Angola y Sudáfrica los principales receptores (5).

Argentina, la política por impulsos

La política exterior argentina hacia los Estados del continente africano muestra una asombrosa continuidad desde que estos países accedieron a la vida independiente, a través de un patrón de relaciones marcado por la dinámica de los impulsos, generando así una relación espasmódica (6), con altos (los impulsos) y bajos (la inercia y la no-política).

Durante los impulsos se abrieron embajadas, se enviaron y recibieron misiones diplomáticas y comerciales y se incrementó el comercio. Sin embargo este conjunto de acciones no generó una masa crítica que promoviera el diseño de estrategias para los Estados de África, porque los impulsos respondieron a iniciativas puntuales, que luego se desvanecieron. El primer impulso africano fue anterior a las iniciativas de Brasil, con la elaboración del “Plan de presencia argentina en África”, que aconsejaba ya en 1961 (cuando sólo 27 Estados africanos eran independientes) orientar la mirada argentina hacia ese continente. Consecuentemente, se envió en 1962 la misión de Juan Llamazares que recorrió ocho países africanos. Pero luego el interés decayó por problemas domésticos e internacionales marcando una regular intermitencia con picos en 1965, 1974, 1982, 1984-1986, 1995 y 1999, entre los más destacados.

Sin embargo, durante la última década, una renovada mirada hacia el Sur colocó a algunos países de África en el radar argentino, con iniciativas tendientes a facilitar la relación bilateral, tales como la apertura o reapertura de embajadas (Angola, Mozambique y Etiopía) (7) y la firma de acuerdos. Es importante subrayar que mientras que en el período 1960-2003 se firmaron 88 actas internacionales, entre 2003 y 2011 se suscribieron 70 acuerdos, lo cual es un indicador de la mayor institucionalización de los vínculos y de los intereses.

Sin embargo, y a pesar de los acuerdos y de la visita de ministros de Relaciones Exteriores y funcionarios de nivel en el continente, entre 2003 y 2012 solamente se realizaron dos viajes presidenciales por África. En 2008, la presidenta Cristina Fernández de Kirchner visitó cuatro países del África del Norte (8) en una misión comercial multi-sectorial, en cuyo marco se organizaron reuniones políticas bilaterales y se firmaron acuerdos de cooperación en agricultura, tecnología, comercio e inversiones, desarrollo social, ganadería y pesca. En 2012, la primera mandataria llegó a Luanda (Angola), acompañada de una nutrida comitiva de empresarios, para participar de la Feria Empresaria Argentina. Por otra parte, se recibieron en Buenos Aires presidentes africanos (Angola y Guinea Ecuatorial) y autoridades de alto rango como ministros y cancilleres.

En cada uno de estos encuentros bilaterales al igual que en los ámbitos multilaterales se destacó en el discurso la importancia de la cooperación Sur-Sur para la política exterior argentina. En las cumbres ASA y ASPA Argentina enfatizó que la coyuntura sistémica requiere estrechar el diálogo Sur-Sur, recuperando las coincidencias en las agendas regionales. Consecuentemente, ingresó como observador en la Unión Africana (UA) en 2009 y en la Comunidad Económica de Estados de África Occidental (ECOWAS, en inglés) en 2010.

Una herramienta principal de la cooperación técnica horizontal es el Fondo Argentino de Cooperación Horizontal (FO-AR), creado en 1992, que desarrolla sus acciones sobre tres temas: administración y gobernabilidad, derechos humanos, y desarrollo sustentable.

En el caso africano se promovió el desarrollo productivo de los sectores agrícolas y de servicios que promue-

van la preservación de los recursos naturales (9). Esta actividad pudo desenvolverse gracias a las fortalezas argentinas, a la expansión de la frontera agrícola africana y al aumento de los precios de los alimentos.

La organización por parte del Ministerio de Agricultura argentino de la visita de ministros de Agricultura africanos y funcionarios de organizaciones internacionales africanas en 2011 puso de manifiesto el interés argentino por estrechar vínculos con África en materia de agricultura y agroindustria que impliquen el traspaso de tecnología para incrementar la producción y la apertura de mercados para las empresas de maquinaria argentinas. El encuentro (10) se enmarcó en la necesidad de establecer las líneas de cooperación estratégicas para el sector agroalimentario en vistas del futuro rol de África como proveedor de alimentos.

No es un dato menor la satisfactoria balanza comercial para Argentina que se mantiene a lo largo de los años. Si bien los flujos de intercambio representan una baja porción del comercio de Argentina con el mundo, en promedio un 6% en la última década, lo importante es el salto que el mismo tuvo: de 1.275 millones de dólares en 2001 a 4.022 millones en 2010. En el período 2005-2010 el intercambio comercial se duplicó, reportándose en 2010 un fuerte superávit: se exportaron al continente 4.022 millones de dólares y se importaron 336.994 millones de dólares (11).

Los principales socios africanos de Argentina son Angola, Egipto, Marruecos, Libia, Túnez, Sudáfrica, Argelia, Nigeria, Kenia y Mozambique, países a los que se ex-

África cuenta con los recursos naturales y mercados potenciales que el resto del Sur requiere para continuar creciendo y América del Sur puede proveerle del conocimiento técnico y las experiencias que necesita para poner en marcha los dormidos músculos del desarrollo. Es por ello que debe procurar evitarse la repetición en este nuevo capítulo de la historia de lo que Mbui Kabunda (12) denomina “la maldición de las materias primas”.

A través del estrechamiento de relaciones político-diplomáticas, la promoción de negocios que traigan aparejados beneficios mutuos y el avance de la cooperación horizontal se podrán implementar modelos de asociación que apunten a promover un desarrollo sustentable en beneficio de sus respectivas poblaciones. ■

1. La ZPCAS surgió en 1986 para prevenir la creciente militarización de la región y la injerencia de potencias extra-regionales. Pasó por varios períodos, resultado tanto de los cambios sistémicos como de los procesos políticos y económicos domésticos que vivían los países a ambos lados del Atlántico, *aggiornando* y modificando sus objetivos. Desde su creación se realizaron las siguientes reuniones ministeriales: Brasilia (1988 y 1994), Abuja, Nigeria (1990); Sommerset West, Sudáfrica (1996); Buenos Aires (1998) y Luanda.

2. Los países africanos de la CPLP son Angola, Cabo Verde, Guinea Bissau, Mozambique y Santo Tomé y Príncipe.

3. En mayo de 2010 se acordó el Diálogo Brasil-África sobre la Seguridad Alimentaria, Nutrición y Desarrollo Rural, en el marco del cual Brasil está ejecutando diez proyectos piloto en el continente y brinda cursos de formación en agricultura familiar.

4. Ministerio do Desenvolvimento, Indústria e Comércio Exterior, 2011.

5. Instituto de Pesquisa Económica Aplicada, Banco Mundial, *Ponte sobre o Atlântico. Brasil e África Subsaariana: parceria Sul-Sul para o crescimento*, 2011, www.ipea.org.br

Agricultura

A fines de agosto de 2013 se realizó en Santiago del Estero el II Encuentro de Ministros de Agricultura de África subsahariana y de Argentina. Allí, el ministro argentino, Norberto Yauhar, anunció el desarrollo del Programa *Agricultores sin Fronteras* para aportar la experiencia y las prácticas agrícolas del país al continente negro.

Durante la última década, una renovada mirada hacia el Sur colocó a algunos países de África en el radar argentino.

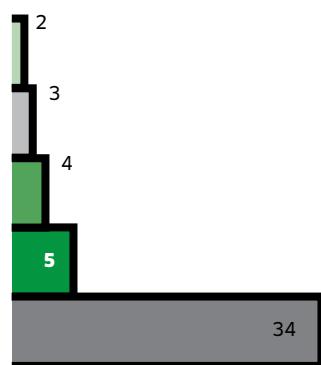
portan principalmente materias primas, pero cada vez con un mayor componente de productos con valor agregado, tanto en productos de consumo terminados como maquinarias y equipos de transporte. El caso argentino muestra que a pesar de la supremacía de los productos oleaginosos, agropecuarios, cereales y lácteos, los productos industriales y los combustibles también están presentes, lo cual implica un cierto potencial para insertarse en el mercado africano. En cuanto a las importaciones desde África, se centran en combustibles minerales y productos químicos.

Beneficios mutuos

Los Estados de América del Sur han estado históricamente alejados de África, manteniendo esporádicas relaciones, producto de sus inserciones dependientes de los centros mundiales. Gracias a los cambios en el sistema internacional y la relocalización y emergencia de nuevos ejes de poder, África está más cerca de la región latinoamericana, con posibilidades de estrechar los lazos horizontales, avanzar en el conocimiento mutuo y desarrollar variadas aristas de cooperación Sur-Sur, tanto en términos de asociaciones políticas multilaterales como a través de la cooperación científico-tecnológica.

Gasto militar

(miles de millones de dólares corrientes, 2010)





Nigeria
Argentina
Angola
Sudáfrica
Brasil

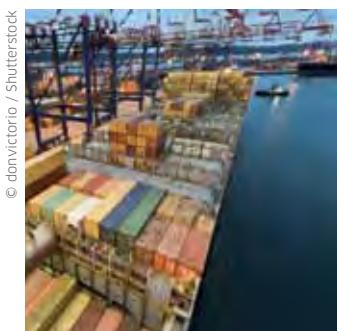
*Profesora titular de Relaciones Internacionales en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario (UNR, Argentina). Investigadora principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y directora del Programa de Relaciones y Cooperación Sur-Sur (PRECSUR).

Primera potencia del continente

Sudáfrica se expande

por Augusta Conchiglia*

La “nación arco iris” ambiciona representar a África en el seno de un Consejo de Seguridad de la ONU reformado. Pero el país, socio económico decisivo e importante inversor, mantiene relaciones complicadas con sus vecinos.



© donvictorio / Shutterstock

Exportaciones. Los productos sudafricanos invaden la región.

Una cuarta parte del Producto Interior Bruto (PIB) del continente –350.000 millones de euros en 2011– y aproximadamente dos tercios del de África Austral dependen del antiguo país del apartheid, convertido en la primera potencia económica africana y la vigésimo séptima del mundo. 127 empresas sudafricanas realizan el 62% del volumen de negocios de las 500 primeras empresas del continente, en la agroindustria, la química, las finanzas, la gran distribución, la producción de electricidad y las minas (el país es el primer productor de oro y de platino del mundo). Esta herencia viene de lejos. Forzada a la autarquía por las sanciones internacionales, la Sudáfrica del apartheid supo preservar su “espacio vital”, es decir, una gran parte de la región austral, que durante mucho tiempo fue su reserva de mano de obra, de recursos naturales y su mercado cautivo: por una parte, los países enclave, y por otra, Namibia, anexada y ocupada por Pretoria desde 1918, y Mozambique, rico en hidrocarburos y en recursos hidroeléctricos codiciados por una Sudáfrica desprovista de petróleo y pobre en agua.

El fin del apartheid favoreció la internacionalización de grandes conglomerados de empresas y su expansión en el continente, donde las inversiones sudafricanas se multiplicaron por diez desde 1997. El ala izquierda del Congreso Nacional Africano (ANC, en inglés) en el poder lamenta públicamente que estas inversiones privadas y públicas hayan sido decididas a partir de criterios de pura rentabilidad económica. Y se sorprende de que, pese al “voluntarista” discurso oficial de la Nueva Alianza para el Desarrollo de África (NEPAD), la ocasión que ofrecía la expansión de los grandes conglomerados de reforzar las alianzas en torno a planes regionales de desarrollo concretos se haya dejado pasar.

Invitada por una parte de las élites africanas a transformarse en una potencia benéfica tras el advenimiento de la democracia no racial, la Sudáfrica de Nelson Mandela dudó en encarnar tal liderazgo debido al pasivo acumulado durante los años de desestabilización regional. Al asumir en cambio el papel de mediador en numerosas crisis, el poder buscó imponer su modelo de diálogo como receta universal para la resolución de los

conflictos. Un enfoque moderadamente apreciado en el continente: por lo general ha sido percibido como una continuación de la política occidental. Para pesar de los militantes sudafricanos, el sucesor de Mandela, Thabo Mbeki, colocó la cuestión de la soberanía de los Estados por delante de la de los derechos humanos (Zimbabwe), rechazando las estigmatizaciones occidentales de los “Estados canallas”. Aunque manteniendo las mejores relaciones con las grandes potencias, el gobierno de Mbeki participó activamente en la reforma de la “gobernanza mundial”, preconizando una nueva relación de fuerzas y el progreso del multilateralismo.

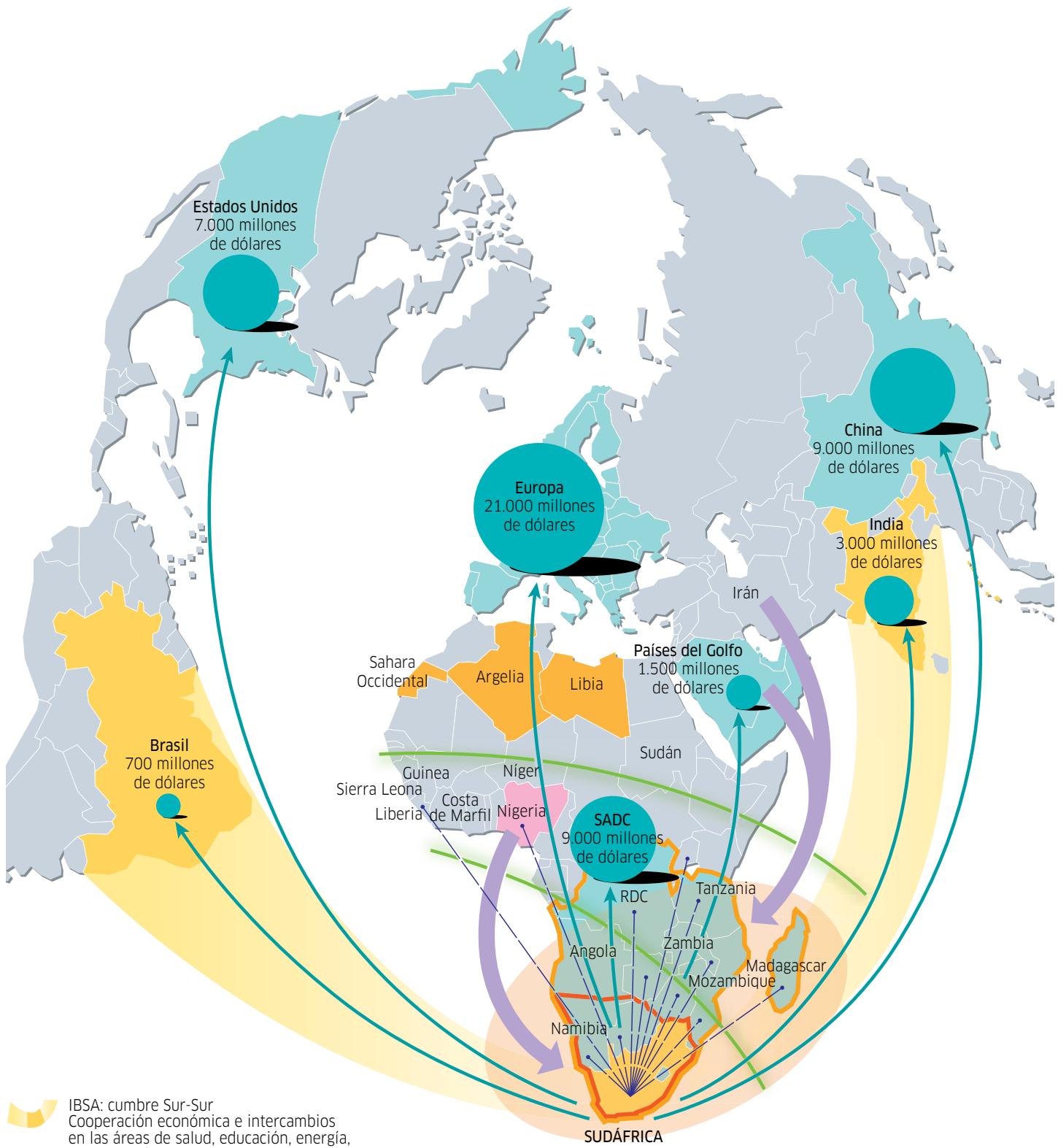
La desigualdad, el talón de Aquiles

El poder, en sus discursos oficiales, muestra que trata de salir del terreno de la contestación “minoritaria” (No Alineados, Unión Africana) para entrar en las grandes ligas, con los países emergentes más fuertes, y tratar de cambiar las reglas del “gran juego planetario”. Este esfuerzo condujo a la creación del IBSA (India, Brasil y Sudáfrica) y, especialmente, al ingreso del país en el G20. Jacob Zuma, elegido Presidente en mayo de 2009, potenció esta tendencia al aliarse con China, que se convirtió en el segundo socio económico de Sudáfrica, apenas detrás de la Unión Europea. En diciembre de 2010, Pekín patrocinó el ingreso de Pretoria en el BRIC (Brasil, Rusia, India y China), que se convirtió en BRICS.

El talón de Aquiles del ANC es su incapacidad, a pesar de su cómoda mayoría en el Parlamento, para reducir las abismales desigualdades sociales, entre las más importantes del mundo. Frente a un sector privado extremadamente poderoso y la preponderancia de un sector terciario que crea poco empleo, el gobierno no logra modificar el marco económico liberal que eligió después de 1994. El aumento de las tensiones sociales y del discurso demagógico, racista incluso, en el seno del ANC terminará imponiendo, a largo plazo, una reflexión sobre las condiciones de la cohesión futura de la “nación arco iris”. ■

*Periodista.

Traducción: Fundación Mondiplo



IBSA: cumbre Sur-Sur
Cooperación económica e intercambios
en las áreas de salud, educación, energía,
investigación y defensa

Comunidad para el Desarrollo
del África Austral (SADC)

Unión Aduanera de África Austral (SACU)

Presencia de compañías multinacionales
sudafricanas en el continente africano
(extracción de materias primas, finanzas, servicios)

Área de influencia directa
 Vínculos políticos históricos
 Potencia emergente rival

Principales países beneficiarios
de la ayuda al desarrollo sudafricana
 Vínculos económicos importantes
Monto de los intercambios
 Principales proveedores de
petróleo y de gas



4

La cultura, refugio de la dignidad

LO VIVIDO, LO PENSADO, LO IMAGINADO

Una nueva generación de artistas, nacidos tras las independencias, está revolucionando el paisaje estético subsahariano. En ruptura con la visión militante de un arte político y social, los jóvenes escritores, dramaturgos, cineastas, músicos, ofrecen una visión más introspectiva, pero no por ello menos comprometida, de la turbulenta realidad africana, inmersa en un contexto de globalización y emigración. Exploran nuevos territorios para reappropriarse de su historia y labrar su devenir.





Una nueva generación de escritores

Mientras escriba, África vivirá

por Tirthankar Chanda*

Caracterizada por la “negritud” y el compromiso político, la literatura africana francófona parece estar operando un cambio radical. Autores nacidos tras las independencias reivindican la universalidad de un arte que ya no sólo habla de África, sino del mundo. Sus obras, escritas en primera persona, revelan nuevos combates.

Con la desaparición, en diciembre de 2003, del escritor marfileño Ahmadou Kourouma, finalizó una época fundacional para las letras africanas modernas. Un período rico en invenciones, como la de la propia literatura africana francófona. Esta noción es tanto más compleja y paradójica cuanto que se definió de entrada como una literatura de cuestionamiento de la dominación colonial y de afirmación de la diferencia africana, expresándose a la vez en la lengua del colonizador. Anticolonial, tomó de la literatura europea sus códigos (realismo) y sus convenciones (exotismo) para significar África.

Estas contradicciones no impidieron a los escritores africanos francófonos producir, desde el comienzo, una literatura original, fuerte, “bella como el oxígeno naciente”, según la expresión de André Breton (1). La novedad y la “indispensabilidad” que traduce esta expresión se aplican al conjunto de la poesía de la negritud, que fue el primer movimiento de esta sinfonía literaria.

Luego los talentos fueron irrumpiendo progresivamente en los demás géneros: el teatro, la autobiografía y, por supuesto, la novela, que Kourouma, junto con el congoleño Sony Labou Tansi, el camerunés Mongo Beti y el senegalés Ousmane Sembène, supieron adaptar magistralmente al imaginario y al decir africanos. A esta literatura comprometida socialmente y caracterizada por la afirmación de la negritud le sucedió una nueva generación de escritores, en los albores de los años 90. Estos au-

tores se caracterizan por su confuso interés en distanciarse de cualquier misión de compromiso y testimonio sobre África, situando a la vez sus relatos en las turbulencias de sus países de origen. Expresan y reivindican preocupaciones en ruptura con las de sus predecesores.

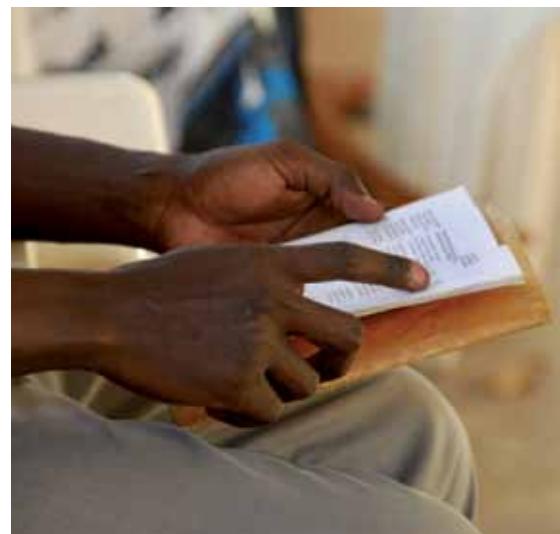
Pasión, denuncia y resistencia

Lo que constituyó el éxito de las primeras generaciones fue su visión de una literatura relacionada directamente con lo político y lo social. A través de los diferentes registros a su disposición –de lo satírico al realismo social, pasando por lo mitológico, lo barroco, lo mágico y lo lírico–, intentaron expresar lo real en todo lo que tiene, a la vez, de sublime e insoportable. Así, el mismo interés por expresar la realidad de los pueblos negros caracteriza tanto la obra “celebrativa” de los poetas de la negritud (Léopold Sédar Senghor o Aimé Césaire) como la ficción poscolonial africana de los primeros años de la independencia, en cuyas páginas se muestran los mil males del África contemporánea.

Kourouma fue a menudo percibido en ruptura con la literatura militante y anticolonial de la primera generación debido a sus experimentaciones innovadoras con la forma (novelesca) y con el francés, que, particularmente en su primera novela, *Les Soleils des indépendances* (2), integra con acierto las palabras y estructuras del malinké, su idioma natal. Pero el genio de Kourouma consistió también en narrar de una manera épica las tensiones de su tiempo. →

Parojoas de Hollywood

La producción de la película *Blood Diamond* (2006), sobre el tráfico de diamantes durante la guerra civil en Sierra Leona, que contó con la actuación de Leonardo Di Caprio, costó unos 100 millones de dólares. En 2012, el presupuesto estimado de Sierra Leona fue de 728 millones de dólares.



© africag24 / Shutterstock

Libros. La industria editorial es prácticamente inexistente. Muchos escritores recurren a editoriales europeas.



© Giulio Napolitano / Shutterstock

Vasijas. Las mujeres transportando recipientes en busca de agua constituyen una postal típica en muchos países.

© Trevor Kittelby / Shutterstock



Dogón. Grupo étnico animista tradicional del centro de Malí.

→ Con cuatro novelas que exploran los momentos fundacionales del África moderna –la colonización, la independencia, las dictaduras y las guerras tribales–, pero también criticando de manera virulenta las dictaduras poscoloniales, el escritor marfileño continuó el proyecto referencial y militante de sus predecesores, ampliando su trama al devenir de África.

El marco teórico de este compromiso literario y artístico africano había sido establecido por las grandes manifestaciones que caracterizaron los años 50, 60 y 70, los “treinta gloriosos” de las letras africanas. Se recuerdan particularmente los dos primeros congresos de escritores y artistas negros que se celebraron respectivamente en París en 1956 y en Roma en 1959, por iniciativa de Alioune Diop, de *Présence africaine*. Sus conclusiones sobre la función y la responsabilidad de la literatura, ampliamente inspiradas en el pensamiento sartreano de “una literatura apasionadamente ocupada del tiempo presente e interesada en tomar posición en el debate político” (3), orientaron durante mucho tiempo la práctica literaria en África. El continente negro emergía entonces de siglos de servidumbre y explotación colonial que habían profundamente alterado su imagen de sí y la percepción que los demás pueblos tenían de él. Contaba con sus escritores y artistas para devolverle su dignidad favoreciendo “la expresión verdadera de la realidad de [su] pueblo durante mucho tiempo oscurecida, deformada o negada” (4).

Senghor, Césaire, [Léon-Gontran] Damas, que ya eran poetas confirmados y reconocidos en esa época, pero también novelistas como Mongo Beti, Bernard Dadié, Cheikh Hamidou Kane o Ousmane Sembène,

que cobraban entonces protagonismo, respondieron a esta expectativa inscribiendo la revuelta frente a la opresión y la alienación sufridas por sus hermanos de raza en el corazón mismo de sus obras. Bajo sus plumas, la literatura africana se volvió denuncia, cuestionamiento y resistencia. “Volvería a este país que es mío y le diría: [...] mi boca será la boca de tus desgracias que no tienen boca, mi voz la libertad de estas otras voces que se desploman en el calabozo de la desesperación”, escribió Césaire.

La experiencia de lo indecible

Kourouma fue sin duda uno de los últimos monstros sagrados de este movimiento. La nueva generación de escritores de los años 90 rompió con esta visión militante para desarrollar nuevas formas literarias marcadas por la introspección con un trasfondo de globalización y emigración. En 2001, el dramaturgo togolés Kossi Efoui, uno de los escritores sin duda más talentosos del nuevo semillero literario, armó un escándalo en el festival “Étonnantes Voyageurs” de Bamako al afirmar que “la literatura africana no existe” (5). Y agregó: “El escritor africano no es un empleado del Ministerio de Turismo, no tiene la misión de expresar el alma auténtica africana”. La senegalesa Fatou Diome, quien tuvo en 2003 un gran éxito editorial con su primera novela, *Le Ventre de l'Atlantique* [En un lugar del Atlántico, Lumen, Barcelona, 2004], sostiene por su parte que ella “no habla en nombre de una sociedad”: “No soy la vocera de África” (6).

En un importante artículo titulado “Los hijos de la poscolonial”, el teórico del grupo, el djibutiano Abdourahman A. Waberi, explicó este rechazo de la africanidad en los escritores africanos contemporáneos:



Estilos. La identidad cultural de las comunidades senufo, rica en arte y rituales, se refleja hasta en sus peinados.

ráneos a través de la migración, el exilio, el mestizaje. Al vivir en Francia, algunos desde que nacieron, se niegan a definirse solamente como africanos. “Exagerando un poco –continúa Waberi–, podría decirse que antes se consideraban primero negros, mientras que hoy se considerarían primero escritores y accesoriamente negros”. Resulta significativo, recuerda Waberi, que “el tema del retorno al país natal prácticamente desapareció del paisaje novelesco africano: es el tema opuesto (la llegada del africano a Francia) el que es furor en los jóvenes escritores” (7).

Según el académico Odile Cazenave, la tendencia es a la autoexploración. “A diferencia de sus predecesores, ofrecen una mirada de naturaleza y alcance diferentes. Se trata de una mirada ya no orientada necesariamente hacia África, sino más bien hacia sí



Ritmos. África es la madre patria de los principales géneros musicales del siglo XX. En América, las poblaciones negras crearon el soul, el jazz, el blues, el rock, el candomblé, la salsa...

ción de la identidad les permite renovar la aprehensión de África y del pueblo negro” (9).

Sin embargo, los jóvenes escritores no se desinteresan por completo de las convulsiones que sacuden a su continente maltrecho. A excepción quizás de un Kossi Efoui, que construyó una obra singular sin referencias precisas y en sintonía con su cuestionamiento del esencialismo y el culturalismo subyacentes al pensamiento de la negritud, la nueva generación de novelistas abreva en las esperanzas y las desilusiones de sus países de origen lo esencial de su materia prima. Buscando a la vez los medios estéticos y formales apropiados para “desexotizar” el discurso de los orígenes y volverlo universal. “En realidad, nunca dejé de hablar de la cuestión negra, pero trato de que mi teatro involucre a cada ser hu-

Sobre tablas

La edición 2013 del prestigioso Festival d’Avignon (Francia) tuvo como invitada de honor a África, que fue representada con 21 obras teatrales, muy celebradas, en las cuales sus dramaturgos trataron los variados temas que cruzan al África negra, de la colonización a la globalización, pasando por el genocidio en Ruanda.

A través de los diferentes registros, intentaron expresar lo real en todo lo que tiene, a la vez, de sublime e insoportable.

mismos [...]: escrituras del sí mismo africano, ‘escrituras africanas de sí mismos’, para retomar la expresión y el concepto de Achille Mbembe, demuestran la posibilidad de autoescribirse y pensarse fuera de las prescripciones del Occidente/antiguo poder colonizador” (8).

Sylvie Chalaye, especialista en teatro africano, observa la misma tendencia en las nuevas escrituras teatrales que, explica, “abandonan el terreno minado de la africanidad por una inscripción más amplia en el mundo. Este nuevo posicionamiento donde la pertenencia a la humanidad prevalece sobre la fija-

mano a través de la singularidad de la experiencia vivida de lo Negro” (10), explica el hombre de teatro Koffi Kwahulé.

Es a través de lo alusivo, lo mítico y lo fascinante que el chadiano Koulsy Lamko y el malgache Jean-Luc Raharimanana logran, por su parte, “hacer ver los valores de eternidad” implicados en las situaciones históricas africanas, a menudo centrales en sus relatos (11). Bastante aislado, el escritor senegalés Boubacar Boris Diop, que en 2004 publicó su primera novela en wolof (12), lamenta la “despolitización” de las élites artísticas africanas y busca →

“El campo de la excisión”

por Ahmadou Kourouma*

“[...] Salimata jamás olvidará la concentración de chicas en plena noche, la marcha en fila india por la selva, el rocío, el riachuelo vadeado, los cantos chillones de las matronas que las flanqueaban y la llegada a un campo desherbado y labrado, al pie de un monte cuya cumbre arbola da se perdía en la niebla, y el grito de las matronas indicando “el campo de la excisión”. ¡El campo de la excisión! [...]”

... La llegada al campo de la excisión. Volvía a ver por turnos a cada chica desatarse, arrojar el pareo y a sentarse sobre una vasija volcada; y a la escisora, la mujer del herrero, la gran bruja, avanzar, sacar el cuchillo, un cuchillo de hoja encorvada, presentarlo a las montañas y cercenar el clítoris considerado como la impureza, la confusión, la imperfección, y la operada levantarse, dar las gracias a la cirujana y entonar el canto a la gloria y la bravura repetido en coro por toda la asistencia. Salimata oía de nuevo los ecos amplificados por los montes y los bosques, esos ecos que ahuyentaban a los pájaros de los follajes y despertaban el gañido de los cinocéfalos. Se acordaba de que en aquel momento, de sus entrañas bramaba y subía todo el espanto que había sentido al oír todas las historias de las muchachas que habían fallecido en el campo. Le venían a la mente sus nombres, el nombre de las que sucumplieron bajo el cuchillo. El campo solamente retenía a las más incomparables entre las hermosas (¡como Salimata!). Se había quedado Moussogbê, de la promoción de su madre, una beldad de la que todavía se acordaba todo el Horodugu. Nouna, cuya nariz tenía la rectitud del hilo tendido, hacía cuatro harmatañes que tampoco había regresado de él. Salimata buscó en vano sus tumbas. Las tumbas de las no regresadas y no lloradas porque eran consideradas como sacrificios para la felicidad del pueblo. El bosque había cubierto sus sepulturas. Salimata se acordaba de cuando le llegó el turno, cuando se le acercó la cirujana. Arreciaba entonces el barullo de las matronas, de las operadas desencadenadas, de los carroñeros y de los ecos devueltos por los montes y los bosques. El sol salía, se enrojecía detrás de los follajes. Los carroñeros surgían de entre el follaje y las nieblas, atraídos por el olorcillo de la sangre. Sus vuelos giraban encima de las cabezas emitiendo gritos y graznidos salvajes. La cirujana se acercó a Salimata y se sentó, con los ojos inyectados, los brazos y las manos repugnantes de sangre y una respiración cansada. Salimata se entregó con los ojos cerrados y el flujo del dolor trepó de la entrepierna a la espalda, al cuello y a la cabeza para descender de nuevo a las rodillas. Quiso incorporarse para cantar pero no pudo, le faltó aliento, el calor del dolor le tensó los miembros y la tierra pareció terminarse bajo sus pies; y las asistentes, las demás escisas, la montaña y el bosque parecieron volcarse y volar en la niebla y el día naciente; la torpeza pesó sobre los párpados y las rodillas, ella se rompió y se desplomó sin fuerzas. [...]”

*Escritor marfileño (1927-2003). Este texto ha sido extraído de la novela *Los Soles de las Independencias* (Alpha Decay, Barcelona, 2005), publicada originalmente en francés en 1970.



© Hector Conesa / Shutterstock

Infancia. Los niños representan un gran porcentaje de la población subsahariana. Uno de cada tres trabaja.

→ nuevas formas de compromiso, especialmente en torno a la crítica de la globalización y la francofonía.

Paradójicamente, la decisión que tomó Diop de escribir en adelante en su lengua materna –decisión que sigue siendo excepcional en el campo literario francófono– proviene tanto de una forma de compromiso político como de la búsqueda de una coherencia estética: acercar al escritor africano a su imaginario. Más abiertamente político fue el derrotero de la pléyade de jóvenes escritores que consagraron una antología de novelas cortas a la infamia del “África francesa” (13). Pero es quizás la revista *Africultures* la que refleja la intensidad del debate en torno a la “inútil utilidad de la literatura”, según la expresión de Boniface Mongo-Mboussa (14).

Este dilema entre africanidad y universalidad, entre compromiso y libertad del artista, ya estaba en el corazón de los debates que se desarrollaron en Yamena (Chad), en 2003, en el marco del nuevo Congreso de Escritores de África y sus Diásporas. Organizado por el chadiano Nocky Djedanoum y la marfileña Maïmouna Coulibaly –conocidos por acoger en Lille durante más de diez años el Fest’Africa (15), único festival francés dedicado a las culturas africanas–, el congreso de Yamena reunió a un centenar de escritores y artistas negros provenientes del mundo entero. Su tema fue justamente “Paz y guerras: el compromiso en cuestión”. Rápidamente, los participantes se pusieron de acuerdo sobre los límites de un compromiso literario clásico. Sobre todo después del genocidio en Ruanda (1994).

En 1998, Nocky Djedanoum había organizado en Kigali un encuentro de escritores con el fin de inscribir el genocidio ruandés en el imaginario literario africano. Este proyecto, “Ruanda: escribir por



Educación. Uno de los ámbitos más postergados en el África subsahariana. Según UNICEF, en 2011, en diez países de la región más del 50% de la población adulta era analfabeta. La región albergaba el 21,4% de analfabetos adultos del mundo.

el deber de la memoria”, derivó en una decena de libros que explican, a través de la ficción, la locura, el odio inhumano de genocidas demasiado humanos y el sufrimiento de las víctimas y los sobrevivientes. Esta experiencia de lo indecible y el silencio fue un momento importante, incluso un giro en la historia literaria africana, porque mostró a la vez la necesidad y la imposibilidad del compromiso. Fue una toma de conciencia fundamental para el escritor africano, quien, alimentado de medio siglo de discursos mesiánicos sobre la literatura, duda sobre la adecuación entre lo real y el relato. “El lenguaje es, como se observa en cada crisis, inadecuado para decir el mundo y todas sus infamias, las palabras siguen siendo pobres muletas encلنques, siempre al borde del desequilibrio” (16), escribió Waberi a su regreso de Ruanda.

Sin embargo, es necesario seguir escribiendo para decir el mundo, para interrogarlo. Es lo que hacen los escritores africanos. Con desesperanza, ya que el ideal de una literatura capaz de cambiar el mundo se desmoronó. Pero la joven generación escribe con la certeza de que, mientras escriba, vivirá. África vivirá. Es sin duda el poeta chadiano Nimrod quien supo expresar mejor esta urgencia: “Sólo nos queda la cultura. [...] Mientras trabajemos en explotar nuestro fondo, mientras sepamos pintar, escribir y pensar el enigma de nuestro ser en el mundo, mientras subsistan en nuestros países una selva ecuatorial, el Sahel y el canto de los bozoz, viviremos” (17). ■

1. Prólogo de *Cahier d'un retour au pays natal* [Cuaderno de un retorno al país natal], de Aimé Césaire, Présence africaine, Dakar-París, 1947.
2. Le Seuil, París, 1970. En castellano: *Los Soles de las Independencias*, Alpha Decay, Barcelona, 2005.

3. Benoit Denis, *Littérature et engagement: de Pascal à Sartre*, Seuil, col. “Points”, París, 2000.
4. *Présence africaine*, números 24-25 y 27-28 (nueva serie), 1959, dedicados al Segundo Congreso Internacional de Escritores y Artistas Negros.
5. Jean-Luc Douin, “Ecrivains d’Afrique en liberté”, *Le Monde*, 22-3-02. Sobre el festival “Étonnantes Voyageurs”, véase Thérèse-Marie Deffontaines, “Jóvenes malíes en busca de identidad”, marzo de 2007, www.eldiplo.org
6. Moussa Sawadogo, “Littérature francophone subsaharienne : un manque de popularité”, *Le Courrier ACP-UE*, Bruselas, mayo-junio de 2002.
7. “Nouveaux paysages littéraires”, *Notre librairie*, N°135 y 136, París, septiembre-diciembre de 1998.
8. Odile Cazenave, *Afrique sur Seine : une nouvelle génération de romanciers africains à Paris*, L’Harmattan, París, 2003.
9. Sylvie Chalaye, “Des dramaturges qui se pensent au monde”, *Agricultures*, N° 54, París, enero-marzo de 2003.
10. *Ibid.*
11. Véase Jean-Luc Raharimanana, *Nour 1947*, Le Serpent à plumes, París, 2003.
12. *Doomi golo*, éditions Papyrus d’Afrique, Dakar, 2004.
13. *Dernières nouvelles de la Françafrique*, Vents d’ailleurs, La Roque-d’Anthéron, 2004.
14. *Africultures*, N° 59, abril-junio de 2004.
15. www.nordnet.fr/festafrika
16. Abdourahman A. Waberi, *Moisson de crânes: textes pour le Rwanda*, Le Serpent à plumes, París, 2000.
17. Nimrod, *Tombeau de Léopold Sédar Senghor*, Le Temps qu’il fait, Cognac, 2003.

Nollywood

La industria cinematográfica nigeriana, producida principalmente en video y difundida en todo el continente, se ha convertido en la segunda mayor productora mundial. Ghollywood, la industria de Ghana, sigue sus pasos.



© Sam DCruz / Shutterstock

Fauna. Los animales ocupan un lugar central en el imaginario.

Ciencia ficción

Visiones del porvenir

por Alain Vicky*

Una revolución cultural, y política, se extiende a lo largo del continente negro: una nueva generación de artistas africanos se apodera de la ciencia ficción y ocupa un territorio estético virgen. Describen un mundo invertido, plasmando los miedos y deseos colectivos, para transmitir su propia visión del desarrollo.



Ejos de los radares mediáticos, un grupo de artistas jóvenes africanos, nietos de las independencias, negros y blancos, conectados por algunos blogs y por un puñado de nuevas revistas panafricanas, están provocando una revolución cultural en el continente, ocupando un territorio hasta entonces reservado a las imaginaciones occidentales: el de la ciencia ficción. Para parafrasear al filósofo senegalés Souleymane Bachir Diagne, en un continente en que la fábrica del porvenir está en crisis, el sentido viene del futuro. De ello se hacen eco los “hombres invisibles” del colectivo 3D Fiction, comprometidos con “la posibilidad de una escritura compartida sobre el porvenir de Dakar”, cuando afirman: “El futuro invocado por el relato hace nacer un nuevo tiempo presente, que cuestiona nuestro presente” (1).

Hasta fines de los años 2000, para el continente africano la contra-utopía, el despliegue de un mundo temido –una de las dimensiones de la ciencia ficción–, no tenía razón de ser: con el presente alcanzaba. Pero hoy la modernidad sacude el presente: al norte de Malí, hasta hace poco podía uno cruzarse con “tipos duros, armados, que en su cabeza viven como en el siglo VII, pero que utilizan tecnología del siglo XXI”, informaba *Le Monde* el 20 de enero de 2013. A la salida de un centro comercial de Johannesburgo, tres jóvenes, que se quedaron sin dinero para recargar el crédito de su teléfono celular, vituperan contra la “esclavitud digital”.

Ahora bien, “¿qué ocurre cuando la juventud del Tercer Mundo tiene acceso a tecnologías prácticamente inimaginables hace pocos años? –se pregunta el ghanés Jonathan Dotse en su blog Afrocyperpunk–. ¿Qué ocurre si esta tendencia se perpetúa en, digamos, cincuenta años? ¿Quién se supone que debería responder estas preguntas? ¡Los escritores de ciencia ficción, claro!”. En un texto que quizás algún día se considere el manifiesto de esta nueva escena, “Developing Worlds: Beyond the frontiers of science fiction”, Dotse cuenta cómo descubrió este universo. “Imagínese un africano con los ojos como platos ante las imágenes granuladas de un televisor VHF, un niño que descubre por primera vez las imágenes y los sonidos de un mundo maravillosamente extraño, más allá de los límites de la ciudad. Es uno de mis recuerdos más antiguos; crecí en los años 90, en un pequeño edificio tranquilo de Maamobi, un barrio en las afueras de Nima, uno de los asentamientos más famosos de Accra. Además de la Sociedad de Difusión administrada por el Estado, había sólo dos canales en todo el país, y mi familia no tenía los medios para suscribirse a la televisión satelital. No obstante, toda clase de programas interesantes llegados del mundo entero pasa-

ban por esos canales públicos. Fue así como me encontré con la ciencia ficción: no a través de los grandes autores, sino a partir de aproximaciones destiladas de sus grandes visiones.”

Nuevo territorio estético

Ya a mediados de los años 2000, algunos ovnis empezaron a atravesar el cielo de la creación africana. *Les Saignantes*, película dirigida en 2005 por el camerúnés Jean-Pierre Bekollo, estaba ambientada en el Yaoundé de 2025. *Aux Etats-Unis d'Afrique* (Jean-Claude Lattès, 2006), del escritor franco-djibutiano Abdourahman A. Waberí, describía un mundo invertido, donde África, en 2033, se convertía en el centro económico e intelectual del mundo, mientras que los condenados de la Tierra se concentraban en una Euroamérica indigente. Una ocasión para el autor para regañar al “hombre de África [que] enseguida se sintió seguro de sí. Se vio a sí mismo como un ser superior en esta Tierra, inigualable por estar separado de los otros pueblos y las otras razas por una vastedad sin límites. Erigió una escala de valores en cuya cima está su trono. Los otros, los indígenas, los bárbaros, los primitivos, los paganos, casi todos blancos, se pierden en las filas de los parias”.

En 2009, fue el turno del escritor angoleño José Eduardo Agualusa para apropiarse del futuro. En *Barroco tropical* (Dom Quixote, Alfragide, 2011), que se desarrolla en 2020, las ganancias del petróleo han hecho florecer en Luanda, capital de Angola, altos edificios de paredes espejadas. Pero luego, “el precio bajó (y sin red de contención, se derrumbó) y todo ese mundo nuevo y radiante también colapsó... Las bom-

sas anglosajona, que tiene la industria del espectáculo más grande del continente. “En 2009 –recuerda Oulimata Gueye, curadora en el campo de las artes visuales–, Neill Blomkamp, cineasta de origen sudafricano, pequeño prodigo de la cultura digital y ‘protégido’ de Peter Jackson [director de la trilogía *El Señor de los Anillos*], optó por regresar a la tierra de su infancia, más precisamente a Chiawelo, uno de los barrios más pobres del distrito de Soweto, y allí decidió rodar su primer largometraje. Combinando hábilmente la estética del periodismo de guerra, el documental televisivo y la ciencia ficción, dirigió una película que, por su éxito mundial, marcó la entrada oficial de África en el mundo de la ciencia ficción: *District 9*” (2).

La película revisita sutilmente la problemática de la Sudáfrica contemporánea, en primer lugar su xenofobia. Pone en escena a refugiados extraterrestres hacinados en reservas y supervisados por una multinacional que busca apropiarse de sus secretos tecnológicos. Luego, la novela *Zoo City*, de la escritora y periodista sudafricana Lauren Beukes, tuvo un éxito internacional similar. Publicadas en el propio país por Jacana Media, y luego en el Reino Unido, las aventuras de Zinzi September, detective privada de Jo'burgo dotada de poderes de clarividencia, fueron coronadas en 2011 con el prestigioso premio Arthur C. Clarke, que destaca la mejor novela de ciencia ficción publicada en el Reino Unido.

También en Sudáfrica acaba de salir *Afro SF* (3), la primera antología de cuentos africanos de ciencia ficción. En su origen se encuentra el zimbabwense Ivor Hartmann, que vive en Johannesburgo. Los veinte trabajos encargados

hecho, su heroína recibe el encargo de parte de un productor de encontrar un cantante desaparecido. Para acompañar la lectura, el sello africano African Dope compuso una banda sonora paranoica y oscura, que mezcla hip hop, electro, kwaito y dubstep. Por otra parte, la autora menciona mucho a un joven músico, bien real: Nhtato Mokgata, alias Spoek Mathambo, sin duda uno de los artistas más innovadores surgidos en el continente en los últimos años. En 2012, Mathambo afirmaba: “No sé si hay una familia real del pensamiento africano que se desarrolle en torno a la ciencia ficción. Lo que es seguro es que William Gibson y Philip K. Dick se encuentran entre mis autores favoritos”. Con dos discos (*Mshini Wam* en 2010 y *Father Creeper* en 2012), Mathambo se vio impulsado por la crítica de rock occidental y africana como el hereñero africano del afro-futurismo. Nacida en los márgenes de la Great Black Music, esta corriente, mezcla de mitología y tecnología, música tradicional y electrónica, ya era teorizada en 1975 en las columnas de *The New York Times* por el crítico Marcos Dery, antes de reaparecer, a mediados de 1980, en la escena techno de Detroit.

De América a África, el círculo se ha completado. “El afro-futurismo es una genealogía cultural –explica Mathambo–. Quizás el pianista de jazz Sun Ra sea mi influencia más fuerte, porque ha creado un universo entero. Viene de Saturno... Lo cual me fascina. Como africanos, debido a nuestro sistema educativo, no estamos muy nutridos por nuestra historia y nuestra cultura. Y la gente no necesariamente tiene ganas de profundizar. Los afro-futuristas ofrecen una historia alternativa. Si el hombre blan-

Hasta fines de los años 2000, la contra-utopía, el despliegue de un mundo temido, no tenía razón de ser: con el presente alcanzaba.

bas que hacían subir el agua a los pisos más altos se descompusieron. Los generadores también. Muchos extranjeros se fueron. Los desheredados empezaron a ocupar los edificios”. Más al sur, en Ciudad del Cabo, la revista *Chimurenga* publicó en la misma época un número especial, que ahora es de colección, dedicado a la ciencia ficción: “Dr. Satan's Echo Chamber”. Como señala Waberí, “es un verdadero territorio estético que se está delineando y cuya labranza está a cargo de una nueva generación de artistas africanos. No hay duda de que se trata de una de las pocas verdaderas revoluciones que están ocurriendo en el paisaje artístico africano”.

Esto es especialmente cierto en el África anglófona y en particular en Sudáfrica, un país fuertemente influenciado por la cultura de ma-

a autores de Nigeria, Ghana, Sudáfrica, combinan viajes en el tiempo, megalópolis plagadas de pandillas, pandemias incontrolables, un planeta colonizado por una tripulación africana, una administración gobernada por robots disfuncionales, etc. “La ciencia ficción –señala Hartmann– es el único género literario que permite a los autores africanos abordar el futuro desde su propia perspectiva. Si usted no puede ofrecer y transmitir su propia visión del futuro, ésta le será propuesta por otra persona, que no necesariamente tendrá para con usted la mejor de las intenciones. Por ello, la ciencia ficción es de una importancia crucial para el desarrollo y el futuro de nuestro continente”. [...]

En *Zoo City*, Beukes concede gran importancia a la música urbana de Johannesburgo. De

co dice que salimos de la selva, y que antes de él no éramos nada, vamos a crear una genealogía alternativa orgullosa, fundada en nuestra historia, pero también en todo lo que nos depara el futuro. Y tendrá mucho que ver con el orgullo y nuestra propia construcción como pueblo” (4).

Todavía no hay una primavera política en África. Pero el futuro es ahora. ■

1. www.dakardeadropfiction.wordpress.com

2. Oulimata Gueye, “Afrique & science-fiction. Un univers en pleine expansion”, 18-9-12, www.gaite-lyrique.net

3. *Afro SF: Science Fiction by African Writers*, Johannesburg, 2013. Véase también http://ivorhartmann.blogspot.fr

4. “Spoek Mathambo on afro-futurism and finally taking South Africa”, 13-3-12, www.afripopmag.com

*Periodista.

Traducción: Mariana Saúl



© Alejandro Chaskielberg

Recuperar el pasado, soñar el futuro

UN PRESENTE DE ESPERANZA

Desde comienzos de siglo, el África subsahariana vive un proceso de crecimiento demográfico y económico sin precedentes, que acompaña los avances en la democratización y pacificación de la región. Las amenazas, con fondo de flagrantes injusticias sociales, persisten. Pero los cambios en el escenario internacional le permiten replantear sus relaciones con el mundo y anhelar una segunda independencia. Por primera vez en siglos, los africanos son dueños de su destino.

NUEVAS DINÁMICAS, NUEVOS ACTORES

África para los africanos

por **Diego Buffa*** y **María José Becerra****

Devastada por la trata de esclavos, el colonialismo depredador y las injerencias neocoloniales, el África subsahariana vivió un proceso independentista sumamente conflictivo, que no alcanzó el desarrollo esperado y sumió a la región en nuevas dependencias. Hoy, a pesar de numerosos conflictos en curso y de flagrantes fracturas sociales, el continente negro avanza en su pacificación y democratización, busca fortalecer la sociedad civil y vive un proceso de crecimiento acelerado, inédito en su historia. Pero el camino para construir sociedades libres, prósperas y equitativas es extremadamente sinuoso.

Poco se sabe sobre África y mucho de lo que se cree saber está impregnado de prejuicios, de nociones erróneas construidas a partir de un discurso eurocentrico, “civilizatorio”, que encorsetó y estigmatizó a la región como salvaje y sin historia hasta la llegada del hombre europeo.

Se suele recordar que el origen de la humanidad está en el continente negro, con aquel primer homínido, más parecido a un simio que al hombre actual. No obstante, es mucho más difusa la certeza –comprobada y corroborada científicamente– de que los restos más antiguos del *homo sapiens* también se encuentran en el África subsahariana. La ponderación de una información sobre la otra no ha hecho más que justificar y reforzar la noción del “primitivismo” de los subsaharianos.

Tampoco se sabe mucho acerca de los grandes “reinos del oro” del África Occidental (Ghana, Malí, Gao); no sólo sobre su existencia, sino sobre sus estructuras políticas, sociales y productivas. Por ejemplo, el hecho de que, previo a la llegada de los europeos a América, el África subsahariana proporcionaba, a través de un comercio por demás dinámico, las dos terceras partes del oro circulante en Europa. Los relatos del cronista egipcio Ibn Fadl Allah al-Umari, en 1342, recogen antiguas tradiciones orales del Imperio de Malí que narran las dos expediciones –compuestas por hasta 2.000 embarcaciones– que zarparon en 1311 desde la costa de Senegal en dirección al oeste, con el objetivo de descubrir nuevas tierras más allá del Atlántico. El mansa Abubakari II, monarca del Imperio de Malí, formó parte de la segunda de ellas, para nunca más volver a su reino. Hay quienes aseguran que la expedición de Abubakari II habría llegado a las costas de Pernambuco (Brasil), con el solo apoyo argumentativo de la similitud fonética de este nombre con el de “Boure bambouk”, que significa “campos de oro” en lengua mandinga. O que las generosas acciones del mansa Musa –sucesor de Abubakari II– en su peregrinación hacia La Meca distorsionaron de tal manera el mercado del oro en la región que por cerca de una década dicho metal se halló devaluado. Se trata del único caso en la historia en el que un solo hombre controló directamente el precio del oro en todo el Mediterráneo. Durante su reinado, Malí fue uno de los centros académicos de excelencia de la época. Los estudios de matemáticas, geografía, astronomía, química, historia, así como los estudios islámicos, florecieron en Tombuctú. La ciudad llegó a albergar unos 25.000 estudiantes, provenientes de distintas latitudes.

El África subsahariana ha sido presentada, reiteradas veces, como un espacio aislado hasta la llegada del conquistador europeo. Lejos de ello, no solamente se vinculó desde los tiempos más remotos de la historia con otros espacios geográficos a través de los primeros movimientos migratorios, sino que estableció contactos comerciales regulares con múltiples regiones del planeta. Existen registros de las relaciones con Europa, Medio Oriente, India, pero también con la China imperial durante las dinastías Song y Ming. Estos



Maestro. La apuesta a la enseñanza es central para el desarrollo del continente negro. Según UNICEF, entre 2000 y 2010, los países del África subsahariana incrementaron en más del 6% anual el gasto real en educación.

contactos no sólo influyeron en lo estrictamente comercial sino que propiciaron un intercambio cultural plasmado en la presencia del islam en África Occidental desde el siglo VIII o en la conformación de lenguas francas, como el swahili –producto del sincrétismo entre el bantú, el árabe, el hindi y el portugués (Portugal fue la primera potencia europea en llegar al África subsahariana)–. Hoy el swahili es una de las principales lenguas en Tanzania, Uganda, Kenia, Mozambique y República Democrática del Congo.

Una colonización destructiva

El primer retroceso se produjo durante los años de la esclavitud, en particular de la trata atlántica, cuando la población africana fue diezmada de su capital más valioso, los jóvenes. La esclavización implicó la instauración del terror; la caza del hombre por el hombre; la muerte presente en la captura, en el traslado o, al poco tiempo de su llegada a América, en las extenuantes jornadas laborales. Y también significó el desarraigamiento, la desestructuración como personas y miembros de comunidades, que a su vez se fragmentaron en dicho proceso (ver Diop-Maes, pág. 7). Al saqueo de capital humano, debe sumarse el desplazamiento de pueblos, que huían de las huestes esclavistas, la destrucción de los mecanismos de producción para satisfacer las necesidades básicas, etc. Los mossi, que llamaban *panga* a este poder destructor de la esclavitud, decían: “Cuando la fuerza de la *panga* avanza por el camino, la justicia huye campo traviesa”.

Desde entonces, los esclavizados se constituyeron en la tercera raíz cultural de América. Su impronta religiosa, lingüística, culinaria, entre otras,

supo forjar lo que la sociedad americana es en el presente. Sólo América Latina, en la actualidad, cuenta con una población de cerca de 200 millones de afrodescendientes.

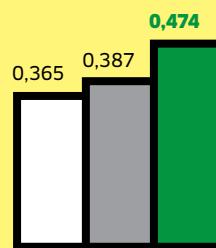
Durante la colonización del continente negro a finales del siglo XIX, el discurso “civilizatorio” alcanzó su máxima expresión, recubierto de categorías seudocientíficas. Su matriz estructurante fue la lente con la que, hasta el día de hoy, muchos miraron a África: bárbara, tribal, definida por su raza. La región fue presentada como un continente sin Historia, estático, aislado del resto del mundo, carente de desarrollo cultural y económico propio. Bajo este prisma, el mundo parecía, de hecho, estar dividido entre lo moderno y lo premoderno: lo moderno “hacía” y producía cultura; lo premoderno vivía bajo una cultura eterna. A su vez, la concepción positivista decimonónica, anclada en la construcción de la Historia a través de las fuentes escritas, marginó y descalificó a las culturas ágrafas, relegándolas al espacio de la prehistoria e inhabilitándolas para rescatar su pasado. El escritor nigeriano Chinua Achebe (1930-2013) solía criticar esta visión de África mediante un proverbio ibo que dice: “Hasta que los leones tengan sus propios historiadores, las historias de cacería seguirán glorificando al cazador”.

El siglo XIX no sólo encarnó la irrupción de un discurso descalificador hacia la región y sus habitantes desde las ciencias (1), sino que materializó la colonización del continente a partir de la Conferencia de Berlín (1884-1885) por parte de Gran Bretaña, Francia, Alemania, Portugal, España, Bélgica e Italia. Esta colonización implicó una nueva sumisión de los africanos, a través de tres agentes clave: los militares, →

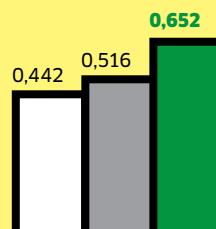
Evolución del Índice de Desarrollo Humano

(1980, 1990, 2012)

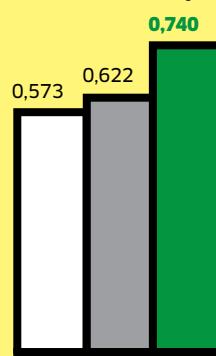
África subsahariana



Estados árabes



América Latina y el Caribe



■ 1980 ■ 1990 ■ 2012

Relegados

En 2012, los últimos diez lugares del ranking del Índice de Desarrollo Humano del PNUD estaban ocupados por países del África subsahariana: Guinea, Burundi, República Centroafricana, Eritrea, Malí, Burkina Faso, Chad, Mozambique, Níger, República Democrática del Congo.

Hambruna

Un informe de la ONU presentado en mayo de 2013 señaló que entre octubre de 2010 y abril de 2012 unos 258.000 somalíes –la mitad, niños menores de cinco años– murieron debido a la grave crisis alimentaria que asola al país.

© afric924 / Shutterstock



© afric924 / Shutterstock

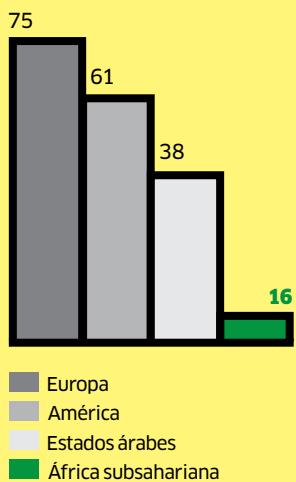


Artesanado. La ausencia de inversión mantiene a muchas empresas en una pequeña escala de producción.

Cuentapropismo. Muchos africanos viven de negocios informales. Los jóvenes casi no tienen empleos en blanco.

Usuarios de internet

(cada 100 personas, 2013)



Presencia asiática

Japón sigue los pasos de China en el continente negro, en busca de materias primas y mercados en crecimiento. En 2012, las IED japonesas en África alcanzaron los 6.000 millones de dólares. Japón también incrementó su ayuda al desarrollo y su presencia, directa y financiera, en operaciones de mantenimiento de la paz.

→ los mercaderes y los misioneros. Entre sus legados estructurales figuran la delimitación artificial de las fronteras y la manipulación de la etnicidad.

La inserción de África al sistema capitalista se concretó a través de legislaciones coercitivas, el fomento de las migraciones del ámbito rural al urbano, la creación de un ejército de asalariados que dependía de las comunidades domésticas para garantizar su reproducción, perfilando así una economía extractiva con escasa inversión de capitales, periférica y proveedora de insumos en pos de garantizar la nueva división internacional del trabajo, surgida al calor de la segunda revolución industrial.

El desarrollo frustrado

Posteriormente, en el proceso de las independencias en África subsahariana intervinieron una multiplicidad de actores que contribuyeron, cada uno desde sus distintas esferas de influencia, y articulándose en ocasiones, a una nueva etapa que pretendía acabar con el agravio y la dependencia a los que había sido sometida la región. Cabe destacar el rol protagónico del Comité de Descolonización de las Naciones Unidas, de Estados Unidos y la Unión Soviética, superpotencias surgidas de la Segunda Guerra Mundial, las sinergias con el movimiento independentista asiático a partir de la Conferencia de Bandung en 1955 y con otros Estados periféricos a través del Movimiento de Países No Aliados y el Grupo de los 77. Por su parte, los movimientos insurgentes armados, los partidos políticos, las organizaciones sindicales y la élite educada en el extranjero fueron algunos de los agentes locales que hicieron oír sus reclamos independentistas.

Este cambio de estatus –de colonias a naciones independientes– inauguró un escenario esperanzador en el ámbito de las representaciones políticas y pa-

ra el desarrollo autónomo de los países. Pero, al igual que en otras regiones periféricas del mundo, el nuevo camino no estuvo exento de obstáculos de diversa índole. A poco de transitar la independencia, la mayoría de los régimes africanos adoptaron el sistema de partido único o “Partido-Estado”, considerado el instrumento adecuado para forjar la conciencia nacional, promover el desarrollo económico y social, fortalecer el Estado y salvaguardar la independencia. Estos régimes, en los cuales el Estado se confundió con el partido único, estimularon la personalización del poder, el patrimonialismo, el clientelismo, en muchas ocasiones con altas dosis de corrupción y nepotismo. Propiciaron al mismo tiempo un cercenamiento de toda voz opositora, e institucionalizaron la violencia como mecanismo para dirimir todo tipo de tensiones entre los intereses políticos y sociales. Una matriz que impregnó a los régimes subsaharianos hasta los años 90. Dicho modelo resultó funcional a los intereses tanto de las burguesías locales como de las superpotencias, que supieron dirimir sus disputas en territorio africano, o incluso de los resabios neocolonialistas representados a través de vínculos renovados entre las burguesías de las antiguas metrópolis y sus discípulos locales.

Simultáneamente, los primeros años del proceso independentista conocieron una fuerte presencia del Estado-Nación en el diseño, promoción y puesta en marcha de las políticas de desarrollo. La vieja dicotomía discursiva civilización-barbarie que estigmatizó a la región y que fue esgrimida desde los centros hegemónicos, pasó a ser reconfigurada en los términos desarrollo-subdesarrollo. Mediante un falso paternalismo, las antiguas metrópolis, ahora autoproclamadas “donantes”, conjuntamente con las dos superpotencias, buscaron imponer sus recetas



Minería. La explotación de los recursos mineros por parte de grandes empresas sudafricanas y transnacionales es una importante fuente de conflictos, debido a las condiciones laborales y a los escasos beneficios que redistribuyen.

para que la región sorteara su subdesarrollo, ya sea por una vía de transición de orden capitalista u otras de carácter socialista.

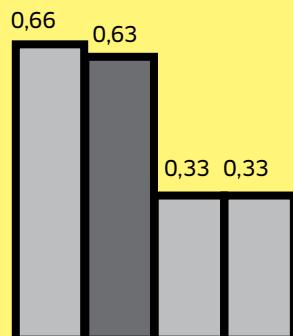
Hacia los años 80, el cambio de la coyuntura económica internacional vinculada con la modificación de los hábitos de consumo y el progreso tecnológico tuvo como consecuencia la reducción del carácter estratégico, y por lo tanto ventajoso, de las materias primas africanas. Para 1987, el continente africano acumulaba una deuda de 218.000 millones de dólares, casi tres veces el equivalente a sus ingresos anuales. Un año antes había comenzado un proceso por el cual el flujo de dinero que emigraba era considerablemente superior al que llegaba en forma de nuevos créditos, de “ayuda”, etc.

mo correlato una aguda crisis de gobernabilidad.

La última década del siglo XX representó el momento más álgido de crisis en la región. El fin de la disputa Este-Oeste significó, sin duda alguna, un punto de inflexión en el capital estratégico de los Estados poscoloniales subsaharianos. Se produjo una abrupta cancelación de las prebendas o “contratos de mantenimiento”, propiciados hasta entonces por las dos superpotencias mundiales en su búsqueda por garantizar lealtades y consolidar sus respectivas áreas de influencia en la región. Asimismo, la paulatina desfinanciación de la región desde los años 80, producto de la crisis de la deuda y la fatiga de los “donantes”, y las condicionalidades impuestas por los organismos financieros internacionales, entre otras

Desigualdad de ingresos

(Coeficiente de Gini, 2005-2012)



Seychelles
Sudáfrica
Burundi
Malí

Fue presentado como un continente sin historia, estático y aislado del mundo, carente de desarrollo cultural y económico propio.

La región, de forma mayoritaria, fue objeto de una condicionalidad económica caracterizada por la irrupción de los programas de ajuste estructural, el libre mercado, la reducción del gasto público y el consumo, la privatización de las empresas estatales y para-estatales, el cese de los subsidios a los bienes de primera necesidad y proyectos sociales de salud y educación. El consecuente repliegue del Estado como motor de las políticas públicas y sociales –corolario de las exigencias de los organismos financieros internacionales para liberar fondos para la región– llevó a la disminución acelerada de su estructura política y de sus capacidades de control del mercado, socavando su legitimidad interna y provocando co-

variables exógenas, contribuyeron a alterar el espacio geopolítico, estimulando el colapso y las tensiones hacia el interior de un significativo número de Estados. Se fue imponiendo una nueva condicionalidad, en este caso de orden político, que restringiría la ayuda a aquellos países que adscribieran a lo que se dio en llamar las “políticas de buen gobierno”: democracia, pluripartidismo, respeto a los derechos humanos...

Por otra parte, la región se vio afectada por “la maldición de los recursos”, en el contexto de un mundo globalizado, sufriendo la pérdida de su soberanía estatal, la intromisión de nuevos actores y la construcción de un discurso justificador de la violencia vinculado a la avaricia y el agravio, plasmado en la narrativa de →

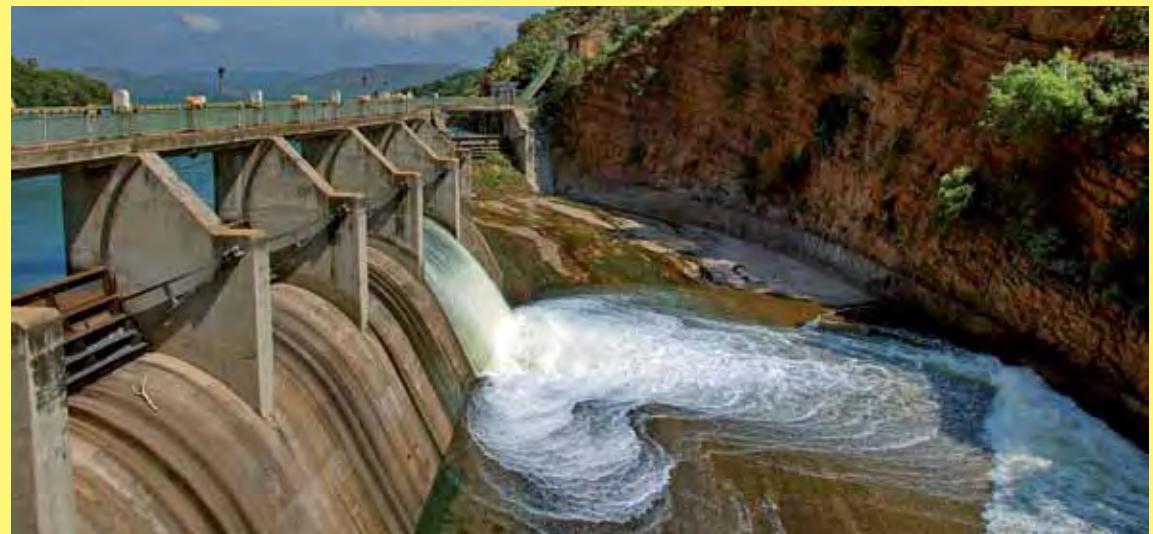
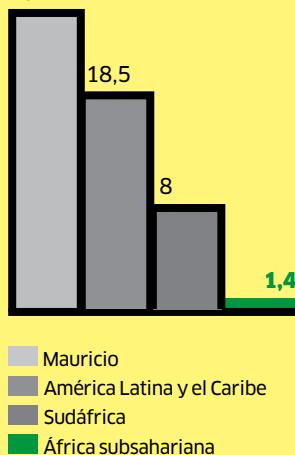
Apartheid sanitario

Continente de pandemias (sida, tuberculosis y paludismo principalmente), el África subsahariana aún está lejos de acceder a los medicamentos básicos y sufre de una falta aguda de personal de salud (1 millón de profesionales según los informes Objetivos del Milenio), que en gran parte emigran para trabajar en los países desarrollados.

Líneas telefónicas

(cada 100 personas, 2012)

26



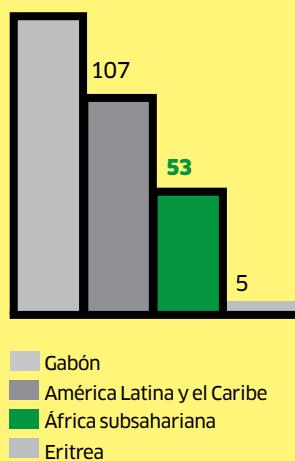
© Ilko Iliev / Shutterstock

Energía. En muchos países de la región, la falta de infraestructura deriva en permanentes cortes de corriente eléctrica.

Teléfonos celulares

(cada 100 personas, 2012)

187



Al borde de la anarquía

Tras el golpe de Estado que derrocó al presidente François Bozizé en marzo de 2013, la situación en República Centroafricana no hace más que agravarse. El país sirve actualmente de retaguardia a grupos armados de Chad o Sudán que se aprovechan de la porosidad de sus fronteras.

→ “las nuevas guerras” y “la economía política de la guerra”. Frente al nuevo carácter de los conflictos intraestatales y, en palabras de la ONU, las “complejas emergencias políticas” –entendidas como la conjunción de diversos elementos tales como el desmoronamiento de la economía formal y de las estructuras estatales, los conflictos civiles, las hambrunas, las crisis sanitarias, el éxodo de la población, etc.– los procesos de paz y el intervencionismo humanitario fueron tornándose cada vez más habituales. Se volvieron, al mismo tiempo, mucho más complejos debido a la heterogeneidad de los actores intervenientes, el carácter de los incentivos ofrecidos a los bandos en pugna con el propósito de arribar a una paz duradera y el accionar y los objetivos de lo que se ha dado en llamar “el complejo de paz liberal”. Integrado por una multitud de actores –ONU, organismos financieros internacionales, organizaciones regionales, Estados, donantes, organizaciones no gubernamentales–, éste buscó imponer, a través de un accionar multifacético, la condicionalidad de la ayuda al desarrollo como principio rector para desalentar la prosecución de los conflictos. Así, perfiló la agenda internacional de construcción de la paz en la década de los 90, bajo el paraguas del cosmopolitismo como paradigma hegemónico.

Crecimiento sin precedentes

El África subsahariana, amenazada a fines del siglo XX por lo que algunos especialistas denominaron los cuatro jinetes del Apocalipsis (la guerra, el hambre, las epidemias y las catástrofes naturales), vive desde principios del siglo XXI un nuevo ciclo esperanzador, de crecimiento económico. La pacificación de gran parte de los conflictos y la generalización del proceso de democratización –tibio en sus comienzos e impuesto desde el exterior, se fue afianzando pro-

gresivamente a partir de un redireccionamiento que supo contemplar reclamos y luchas locales–, sumadas a un cambio en el escenario económico internacional, crearon las condiciones para un crecimiento sin precedentes del África subsahariana, compuesto por múltiples dimensiones.

Desde el año 2000, el Producto Interno Bruto (PIB) de la región creció aceleradamente, al 5,9% en promedio, un ritmo superior al de América Latina, que le permitió sortear sin mayores inconvenientes la recesión internacional manifiesta a partir de 2008. Se prevé asimismo un incremento mayor para los próximos años (2). No hay antecedentes de tamaño crecimiento desde los inicios de la independencia de los Estados subsaharianos. Durante los años 60 el promedio anual de crecimiento del PIB de la región había sido del 2,4%; en los 70 –producto del alza de los precios de las materias primas y de una creciente demanda de las mismas por parte de Occidente– se incrementó a un ritmo del 4% anual; en los 80, la abrupta contracción de los precios de sus exportaciones y la crisis de la deuda externa contribuyeron a una retracción del 2,1%, y en los 90, asolada por los conflictos intraestatales, creció tan sólo un 2,4% (3).

Según *The Economist*, seis de las diez economías de más rápido crecimiento en el mundo durante el período 2001-2010 se encuentran en el África subsahariana (4): Angola (11,1%), Nigeria (8,9%), Etiopía (8,4%), Chad (7,9%), Mozambique (7,9%) y Ruanda (7,6%). Este crecimiento estuvo acompañado por el aumento del ingreso per cápita de la población, redundando en un incremento de la clase media subsahariana, que en 2010 representaba un 34% de la población, es decir, unos 355 millones de habitantes. Las mejoras en los índices económicos se proyectaron en el empleo, en el consumo y en mayores nive-

les de desarrollo humano. Durante la primera década del siglo XXI, la fuerza de trabajo del África subsahariana se expandió en 82 millones de personas, según cifras del Banco Mundial (5). Paralelamente, dieciséis países de la región registraron importantes descensos en la tasa de mortalidad infantil. Pero pese a estos auspiciosos indicadores, aún falta recorrer un sinuoso camino para sortear años de postergación, que convirtieron a la mayoría de sus habitantes en los más pobres del mundo. Aún hoy, el África subsahariana alberga el 30% de los pobres del mundo.

Lo novedoso de esta fase de crecimiento es su dinámica y los actores que la potencian. Ciertamente, es insoslayable que, en gran medida, este ciclo de crecimiento se debe al alza en los precios de las riquezas geoestratégicas mineras e hidrocarburíferas que alberga la región. Cabe recordar que el África subsahariana dispone del 95% de las reservas mundiales de platino, el 90% de cromita, la mitad del cobalto mundial, un tercio de la bauxita, alrededor del 80% de las reservas mundiales de coltan y las principales reservas de oro del planeta, además de importantes yacimientos de diamantes, hafnio, hierro, níquel... Asimismo, posee el 10% de las reservas mundiales de petróleo, 16.000 millones de toneladas métricas de reservas de crudo probadas y 500 billones de pies cúbicos de gas. Nuevas prospecciones aseguran que el yacimiento Rovuma en las costas de Mozambique guarda más reservas de gas natural que Libia, mientras que las primeras estimaciones indican que Somalia tiene tanto petróleo como Kuwait. No obstante, el crecimiento también se observa en el dinamismo de sectores vinculados al turismo, la hotelería, la construcción y las comunicaciones, que diversifican las inversiones y al mismo tiempo satisfacen las necesidades de un mercado en crecimiento. A fines de

tierras bajas del país como parte de un plan nacional para arrendar tres millones de hectáreas a inversores privados durante los próximos cuatro años. Etiopía tiene más de 74 millones de hectáreas cultivables, de las cuales actualmente se labran únicamente 15 millones. Sin embargo, estas inversiones no están exentas de polémicas en un continente que padece regularmente de hambrunas (ver Baxter, pág. 57).

Por último, el África subsahariana se convirtió en la nueva fuente y destino principal del comercio Sur-Sur. En la última década, casi la mitad de la financiación en infraestructuras del África subsahariana provino de gobiernos y fondos regionales de otros países del Sur (9). La región, que tras el fin de la disputa Este-Oeste parecía no ser ya un actor importante en las relaciones globales, volvió a situarse en el centro de las mismas a partir del acercamiento a socios no tradicionales. Las grandes potencias emergentes –ante todo China, pero también Brasil e India– se esfuerzan por estrechar sus relaciones con el continente. Mientras que, por su parte, Europa y Estados Unidos procuran establecer agendas renovadas en pos de recuperar el terreno ocupado por los nuevos actores. El África subsahariana debe impedir que se la convierta nuevamente en un terreno de enfrentamiento, esta vez económico. El gran desafío es que los nuevos vientos contribuyan a estabilizar su desarrollo e inserción internacional en condiciones de igualdad y equidad. ■

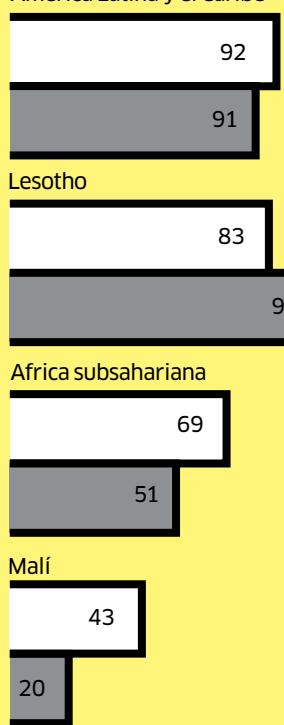
1. Entre sus máximos exponentes se destacan Georg W. F. Hegel con *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Herbert Spencer con su teoría del darwinismo social y Joseph Arthur de Gobineau mediante su obra *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*.
2. Datos de la World Economic Outlook Database, FMI, www.imf.org
3. UNCTAD, *Desarrollo económico en África: resultados, perspectivas y cuestiones de política*, ONU, Nueva York y Ginebra, 2001.
4. "Africa's impressive growth", *The Economist*, Londres, 6-11.
5. Banco Mundial, *Africa Development Indicators 2012/2013*, mayo de 2013.
6. Marc Biosca, "Opportunities in Africa and Middle East", Mobile Word Congress, Barcelona, 28-2-12, www.gsma.com
7. Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT), "The World in 2013, ICT Facts and Figures", UIT, Ginebra, febrero de 2013, www.itu.int
8. Calestous Juma, "El nuevo motor de África", *Finanzas & Desarrollo*, Vol. 48, N°4, FMI, Washington, diciembre de 2011.
9. PNUD, *Informe sobre Desarrollo Humano 2013. El ascenso del Sur: Progreso humano en un mundo diverso*, Nueva York, 2013, <http://hdr.undp.org/es/>

Durante la primera década del siglo XXI, la fuerza de trabajo en la región se expandió en ochenta y dos millones de personas.

2011, África contaba con 642 millones de conexiones de telefonía móvil, una penetración del 65%, y se estima que en los próximos años será el continente de mayor crecimiento de abonados (6). Asimismo, entre 2009 y 2013 el África subsahariana conoció el más rápido crecimiento mundial de conexiones hogareñas a internet, con un incremento promedio anual del 27% (7). No obstante, la región sigue siendo por lejos la más relegada, con sólo un 7% de hogares conectados, muy lejos del 33% de Asia-Pacífico o del 77% de Europa, que cuenta con la mayor penetración mundial de internet en los hogares. Por otra parte, el alza de precios de los alimentos avivó el interés externo en invertir en la agricultura africana. Segundo el profesor Calestous Juma de la Universidad de Harvard (8), empresas etíopes cultivarán superficies ociosas en las

Tasa de alfabetización (mayores de 15 años, 2007-2010)

América Latina y el Caribe



■ Varones
■ Mujeres

- *Director del Programa de Estudios Africanos del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Investigador y docente de posgrado en la UNC y en el Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de La Plata.
- **Coordinadora del Programa de Relaciones Internacionales y Estudios Africanos del Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad (CIECS, CONICET-UNC). Coordinadora Académica de la Especialización en Estudios Afrolatinoamericanos de la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF).

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

1 CHINA La dueña del futuro

2 BRASIL Avances y contrastes

3 INDIA Sueños de potencia

4 RUSIA La grandeza recuperada

5 ÁFRICA Conflictos y esperanzas

Los números anteriores se consiguen en librerías o por suscripción a través de www.eldiplo.org

PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS

Memoria de la esclavitud, por Louise Marie Diop-Maes, página 7, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, diciembre de 2007.

Una descolonización bajo injerencia, por Claude Wauthier, página 11, *Manière de voir*, Nº 58, "Polémiques sur l'histoire coloniale", París, julio-agosto de 2001.

La gestación de la Unión Africana, por Mwayila Tshiyembe, página 14, *Manière de voir*, Nº 79, "Résistances africaines", París, febrero-marzo de 2005.

Los caminos inesperados de Mandela, por Achille Mbembe, página 17, *Le Monde diplomatique*, París, agosto de 2013.

El apartheid en el museo, por Philippe Rivière, página 18, *Le Monde diplomatique*, París, abril de 2008.

Fronteras difusas, por Anne-Cécile Robert, página 25, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, diciembre de 2012.

La "democrazy" nigeriana, por Alain Vicky, página 28, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, nota web, abril de 2012, www.eldiplo.org

Violencia social en Sudáfrica, por Sabine Cessou, página 31, *Le Monde diplomatique*, París, marzo de 2013.

El nuevo capitalismo negro, por Sabine Cessou, página 32, *Le Monde diplomatique*, París, marzo de 2013.

El Sahel, un polvorín, por Philippe Leymarie, página 37, *Le Monde diplomatique*, París, abril de 2012.

El puerto que puede salvar a Kenia..., por Tristan Coloma, página 41, *Le Monde diplomatique*, París, abril de 2013.

"Avenidas para la corrupción", por Tristan Coloma, página 44, *Le Monde diplomatique*, París, abril de 2013.

Los "amigos" chinos del Congo, por Colette Braeckman, página 51, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, septiembre de 2009.

Washington busca instalar su ejército, por Constance Desloire, página 54, *Le Monde diplomatique*, *Manière de voir*, Nº 108, "Indispensable Afrique", París, diciembre de 2009-enero de 2010.

Carrera por las tierras cultivables, por Joan Baxter, página 57, *Le Monde diplomatique*, París, enero de 2010.

Refugiados del hambre, por Jean Ziegler, página 60, *Manière de voir*, Nº 108, "Indispensable Afrique", París, diciembre de 2009-enero de 2010.

Mientras escriba, África vivirá, por Tirthankar Chanda, página 73, *Manière de voir*, Nº 79, "Résistances africaines", París, febrero-marzo de 2005.

"El campo de la excisión", por Ahmadou Kourouma, página 76, extraído de *Los Soles de las Independencias*, Alpha Decay, Barcelona, 2005.

Visiones del porvenir, por Alain Vicky, página 78, *Le Monde diplomatique*, París, junio de 2013.

FUENTES DE LOS GRÁFICOS

África subsahariana, página 27

Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

Población con HIV, página 33

Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

Tasa de mortalidad por paludismo, página 34

Fuente: *Informe sobre Desarrollo Humano 2013*, PNUD.

Niñez, página 38

Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

Tasas de mortalidad, página 42

Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

Tasa bruta de matriculación en enseñanza secundaria, página 45

Fuente: *Informe sobre Desarrollo Humano 2013*, PNUD.

Exportaciones, PIB y gasto militar mundiales,

página 52

Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

Población urbana y rural en África subsahariana, página 58

Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

Población urbana y rural en América Latina y el Caribe, página 58

Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

Población urbana y rural en Burundi, página 59

Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

Población urbana rural en Gabón, página 59

Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

Producción de petróleo, página 66

Fuente: *CIA World Factbook 2013*.

Gasto militar, página 67

Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

Evolución del Índice de Desarrollo Humano,

página 83

Fuente: *Informe sobre Desarrollo Humano 2013*, PNUD.

Usuarios de internet, página 84

Fuente: *ICT Facts and Figures 2013*.

Desigualdad de ingresos, página 85

Coeficiente de GINI. Países más igualitarios y más desiguales. Dato más reciente 2005-2012 disponible solamente para 33 países. Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

Líneas telefónicas cada 100 personas, página 86

Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

Teléfonos celulares cada 100 personas, página 86

Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

Tasa de alfabetización, página 87

Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

MAPAS

Una geopolítica en permanente evolución, por

Philippe Rekacewicz, páginas 46-47, *Le Monde diplomatique*, París, diciembre de 2012.

Sudáfrica se expande, por Augusta Conchiglia y Philippe Rekacewicz, páginas 68-69, *El Atlas de Le Monde diplomatique IV. Mundos emergentes*. Capital Intelectual, Buenos Aires, 2012.

Explorador *Le Monde diplomatique* : África / Achille Mbembe ... [et.al.] ; coordinado por José Natanson. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Capital Intelectual, 2013. 88 p. ; 27x23 cm.

ISBN 978-987-614-420-9

1. Medios Gráficos. 2. Diarios. I. Mbembe, Achille II. Natanson, José, coord. CDD 302.2

Fecha de catalogación: 11/09/2013

Hecho el depósito de Ley 11.723

Se terminó de imprimir en octubre de 2013

en Forma Color Impresores S.R.L., Camarones 1768, C.P. 1416ECH Ciudad de Buenos Aires

LE MONDE
diplomatique



Precio del ejemplar: \$50



AFRICA Conflictos y esperanzas: Memoria de la esclavitud **Nelson Mandela**
Una descolonización controlada **Fronteras en mutación** El Sahel, tierra de
nadie **Violencia social en Sudáfrica** Los "amigos" chinos del Congo **Guerra**
por los recursos naturales Los refugiados del hambre **Cultura y dignidad**

EXPLORADOR

El mundo
cambia

5